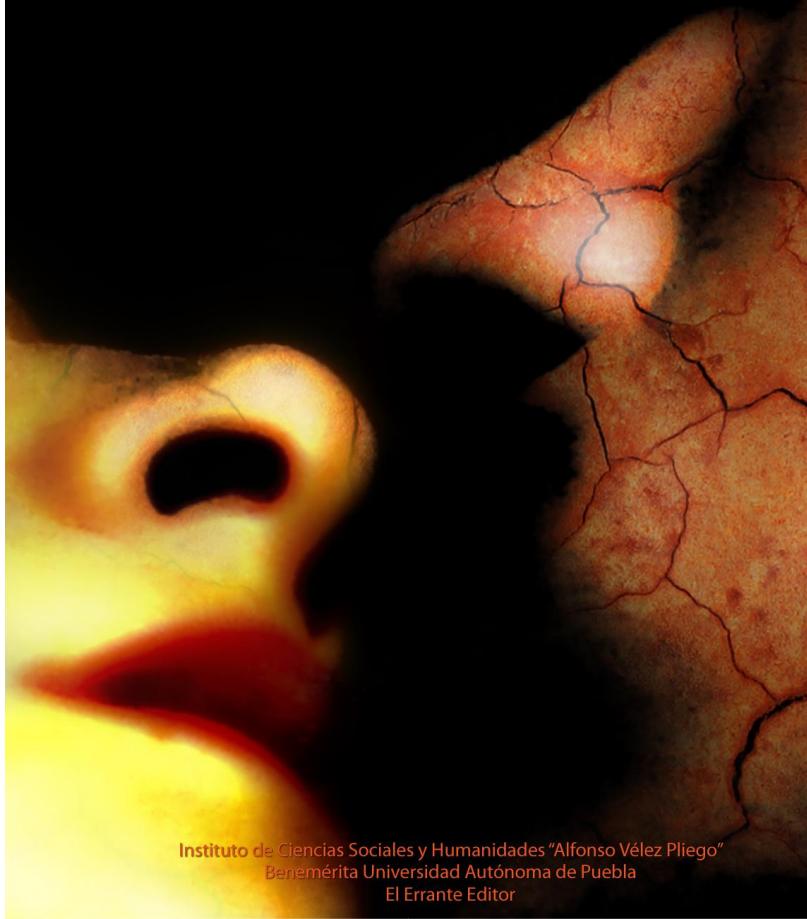


# tiempos de secas

noé blancas blancas



Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélez Pliego"  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
El Errante Editor

# tiempos de secas

noé blancas blancas

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego”  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

El Errante Editor

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

ENRIQUE AGÜERA IBÁÑEZ

Rector

JOSÉ RAMÓN EGÚIBAR CUENCA

Secretario General

AGUSTÍN GRAJALES PORRAS

Director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

“Alfonso Vélez Pliego”

Julio Broca

*Portada*

Primera edición, 2011

D.R. © Noé Blancas Blancas

D.R. © Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

“Alfonso Vélez Pliego”

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Av. Juan de Palafox y Mendoza 208, Centro Histórico

C.P. 72000, Puebla, Pue. Tel. 229 55 00, ext. 3131

D.R. © El Errante Editor, S. A. de C.V.

Privada Emiliano Zapata 5947, San Baltasar Campeche

C.P. 72550, Puebla, Pue. Tel. 296 67 08

ISBN: 978-607-487-318-4

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

Para mis tres Adrianas:  
Beatriz, Sofía y Atenea

Para Gregorio y Antonina



# Agradecimientos

Durante el tiempo en que fueron madurando, los textos aquí reunidos fueron también absorbiendo varias voces que los decantaron, renovaron y poblaron paulatinamente.

Gustavo Illades fue una imperturbable y perpetua luz en el camino; cazador de rumores, escucha insuperable.

Fortunato Blancas, mi hermano, habitó durante muchas noches cada uno de los relatos; enfrentó, defendió, persiguió y puso en su lugar a muchos personajes; siempre con su reposada y prudente palabra, siempre con su infinita aunque soterrada alegría.

Isaías Sánchez supo compartir su estentóreo florilegio calentano de historias, personajes, apodos. Lo mismo que Carlos Aguilar sus fábulas y díceres.

Delfino Hernández ha ilustrado varios de estos textos.

Lenita y Socorro, mis hermanas, me proporcionaron también abundantes y útiles observaciones.

Pero sobre todo, Adriana, mi esposa, fue siempre inagotable fuente de energía, cuestionamientos, paciencia y estoicismo.

Todos ellos son, en muchos aspectos, personajes, testigos, escuchas, destinatarios, e incluso progenitores de estos textos –pero sólo a mí deben imputarse todas las flaquezas.

A cada uno de ellos, mi mayor agradecimiento.



# Índice

Tiempos de secas.....	9
<i>El Tarecua</i> .....	25
Necesitamos un policía .....	41
Desde aquí se ve La Sierra .....	51
<i>El Filarmónico</i> .....	79
Un hueco en el crepúsculo .....	103
El Gran Candelario El Grande .....	117
Ruega por nosotros, Virgen de las Grietas.....	127
Y si ya nadie te quiere .....	159
A dónde iremos .....	171



# Tiempos de secas



**E**RAN LOS TIEMPOS DE SECAS.\* Cuando los alacranes. Esos días en que el calor me arrastra al río y me retiene ahí hasta ya muy tarde, para ver desde la orilla la noche, que entra por ese lado para no llegar tan sudorosa.

En cuclillas, pellizcado por los charales, veo cómo se va acomodando entre la pinzanera, poco a poco, reconociendo el territorio, no obstante que es un lugar suyo, por más que durante el día no tengamos nada que ver con ella; cabalmente, un fantasma que regresa y que regresa aunque ya no lo esperemos, aunque creamos francamente que ya no puede volver. Cómo apaga todo el ruido con sus ruidos, mecida por las campanadas solitarias, campanadas envejecidas. Campanadas solas.

Entonces ya no regreso a la casa, donde tengo que dormir a medio patio para que no se me caliente la sangre con el sudor, sino que me voy con Natalia, a la hamaca que colgamos de las parotas, pensando en estas noches.

Eran esos tiempos cuando lo vi volver. Aunque ni falta que hacía que volviera porque estaba aquí, había estado. Por siempre. Era como un nopal enorme,

---

\*Este cuento obtuvo el Premio María Luisa Ocampo, organizado por el Instituto Guerrerense de la Cultura (IGC), en 1998.

polvoriento. Olía a cosa vieja; a esos nopalitos podridos, todos espina y pellejo, que se quedan tirados, pero que sirven siempre de abono para sus propios cogollos. Las manos, blanquecinas. Yo le vi por encima los caminos de todos los poblados y los despoblados; el aguate del hambre y del cansancio.

Tan pronto lo reconocí, me acordé de ella, con sus vestidos apretados y su risa como tibia, como algo que se rompe y desparrama. Le dije:

—Buenas tardes.

Por la forma de mirarme, comprendí que no me había reconocido. Debí haber cambiado mucho. Él también había cambiado. Pero yo podría reconocerlo aunque hubieran pasado mil años. No me miró al preguntar por Séfora —*Fita*—, y por *La China Torres*.

—*La China* te está esperando en el camposanto —le dije—, y *Fita*, la de a cien pesos, tiene dos años de ser abuela.

Tragó saliva, una yema de saliva, y dejó de ver el cascachote donde se oía la alegata de unas cunguchas. Y no tuvo siquiera tiempo de mirarme con paciencia:

—¿Quién chingaos eres? —me preguntó, todavía desconfiado, como si hubiera una puerta cerrada entre nosotros, y él quisiera entrar pero sin saber a dónde; o yo quisiera salir.

—Raymundo Ruiz.

Mi nombre sí le sacudió el cuerpo. Y luego él me sacudió a mí, más con los ojos que con las manos. Me pareció ver por un instante el sol, porque me dejó caer la mirada de un golpe solo, el vaho de su sorpresa sobre la cara, hediondo.

—Quihubo... —después del aturdimiento, como si acabáramos de separarnos y le causara sorpresa tenerme otra vez ahí, tan pronto.

Buscó mi mano con sus manos; las dos, las que arreglaban mis huaraches y mis resorteras y que contaban dinero todo el día, hace años. Siguió mirándome durante mucho tiempo.

Lo llevé a la casa y mientras poníamos los nixtamales le dije que la nieta de *Fita* era una guachita despercidida, con unos ojitos parecidos a los de él.

—A veces vienen a verme —la sonrisa— y luego ya no quieren irse.

Él miraba cómo se iba poniendo amarilla el agua del cazo, como si fuera marchitándose con todo el maíz adentro, como envejeciéndose. Sacó un grano con el meneador y le quitó el corazoncito para mascarlo con los dientes.

Yo no le conocía esa serenidad. Hace años, en su tienda, era incapaz de mantener los ojos fijos; iban de la báscula a la canasta de la cliente, al billete con que paga, a la caja para sacar el cambio, a la medida de manteca, a la niña que se lleva un piloncillo sin pagar,

a la libreta para anotarle a tía *Consi* dos sardinas, cuatro panes, dos chavitos de judío, dos de combas...

Entonces eran sus ojos diferentes. Pero ahora, estaban ahí clavados en los vapores pegajosos del cazo, como si vieran en el fogón achicharrarse sus recuerdos, y en el humo se encontraran a *La China Torres* pidiéndole fiado unas cervezas para el jueves que venda mis sombreros; a *Fita*, escondiendo los ojazos en el pelo, que cubría apenas los senos de trece años, que cabían en el hueco de la mano, pero ya no en los vestidos.

Quizá descubrió que su pensamiento era como el humo de los nixtamales.

—Ni siquiera sé cómo se llama —yo sabía que preguntaba por su hija.

—Cristina. Tu hija se llama Cristina. Tiene los senos como me dijiste que los tenía su madre.

Me miró con desprecio; y sobre el desconcierto entendí que preguntaba si también yo había pagado por tenerla, si también iba a dejarla.

Ya casi en la tarde, asamos en los últimos carbones unas mojarras secas. Él estaba parado, recargada la espalda en un pilar, o sentado en el suelo como un huérfano, o en cuclillas mirando ennegrecerse los pescados. O acostado en el pretil, como un difunto, casi. Pero no, de cualquier forma parecía más bien un viejo, un abuelo ni tan torpe ni tan sordo.

Como un buen abuelo joven. Pero eso sí, cansado. Muy cansado. Y silencioso. Como si no supiera a quién dejar la herencia.

Muy bien, pero yo no pagué nada nunca a nadie. Se me entregó Cristina por amor; por un deseo que nos hacía la vida imposible, imposible a los dos; y si yo gozaba su desnudez era porque ella también gozaba bajo mis manos, y si buscamos la forma de estar juntos fue porque los dos lo necesitábamos.

En eso estaba pensando cuando él me preguntó:  
—¿Por qué no te casaste con ella?

Yo sentí que estaba mirándome, pero no. Estaba cruzado de brazos a un lado del fogón. Lo vi y no estaba mirándome. Pero tal vez sí, porque yo sentía sus ojos en mi frente; entonces estuve viéndolo para esperar que me preguntara también con los ojos, pero no me miró. Por eso no le contesté. Es decir, le contesté en silencio:

“Si tú supieras, si hubieras sabido que te anduve buscando todo un año para decirte que iba a casarme con tu hija. Que anduve rastreando tu permiso por Tarétaro, El Coyol y Coronilla, peleándome con la muerte y con los muertos; con semanas de hambre y sed. Que no me bastaba el permiso de *Fita* ni la ansiedad de Cristina para traérmela a mi casa, ésta, que entre tú y yo construimos; para tenerla cerca y para mí solo para siempre.

"Si tú hubieras sabido cuántas veces tuve que regresar para vender mis animales y mis tierras, y para renovar mis caricias en la piel de tu hija, y mis promesas, para seguir buscándote por todos los rincones de Tierra Caliente sin hallarte nunca... Si tú supieras todo esto, seguro que no me lo preguntarías".

Eso pensé. En silencio, eso le dije con una mueca de la boca y un pujido, un sonido de la garganta o del pecho, que no se parece a ningún otro pujido de dolor o de esfuerzo.

Y remató mi pensamiento ya con voz:

—Me hubiera gustado ser tu yerno, pero no pudo ser —y entonces sí ya dejé de mirarlo—. Ni puede ser ahora, porque ese lugar ya está ocupado, y *Fita* quiere mucho al padre de tu primera nieta, como tú deberías quererlo también, porque también es tu yerno.

Pusimos las mojarras en una charola y entramos al corredor. Despreciamos las sillas para sentarnos en el pretil.

—¿Quién es?

La pregunta estuvo revoloteando, entre las moscas, durante toda la comida, que se prolongó hasta la noche. Habló de otras cosas, haciéndome creer que ya no esperaba la respuesta. Y tal vez ya no la esperaba. Pero no se me había olvidado, sólo que me daba escozor en las manos cada vez que me veía obligado a platicarlo, así que lo que estaba esperando era otra pregunta,

más segura, de respuesta más corta, pero como no llegó, quise decirlo rápido y bien para que ya no hubiera necesidad de otras averiguaciones. Salí a contar los tundos y desde allá comencé.

—Es *Cundo*. Secundino, se llama. Llegó hace años del Norte. Venía dispuesto a casarse y parece que traía prisa. Yo mismo le vendí unas cabezas de ganado, de las que me dejaste para que acabara de criar, y luego luego creció su ranchito. Puedes pensar que a ella le interesó el dinero del hombre, pero no fue así, sólo que estaba desesperada porque yo no volvía, y como Secundino andaba detrás de ella, terminó por quererlo... O ve tú a saber cómo estuvo la cosa, pero te puedo jurar, por aquellos días de alegría que viví con ella, que no se casó por ambición. Todavía, cuando viene, me dice que por las noches le gusta imaginarse que soy yo quien duerme con ella, y que son mis manos las que la adormecen y la despiertan y la vuelven a hacer dormir para soñar conmigo, con todas las cosas que tienen que ver conmigo...

—Y luego...

El pujido otra vez. El que contesta todas las cosas al mismo tiempo. Y que ya no dice nada.

—Esas cosas ya pasaron. Y créeme que no sé por qué vienes ahora y no cuando te necesitaba. Cuando a todos nos hubiera hecho bien que vinieras.

—Vine para quedarme —dijo.

Pero las cosas ya habían tomado su rumbo. Era como si quisiera quedarse dos veces. Y entonces tendría que desaparecer de una manera para permanecer de la otra. O su recuerdo y todas las cosas que provocó –sus hijos, su herencia– o desaparecer él mismo.

—No podrá ser —le dije—. Ahora haces malobra. Le harás malobra a todos, como nos hacía malobra *La China* Torres. Y te harán lo que le hicieron a ella.

Otra vez la interrupción. El ruido de las brasas que no acababan de apagarse. Y otra vez para mí, como para que no se me olvide todo lo que ha pasado, soporriendo su mirada de burro triste, recordé:

“La embrujaron. Como no dejaba la puta costumbre de comprometer a las guachas. Unos dicen que le hizo remedio la Piedad porque supo que le metió

a su hija con don Gonzalo. Pero no fue la Piedad, aunque ganas le sobraban. Más bien se le adelantaron.

”Nomás de repente *La China* Torres cayó enferma sin que nadie pudiera curarla. Ni médicos ni yerberos.

”Don Pacianito vino. La estuvo curando con sapos y con piedras negrísimas.

”—Chinita, Chinita... A ver, ¿y por qué te dicen *Chinita*? —cuando ella no soportaba los dolores.

”—En las verijas, Paciano.

”Y Pacianito echándole saliva. Saliva aceda. Saliva verde de albácar y yerbabuena. Roja, de sangre de paloma. Negra, de tierra y de cenizas.

”—Paciano, no te hagas pendejo, Paciano; en las verijas...

”—Hasta que Pacianito le dijo que sí, que estaba embrujada y que no tenía curación.

”—Alguien que vive muy cerca de ti te hizo remedio, Chinita. Y lo hizo por venganzas.

”—Mi hija...

”—No, no es tu hija. Y más vale que no preguntes. Al fin de todos modos ya no te curas.

”—*La China* se dio bien cuenta de quién fue, y Cristina no tenía miedo que supiera la abuela ni todo el pueblo lo que le había hecho.

”—Tú lo conoces, Raymundo? ¡A ese perro que compró a mi mama? —me preguntaba a veces, desnuda—. Dicen que tú lo conociste, Raymundo.

”—No lloró ni se puso triste cuando *La China* le pidió que le levantara el remedio, por el amor de Dios.

”—Para ti Dios no existe, abuela *China* —y le tapó la cara con las cobijas.

”—Lo que Cristina no sabía en ese tiempo es que ese perro eres tú. Su padre. No lo sabía entonces”.

Siempre sabía él cuando yo acababa de pensar. Cuando ya podría hablar sin interrumpir mis razonamientos.

Con los dedos en la frente y los ojos ahora sí hondos, me dijo que mero *La China* Torres había nacido para eso; que a él le había encaminado a un montonal de guachas.

—Me encaminó a *La Chayo* cuando todavía no iba ni a los bailes. A *La Quita* cuando *agu* ni reglaba —*agu*, decía, en vez de todavía; por más que se burlaban de él las molineras que se acercaban a comprarle cervezas en pleno mediodía: *agu* no están buenas; *agu* no me paga; *¡agu!* no lo piensas, lo que te platique?—, a *La Mini*, aunque ya había fracasado. Y a tantas otras guachitas que se las perdoné porque eran de al tiro unas niñas. Nomás las besaba yo, les acariciaba su cuerpecito por debajo de los vestidos.

Yo ya sabía todo eso. Y también que una noche de baile embriagó a *La China* y le dijo que su hija le gustaba más que todas las guachas de San Juan juntas. Que *Fita* también tiene ganas; que *Fita* ya estaba grandecita; que no la iba tanto a maltratar y que ni se le iba a notar después; que le pusiera cualquier precio. “Mira, *China*, lo que quieras”. Que de todos modos otro la va a calentar y entonces sí no te va a tocar ni una cerveza.

Y *La China*, poniéndole como condición que se casara con *Fita*; que ése era el precio. Que se casara cuando quisiera, pero que se casara, y la tendría en su casa todas las noches que se le antojara.

Sólo una vez la tuvo, suficiente para embarazarla. Al final del baile, se la pusieron en los brazos:

—Llévatela, te la entriego. Y ahí tú ve si te quedas o no con ella.

Pero entonces ya había cambiado el precio. Cien pesos en vez del matrimonio.

—Pero sobre todo, pendejito —le había dicho *La China*— no te olvides que también a mí me vas a dar mi parte...

Así que primero estuvo con *La China*. Esa misma noche. En esta casa. Entonces nueva, vacía. Hicieron un hoyo en el polvo suelto, y mucha prisa que se dieron... Pero era eso lo que a él no le gustaba contar, sino lo otro. Lo de *Fita*.

—Yo no iba briago, *Mundito*, pero parecía. Ella iba caminando así, derecha, sin tropezarse. Ni siquiera sudaba, como yo. El olor de mis sobacos era fuerte, fuerte. Y se revolvía con el perfume de ella.

Eso me contaba antes. Cuando lo ayudaba a llenar bolsas y bolsas de frijol y sal y azúcar.

—Cuando la vi desnuda sentí que había llegado el fin del mundo... Creí en otro Dios cuando sentí sus senos míos, sus muslos suaves, su carne firme... Otro Dios, *Mundito*; un Dios más omnipotente y poderoso, más bueno y sabio y más hermoso. Más parecido, mucho más parecido a nosotros, *Mundito*, a los hombres... Nos sacó del cuarto el calor, ese calor encabronado de antes de las lluvias. Salí con el petate en el sobaco mientras *La China* Torres seguramente contaba y recontaba los cien pesos, y seguramente se tocaba y manoseaba por donde yo la había sobado a la muy puta...

Se podía pasar noches enteras dibujando en el viento sus memorias.

Así conocí a muchas mujeres. Me enseñaba retratos y dibujos. Me llevaba a Las Golondrinas a ver cómo son las mujeres sin ropa. Pero ya no eran tiempos de repetirlo, ni siquiera de recordarlo.

Tampoco ahora. El negocio me quita todo el tiempo y todas las fuerzas. En él y Natalia existen para mí toda la tierra y el cielo y el infierno.

—Nomás cenas y te vas —le dije cuando comenzamos a bostezar—, que es lo único bueno que te queda por hacer. Y olvidarte de estas cosas, como lo hizo *Fita*.

Y aquí otra vez sus ojos se asomaron desde adentro de sus cuencas y volvieron a brillar.

—Si quieres llevártela, llévatela. Al fin y al cabo está sola. Pero déjanos en paz y morir a gusto. Ni eres de aquí ni te gustaría quedarte enterrado entre nuestros muertos.

—¿Qué hay de mi casa? ¿Y de la tienda?

—Si a las mujeres, que otro viene y las hace felices y les quita lo viejas, se las carga la chingada, contimás esas cosas que a nadie le importaban. El que te la compró no vende más que alcohol y mezcal. Es todo lo que queda de la tienda. De tu casa... se la llevó la corriente hace muchos años.

Todavía nos dio tiempo de tomar un poco de mezcal. Fue cuando comenzamos a hablar de Natalia.

A mí me tocaba enseñarle retratos. Le enseñé el de ella y lo vio tanto tiempo que olvidé guardarlo y al regresar, al día siguiente, lo encontré debajo de la mesa, hecho rollo.

—¿Quién es Natalia?

—Vive a un lado del depósito de agua. Como sus hermanos andan en el Norte y su madre está enferma, casi puedo decir que vive sola. Cada vez que miro a su madre me doy cuenta de que pronto no quedarán de ella más que unas cuantas campanadas por año...

Un buen trago.

—... A lo mejor la conociste. Es casi de tu edad. Se llama María Lola. Dicen que en sus tiempos vivía de la venta de chipil, quelite, shashcua y el bosque que se le atravesaba a su madre. Nunca se casó. Tuvo sus hijos con un padre para cada quien.

Me olvidé de correrlo de nuevo cuando vi que se quedó dormido sobre la mesa. Acomodé el catre en el corredor y lo sacudí de los alacranes que se le hubieran subido en la tarde. Salí a ver cómo andaban las cosas allá arriba, en el cielo. No saldría la luna por lo menos hasta la madrugada. Regresé y lo desperté para decirle que podía quedarse a dormir ahí.

—Yo me voy con Natalia. Regreso en la madrugada para ir al molino. Ahí tú ve si me esperas para almorzar. Si no, que te vaya bien. Vuelve cuando quieras, pero que te quedes ya no podrá ser. Las cosas cambian.

Ya ves, tu hija me cambió por *Cundo*, y yo la cambié por Natalia. Las cosas cambian.

Me chupé un limón para que se me quitara el olor a mojarra y a mezcal. Me cambié de pantalón y de huaraches.

Salí y él me siguió hasta la puerta para atrancarla por dentro, como lo hacía yo cuando me quedaba en su casa y él se iba a los bailes, a *guachar*.

—Trátala bien —me dijo, refiriéndose a Natalia—, y ya no le pidas permiso a nadie cuando ella se quiera casar contigo.

Conforme cerraba la puerta fue desapareciendo de mi pensamiento la imagen de su cara, la de *La China* Torres y *Fita*, y pensé que seguramente Natalia me esperaba dormida en la hamaca, o cantando alguna canción mientras él se quedaba ahí encerrado.

Otra vez la noche. En su propio lugar, como un espíritu al que se puede olvidar de tan presente, de tan sempiterno, pero que está ahí, que ni siquiera vuelve porque no se va nunca. Con sus campanadas agónicas.

Alcancé a oír su voz cuando comenzaron a ladrarme los perros de la calle:

—De todos modos, vas a ser mi yerno.

$E_l$   $T_{arecua}$



—DE VERAS, AHIJADO, ¡y qué, no estás espantado?

*El Tarecua* abrió los ojos sin levantar la cabeza. El terco tijereteo, ahogado por el zumbido del ventilador de techo, lo había hecho dormir, y ahora, el cuero del sillón untándose a su espalda, y la voz de su padrino, lo despertaban. Miró los pies que se acercaban, como si no tocaran el suelo; las correas de los huaraches endurecidas por el sol, abrazando ese atajo de dedos deformes, como de tepetate; los terrones cenizos que comenzaban a convertirse en lodo entre sus garras.

Aún no se movió.

—No. ¿Por qué había yo de estarlo?

—Ah, ¡qué, no te acuerdas? Antierote, la otra noche —y lo miró con una mirada cómplice, como diciendo conmigo no te hagas el tarugo.

Ahí estaba en sus manos la ceniza del sueño, ceniza de ésa que se pega en las tortillas recalentadas en las últimas brasas y que *El Molco* pisaba con los pies descalzos, riéndose. De ésa que se usa para cocer el nejo y también, que algunos dicen, de ésa en la que se convierten los tesoros que no son para uno, como les ha pasado a muchos; nada menos, *Mateguito*, que le llevó a guardar a su patrón su ollita, una ollita

que desenterró en el campo, llenita de monedas de oro, y al otro día, cuando fue a recogerla: patrón, pero esta ollita no tenía ceniza, estaba llena de otra cosa. Y su patrón: no, cómo tas creyendo, *Mateguito*, si así como tú me la entregaste, así te la estoy dando, qué otra cosa ni qué otra cosa, yo ni la he destapado, ándale sí, si has de llevártela, porque me está haciendo estorbo. ¿O no había sido un sueño?

Después de no dormir tres días, y de estar soñando a pausas, *El Tarecua* no podía distinguir entre sueños y recuerdos. El cuero de ceniza, el cuero de oro, los dos estaban en el sueño y en su casa; la ceniza esparcida por el suelo, el agujero abierto todavía, donde lo había enterrado, la camisa endurecida por la sangre, no su sangre, la sangre del finado. Y ahora su padrino, aquí, sin quitarle esos ojos enrojecidos de sus ojos, que se le cerraban por el sueño, como un montón de abejas ciegas. No más para espantarse esa mirada, contestó:

—No, padrino, yo ni estoy espantado. En veces pasan cosas, padrino.

Abelino se encorvó para aspirar, como si quisiera escapársele, una larga carcajada que fue soltando a pedazos, como cuando da la tos, una carcajada festiva, burlona, muy lenta, casi triste. Con razón dicen, cuando salen de noche y escuchan una risa, cuando se espantan, seguro era la risa de Abelino; era Abelino *El Guaco* el que quiso espantarme. ¡Era posible,

pensó *El Tarecua*, que el hijo de toda su retepinche madre de su padrino lo hubiera visto esa noche? Sí, en eso había pensado poquito antes de volver a dormirse, o poquito antes de volver a despertarse.

Todavía sin acabar de reírse, Abelino fue a la hielera, que constituía todo su negocio, sacó una cerveza y la destapó con las tijeras; bebió hasta la mitad y luego sacó otra, la destapó y la puso a los pies de su ahijado.

—Ah, cabrón, hasta me dio sed. Tú también échate la otra, ahijado —dijo, al tiempo que recomenzaba con el tijereteo, como si quisiera cortarle las barbas al calor, pues tijereteaba sin descanso, la mano con vida propia, lejos del cabello del *Tarecua*.

Ya más calmado, añadió Abelino:

—Entóns tienes valor, ahijado. Ya lo vi que sí tienes valor. Porque otro hasta se hubiera miado, ¿verdá?

*El Tarecua* se empinó la cerveza y bebió largamente, luego volvió a ponerla cerca de sus pies. Al cabo de otro enjambre de tijeretazos y de risas, Abelino dejó las tijeras en la repisa y salió hacia el corredor.

—Pérame, voy por jabón pa rasurarte.

Anduvo haciendo ruido allá, en el lavadero, y repetía:

—Ah, qué ahijado tan cabrón tengo. De veras que eres cabrón, ahijado —con su voz ronca, pero haciéndola más ronca todavía—; ¡no bien digo, pues?, que de que eres cabrón, eres cabrón...

*El Tarecua* estiró la mano hasta la repisa, tomó las tijeras y volvió a meter la mano bajo la sábana que le servía de bata. “Dicen que cuesta no más la primer vez”, pensó, “luego ya es fácil”, y casi se rió, pero la risa se quedó en un pujido sordo: “la primer vez también fue fácil”.

Adentro de su jacal, *El Títire* estaba bien quitado de la pena, remendando sus huaraches. Cuando quiso levantarse, ya tenía el verdugillo metido en el estómago. Pero había mucho ruido afuera del jacal, y hasta por eso *El Tarecua* se dio prisa y se lo volvió a ensartar, esta vez más arribita, pero *El Títire* seguía zangoloteándose, rasguñándolo, salpicándolo de su sangre hasta en los ojos, enciegándolo, berreando, tratando de quitarse con la mano resbalosa la mano que le tapaba la boca, y por eso *El Tarecua* no le podía acomodar la punta del fierro, porque si lo soltaba, seguro que cualquiera iba a escucharlos, aunque estaban tan lejos, es lo bueno, *Títire*, que vives hasta acá, para que nadie te oiga; qué dijiste, cabrón, que te ibas ir con la que me debías; pobrecito, mi tiyito Prócoro, que ni su cuerpo hallamos; qué dijiste, pobre loco, ni quién me lo reclame. Eterno, eterno el zangolotearse, hasta que se le ocurrió al *Tarecua* clavarle el verdugillo en el pescuezo, y entonces sí que se desvaneció *El Títire*, cayó hecho bola, de golpe, precisamente como un titere viejo, se rió *El Tarecua*, *Títire* sin cabeza.

Salió a buscar, afuera del jacal, de dónde tanto salían ruidos. Buscó y rebuscó, hasta en las piedras, bajó al arroyo seco, regresó y se estuvo sentado, a ver si oía algo, y acabó creyendo que a lo mejor se había reído muy fuerte al ver cómo *El Títire* hasta se hizo del baño, el muy puerco, y pelaba tamaños ojotes.

Envolvió el cuerpo del *Títire* en una cobija y luego en un petate, se lo echó al hombro y lo llevó al arroyo seco. Ahí, en un hoyo, debajo del corongoro grande, un hoyo que hizo con una barreta, puso el cuerpo.

Volvió al jacal, rascó un poco con las manos hasta que encontró unos pedazos de tablas y al levantarlas dio con el bultito. Era un costal de cuero, de los que ocupaban para sacar las piedras de las minas. Lo abrió, prendió un cerillo y se estuvo mirando mucho rato los trocitos, las astillas, las piedritas y hasta unos lingotes gruesos, despostillados. Se llevó varios trozos a los dientes; en verdad no sabía nada de oro ni de nada, pero creyó haberse asegurado, haciendo gestos de conecedor que los compradores hacen, que los compradores harían cuando lo llevara a Pungarabato a vender, o a otro lado, donde no me conozcan.

Sacó después el cuero, con muchos trabajos, y con muchos trabajos se lo echó al hombro y se fue a su casa. Ahí tenía ya el agujero, igual al del jacal del *Títire*; lo puso ahí, lo tapó con unas tablas y puso el catre

encima, y se echó a dormir en el catre, pero no pudo dormir. Entonces comenzó a emborracharse. Así estuvo tres días, emborrachándose, sin salir de su casa, sin comer, sin dormir cabalmente, sin dejar de ver visiones, en una permanente cruda que el mezcal no le bajaba. El perro, sobre todo, el perro negro y frío: merito al llegar a la escuela, se le resbaló el cuero, y entonces fue cuando lo vio, o quizá al revés, vio al perro y soltó el cuero. Las borracheras seguían convirtiéndose en crudas temblorosas y pesadas, en medio del sudor. Lo calmó quitar las tablas, sacar el cuero, mirar de nuevo que ahí estaba su oro, ahí estaba la ceniza, de dónde la ceniza, pero si era oro, yo mismo miré el oro, yo mismo estuve viéndolo. Y despertando de la alucinación no recordar nada, soñé, soñé, soñé ceniza. Así. Tres días.

Al fin pudo salir. En la calle, sintió el sol como un montón de brasas. Se fue al pozo público a lavarse la cara, como siempre después de sus borracheras de ocho, quince días, la cara, la cabeza, todo el pecho; lo vio Rosita Alonso y le estuvo chanceando, pero no le dijo nada, que mira, tú no sabes, bah, *El Títire* no lo encuentran en su casa, o bien, ¿no sabes nada?, hallaron muerto al *Títire*, todo picoteado, a un lado del arroyo. Nada. Nadie había notado que *El Títire* no estaba. Entonces era cierto. Sólo él sabía lo del finado Prócoro, don Prócoro *El Mil Cueros*. Que, ya loco, el finadito le pidió al *Títire* que le hiciera

el favor de enterrar ese cuerito, que estaba lleno de oro, del que había juntado cuando se trabajaban las minas, cuando le pusieron el sobrenombre de *Mil Cueros*, porque así decía: ustedes pa qué me valen, no pueden ni cargar esos cueros. Así sacaban la tierra, las piedras que salían de las minas, en sacos de cuero de res, sólo éhos aguantaban, los sacaban en el hombro, todo el día, vuelta y vuelta, y él decía: ustedes ya no pueden, guachitos, pa qué me valen, yo me hago hasta mil cueros. *El Mil Cueros*. Entonces, le pidió el favor al *Títire*, que dizque tenía miedo de que se le olvidara, porque ya hace tiempo que se me va el sentido. Pero *El Títire* se aprovechó de la ocasión y de una vez mató al finado *Mil Cueros* y lo echó al río, se quedó con el oro. Y ya no más estaba esperando la oportunidad para largarse, y de veras, qué estaría él esperando, si a nadie le importaba, tendría mujer o sepa la jodida, porque se pudo haber largado desde hace mucho tiempo, pero no, aquí andaba, haciéndose pendejo, esperando que yo me diera cuenta de todo, que viniera alguien y me contara todo, que yo me decidiera, eso estaba esperando, el muy pendejo.

Abelino *El Guaco* volvió a entrar en el cuarto, con una lata de sardina en la mano, en la que venía haciendo espuma con una brochita. Al notar que su ahijado se había terminado la cerveza, puso la charolita en la repisa, y sacó otra cerveza de la congeladora.

—Échate la otra, ahijado, pa que agarres más valor.

Se lo dijo en voz baja, como si no quisiera que nadie más oyera, aunque estaban solos en el cuarto, y volvió a soltar la carcajada.

Por debajo de la bata, *El Tarecua* acarició el filo de las tijeras con las yemas de los dedos y se dio cuenta de que estaban al puro pelo.

—Ydeahí, hijo, si estásespantado, noteespantes. No pasa nada. Como decía el finado *Títire*, “nada, nada”... Ah, no, ése era *El Ribete*: “Nada, nada” –e imitaba una voz lastimera–. Porque el finado *Títire* lo que decía era aquello de “más vale ser orero que platero”. Yo, pues, le estoy diciendo finado, ¿pero qué todavía vive ese cabrón?

—Bah... No sé, padrinito... Ahí usté sabrá.

—Anda, puta, yo qué voy a saber. Yo digo, pues, ya tiene tiempal que no lo he visto, por eso digo: ya murió.

Se acercó con la navaja desnuda y comenzó a rasurarlo por las sienes, doblándole la oreja, tapándole el oído. *El Tarecua* sintió el filo de la navaja caliente, acariciante, y el murmullo tenue al deslizarse sobre la piel, recogiéndole el sudor; miró el cuello de su padrino, un cuello lleno de lunares y verrugas, en el que

se extendía una gran mancha blancuzca. Por eso le decían *El Guaco*, porque decían que hasta su culo lo tenía pinto. Se le quedó mirando un rato, mientras con la punta de los dedos, que comenzaban a temblarle, sentía también el filo de las tijeras. Se las

ensartaría. Se las ensartaría aquí mismo y ahora, antes de que se le ocurriera comenzar a meterle miedo, antes de que le ganara el miedo. No importaba cómo había llegado a enterarse el jijo de la chingada pinto de su padrino; seguro que lo había visto, de contado él fue el que anduvo haciendo ruido afuera del jacal del *Títire*, ya siquiera que le hubiera ayudado a cargar el maldito cuero, tan pesado, y de tan lejos que lo trajo, de más allá de El Realito, donde vivía *El Títire*, ahora sí que ya finado, no que no más te habrás estado riendo, apúrate, ahijadito, para quedarme yo con tu tesoro, si hasta ya mero se le amanecía cuando llegó a su casa porque tres veces tuvo que sentarse a descansar, entre dos no hubiera pesado ese tercio, hasta hubiéramos venido echando chistes, y ya aquí, claro que nos compartiríamos, de todos modos son montones de oro, ni modo que me lo acabe, al fin para puro beber lo quiero, ni modo de decir que voy a hacerme rico, para qué, pero ahorita, no más hasta aquí llegaste, padrinito.

—Hijo, ¿qué no vites ónde puse las estijeras?

—entonces se dio cuenta *El Tarecua* que su padrino se había quedado con la navaja en la mano, mirando ansiosamente la repisa.

—No, padrino.

Sin soltar la navaja, sin envainarla, Abelino fue hacia la repisa, cambió de lugar los frascos que ahí tenía

y tanteó la madera, y ya se iba a salir del cuarto cuando se volvió:

—'Abronás, ahijado, pero si aquí yo las dejé. Aquí las puse —y palmeaba la madera—, ¿o qué estoy tan pendejó que ya no me acuerdo? Ni para decir que alguien las agarró, si estamos aquí no más nosotros dos...

*El Tarecua* vio en los ojos de su padrino la misma expresión de angustia, al mismo tiempo que de burla, que viera en el perrote aquel, que le salió la noche del *Títire*, con esos ojos rojos y abultados, pero esta vez no sintió miedo. No más dijo:

—Ah, que mi padrino, si quiere, pues, escúrqueme... —y sacó las dos manos, dejando las tijeras apretadas entre las rodillas.

Abelino festejó el chiste con otra carcajada cada vez más gorgojeante:

—Ah, qué mi ahijado tan cabrón... No, pues, ahijado, yo digo, aquí no ha entrado nadie, y aquí quiero las estijeras para emparejarte. Pero con la navaja me desfiendo —y volvió a agacharse para seguirlo rasurando.

Era un perro negro que no vio venir ni lo escuchó ni nada, sólo se dio cuenta que brincaba la cerca de la escuela, que apenas habían puesto, y cuando quedó frente a frente con él, *El Tarecua* sintió que un chorro de agua amarga le subía por la espalda; tenía el tamaño de un cristiano; del hocico, que parecía jeta de toro, le escurría una espuma sanguinolenta, una espuma

que le manchaba las orejas, en forma de huarache. Sin gruñir ni ladrar, emitiendo sólo un chillido como de recién nacido, comenzó a recular, como si quisiera atacar, y entonces *El Tarecua* echó también unos pasos hacia atrás, hacia donde había caído el cuero. Ahora creía lo que todos decían, que los tesoros tenían un destino, un elegido, que sólo el elegido podía disponer de ellos. Ahora lo creía. Y éste no es otra cosa que el Mal Espíritu, que viene por su paga, pero el tesoro era suyo. Así que iba a hacer un trato. Tenía que haber arreglo. Se dispuso. Echó un vistazo al cuero, que al caerse se había desatado, desparramándose un poco, intentó abrirlo completamente con un pie, y al volverse de nuevo al animal, éste había desaparecido. Y hasta se sentó *El Tarecua*, abrazando su cuero, temblando todavía.

—No te espantes, ahijado, de lo de la otra noche, ni te espantes. Ahora, tú bien sabes, yo no me gusta andar buscando pleito ni quitarle nada a nadie. Tú bien sabes...

El cuello de Abelino estaba de nuevo muy cerca del *Tarecua*, así que comenzó a sacar la mano, por debajo de la capa, apretó las tijeras contra su muslo, listo para ensartárselas en el cuello a su padrino.

—Pero a uno le pican la codicia, ahijado.

Se interrumpía Abelino, incorporándose, mirándolo de frente, inyectándole esa mirada acuosa, alejándose

de la mano del *Tarecua*, que comenzaba a sudar, apretando las tijeras. “No, no será tan fácil. Estoy pior que mi primer vez”.

—Vino Lucrecio, pues. Me dijo: amigo, ¿qué, no has de querer? ¿De qué?, le dije yo. Pues mira, dice... Ya ves cómo habla, con esa vocezota que parece que está saliendo de un cuerno... Yo te voy a pagar, me dice, tú ponme precio, pero no vayas a decirle a nadie. No, le digo... Y eso no más a ti te louento, ahijado, porque eres pues mi ahijado, bah, ni modo que me denuncies. Bueno. ¿Qué cosa?, le dije. Mira, dice, quiero que le des una espantadita al *Títire*, que no más anda molestando a mi vieja, y ya me tiene cansado, pues; bah, ora ni respeta, estando yo en la casa quiere meterse, o ya no más está esperando en la esquina que me salga, y de ahí yo ya le dije a mi vieja, porque una vez los encontré platicando, ahí taban, bien sentaditos en el pretil, y me saco el machete, y *El Títire*, ya ves cómo camina, se levanta y se va a la chingada, y me le acerco a mi vieja: Umbertina, le digo, la próxima vez que te encuentre platicando con ese cabrón seco, te voy a regañar; por eso, amigo, te voy a pagar, dale una espantadita, bah, dice la gente, que tú puedes hacer esos trabajos, yo no sé, Abelino, amigo, pero dicen que tú te conviertes, no te ofendas. Sí, le digo... Bah, ahijado pues a eso me dedico, tú bien sabes. ¿Cómo quieres que me le presente?, le pregunté. Me dice: como quieras, Abelino;

en perro, en tundo, lo que tú consideres, métele una carrera, y no más porque le tengo lástima, si no, de una vez yo mismo me lo echaba, pero no, métele no más una carrera, sólo que no entienda, entonces sí, ya yo veré después. Sí, le digo, cómo no, yo voy; y si no entiende, tú ni te comprometas, yo a esto me dedico, pues, hermano, y yo cobro barato. Ahí lo vas a hallar, me dice, como estas horas o más tarde, bah, ahí se pasa, y como yo voy a salir a la venta de sombreros, voy a dejar mi vieja sola... Y sí pues, ahijado, bah, ¿no sabías que el cabrón del *Títire* se andaba jodiendo a mi prima, la vieja de Lucrecio? Bah, él mero me dijo, y que dizque se la quería llevar pa no sé de dónde putas dice que era.

—No. No sabía, padrino.

—Bueno, pues que me voy, ahijado... me hice perro... un perrote, y hasta me iba riendo solo, pero cuando llego, que voy hallando mi prima sola. Y yo ahí me estuve. Lo busqué, lo busqué, al cabrón, y dije orita me voy hasta El Realito, donde vivía, pero no, y ya se me andaba amaneciendo, y que me arriendo. Y de ahí, ahijado, bah, ya no lo he visto, por eso te decía, creo ya murió, ya me quedé sin chamba. Y ora sí, aquí en la escuela, que te voy encontrando, ahijado, y te vi que hasta brincates pa tras, del miedo, pero no, no era contra ti, yo andaba trabajando. Y vi que te espantates. ¿Porque te espantates, verdá?

—Sí, padrino, bah... Me espanté.

El *Tarecua* ya no pudo controlar el temblor que le recorría el cuerpo, casi como una carcajada, de ésa que soltaba su padrino. “Entonces de eso has estado hablando, padrinito jijo del chingado, y yo que no creía que fuera cierto que te convertías, con razón te pasas riéndote”, pensó, y entonces, sin sentir, se le resbalaron las tijeras de las manos. Abelino escuchó el ruido y soltó otra carcajada.

—Ah, qué, mi ahijado tan cabrón, ¿te querías robar mis estijeras, verdá, como le robates la tarecua a tu papa? Hasta por eso te pusieron *El Tarecua*. No, pues, ahijado, no hagas eso, bah, entóns, yo con qué hago mis casquetes.

—No, padrino... cómo cree —y entonces sí *El Tarecua* se rió con esa risa que parecía que le estaba dando el hipo.

—¡Y de veras, de dónde venías, pues, ahijado? Bah, creo traibas un cuero, cuando nos topamos, un chingado cuero viejo. Pero bah, creo taba lleno de ceniza. ¡O qué putas era lo que traibas?

Necesitamos un policía



—*¿Y USTED QUÉ QUIERE?*<sup>\*</sup> —preguntó el alcalde al hombre que entraba. Éste esperó a que Zenaido, que acababa de salir, cerrara la puerta, y se quitó el sombrero.

—Dígame qué quiere —insistió el presidente sin cambiar el tono de enfado.

Había estado atendiendo a la gente, a su gente, desde las nueve de la mañana; y a las tres de la tarde, sin haberse levantado de su silla sino para suspirar o para aventar el cigarro por la ventana, había tenido que recibir a Zenaido, el único campesino que no hacía antesala para ver al alcalde, y que le dejaba siempre un humor hirviente. Le había ido a pedir que encarcelara a dos de sus policías porque en una borrachera, a media calle, habían asesinado a culatazos a un comisario, “no más porque el pobre les mentó la madre”.

Al presidente le hacían falta unas cervezas.

Así que esperaba con todas sus ansias que este ciudadano se arrepintiera de haber entrado —como tantos otros— y saliera casi corriendo por donde había entrado.

<sup>\*</sup>Este cuento obtuvo el Premio José Agustín, organizado por el Consejo Coordinador de Actividades Culturales de Acapulco, A. C. (Concoaculta) y el Grupo In Arsis, A. C. Movimiento por el Arte, en su primera edición, en 1997.

Pero el hombre no salió. Se acercó al escritorio y en vez de sentarse en la banca y agarrar aire para comenzar, como lo hacían todos los demás, se inclinó apenas sobre el escritorio, con las manos en el borde, y casi sin voz, pero sin tropiezos, dijo:

—Vengo nomás a pedirle que me dé trabajo.

El alcalde, todo sudor —los pantalones mojados en la cintura, y los vellos del pecho llenos de gotitas—, lo miró por un instante, como dando un punto final a su faena, y comenzó a recoger los papeles de la mesa.

El hombre no se movió.

—Eso véalo con el de limpia o con el de seguridad —contestó el alcalde mientras cerraba la ventana que daba a la plaza y apagaba el ventilador de techo.

Era evidente que no quería hablar más. Cualquiera que lo conociera hubiera salido de ahí tratando de que sus pasos no se escucharan en el piso de ladrillos, porque la disposición del presidente de retirarse —dando el clásico portazo, sin volverse nunca, por más que lo llamaran— era también más que evidente.

Llevaba un pantalón de mezclilla que se desbordaba de la cintura y que daba la impresión de cargar con trabajos el enorme tronco rollizo. Su pelo era rebelde y las pocas veces que estaba seco —usaba agua para peinarse a cada rato, todo el día— se levantaba encrespado, como a punto de atacar.

—Y ahí nos vemos.

—Es que no quiero trabajar de barrendero ni de policía —arremetió el forastero interrumpiendo el paso del alcalde, con el mismo tono de la primera frase.

El presidente iba a gritar. Sus casi dos metros de humanidad se tensaron. Se desató el paliacate que traía atado al cuello y se alisó el cabello con fuerza. Aspiró aire con la boca y aventó los papeles sobre la mesa. Luego se volvió al hombre, que seguía inmóvil, inclinado sobre el escritorio, con las manos en el borde:

—Entonces, ¿quiere ser el presidente municipal, no?

—No.

—¿Y cree que aquí hay trabajo para cualquiera que se viene a meter no más a hacerle a uno perder el tiempo saliendo con la pendejada de que no quiere ser policía? ¿Eh? ¿Cree que nomás lo estábamos esperando para estar completos?

El hombre esperó hasta que los ojos del presidente se encontraron con los suyos y dijo, como si hasta el momento no hubiera tenido respuesta:

—Yo soy bueno para esas cosas.

—¿Qué cosas? Aquí no lo necesitamos.

—Me fui al Norte porque el otro presidente no me cuidó y por poco no me mataron. Pero ya volví.

El alcalde sacó otro cigarro y se quedó mordiéndolo mientras el hombre hablaba. En realidad, se estaba conteniendo para no echarlo.

—Si no se larga —dijo pausadamente y con voz ronca—, lo mando encarcelar.

—Yo sé que Zenaido le hace malobra, señor presidente.

Hubo un silencio. El hombre se movió por fin y se sentó con una pierna en el escritorio. Fue como si de pronto Zenaido hubiera aparecido ahí, con sus huaraches remendados y su morralito de costal colgándole del hombro, con el machete en la cintura y el sombrero cubriendole apenas un poco las cejas.

El hecho de que el forastero pronunciara el nombre de Zenaido y hablara, con ello, de los asuntos más oscuros del presidente, había dejado a éste en un estatismo idiota que apenas le permitía disimular el pánico.

Iba a preguntar “¿qué Zenaido?” para ganar tiempo, pero supo que lo diría sin ninguna convicción, y se sintió como un reo ante el juez, que no sabe qué decir ni cómo decirlo para ocultar la mentira.

Zenaido había sido el criadito de su padre, recordaba. Lo había visto niño, rogándole una tortilla a la cocinera, correteando a las vacas encima de un burro. Era no más que un hombre de tierra, tal vez ni siquiera un campesino. Así que no era un enemigo político.

Zenaido, era de saberse, nunca iba a ser presidente municipal; nunca enfrentaría a este hombrazo en la política ni en la calle.

La malobra venía entonces de otros rumbos.

Había sido Zenaido un criado para su padre y para él mismo, pero la sangre de una sola madre corría por las venas de ambos, aunque aquél no había reclamado jamás nada de la gloria de su hermano mayor ni abierto la boca para proclamar su hermandad. Simplemente sabía quién era el dueño de cada pedazo de tierra. Tenía en un viejo arcón el mapa que había trazado el primer comisario del pueblo y más tardaba el alcalde en turno en cercar algún terreno que el dueño en reclamarlo, guiado por Zenaido.

Así, varios alcaldes habían ido a dar incluso a la cárcel.

El forastero podría saber alguna de estas cosas o todas al mismo tiempo, pero ninguno de estos motivos era suficiente para que el alcalde contratara sus servicios, sino otro más, del cual tal vez ni el mismo Zenaido hubiera tenido conciencia.

Era que no había petición, formal o informal, demanda, solicitud, señalamiento o gesto que Zenaido hiciera al medio hermano, que éste no tuviera que obedecer o cumplir al pie de la letra.

Hubiera dado cualquier cosa, incluso parte de su poder, el mismo reconocimiento de su parentesco, con tal de quitarse de encima la sombra de Zenaido. El alcalde habría asesinado de mano propia a cualquiera que le produjera esa sumisión, pero a Zenaido no

se había atrevido a tocarlo siquiera con el pensamiento, sino hasta ahora.

El forastero, sin moverse del escritorio, donde se había sentado con una pierna, volvió a ponerse el sombrero y esperó con paciencia hasta que el presidente -después de una y otra vuelta sobre sí mismo, de suspiros y bocanadas espesas de humo- salió de su idiotismo.

Cuando el alcalde volvió a mirarlo, descubrió que el hombre tenía una enorme cicatriz en el cuello y que sus manos no eran de campesino. Usaba un bigote sumamente cuidado, rasurado en una línea delgada, oscura y brillante. Algunos cabellos se le salían del ancho sombrero y sólo tres botones de la camisa estaban en sus ojales.

Al acercarse, se dio cuenta también de que era más alto.

-¿Quién jijos de la chingada eres? —dijo el presidente, como queriendo sonreír.

El hombre sacó del bolsillo de la camisa un puñado de pepitas y comenzó a pelarlas con los dedos sin uñas.

—Yo sé que me necesita, señor presidente.

El alcalde se limpió la frente con el paliacate. Volvió a abrir la ventana y miró hacia afuera. Las plazas casi dormidas tras sus puestos. Los perros echados bajo los árboles sin sombra, y algunos marranos rasguñando con el chuzo debajo de las piedras.

—Sólo necesito balas —añadió el forastero.

El alcalde no contestó. Siguió mirando sobre el pueblo, más allá del pueblo, sobre los cerros, sobre la tarde borrosa.

Al final, cuando el forastero casi terminaba el puñado de pepitas, el presidente le palmeó el hombro.

—Que nadie se entere, pues.

El hombre lo siguió hasta la puerta.

—De todos modos, mañana te vienes —dijo el alcalde antes de sonreírle completamente—. Creo que ahí los muchachos van a necesitar un policía.



Desde aquí se ve La Sierra



DOÑA SIRA AMANECIÓ DANDO VUELTAS en el corredor, echándose aire con un sombrero viejo, sin dejar de ponerse alcohol en el cuello y en la frente.

En otras casas, todas lejanas, sólo daban señales de vida los marranos, que chillaban empujando con el chuzo puertas, botes viejos y otros marranos, en medio de un ronquido sordo y casi arrullador.

Más lejos había mugidos y cacareos. Y más allá, mucho más allá de las últimas casas del pueblo y de los últimos pueblos callados, La Sierra comenzaba a recobrar el verdor que perdía todas las tardes, después de que las sombras envolvían el cielo, y despedía un inmenso rumor que viajaba hasta el interior de la casa. La luz y el primer soplo de viento, que había dejado de correr desde el crepúsculo anterior, encontraron la figura de doña Sira, esbelta, maciza, translúcida bajo su corpiño, abierto por delante. Estuvo sentada en un pretil, en medio de dos pilares, como un pilar trunco. A un lado, un sombrero de ala ancha y, al otro, un frasco con alcohol hasta la mitad.

Doña Sira se alzó el pelo húmedo que le caía en la nuca y sin cerrarse el corpiño se tendió a lo largo del

pretil dejando que el viento, lentísimo, le secara los surcos de sudor que le corrían por el pecho desnudo.

Cuando abrió los ojos el sol estaba saliendo. Después de vestirse –sólo se puso pantaletas y un cotón que le llegaba a los tobillos– preparó el almuerzo.

Encontró el último pollo muerto a un lado del fogón, en la cocina. Tenía el pico abierto y debajo del ala, aún fresco, el charquito del agua derramada de una bandeja. El cadáver estaba aún flácido y tibio.

—Muerto el último —dijo doña Sira.

—Te digo que fue empacho —contestó *Enésimo*, en calzoncillos, dando vueltas por el patio, haciendo buches de agua y aventando el agua usada hacia afuera del cercado de púas, a la calle—. Algo comieron, los tarugos.

—No —dijo doña Sira, sólo para matar la conversación.

*Enésimo* buscó sus huaraches. Se puso un pantalón y guardó el frasco de alcohol arriba de un pilar. “*Enésimo*”, le decía ella, en lugar de *Onésimo*, que era su nombre. “Es que, mira, con la ‘o’ parece que fuieras burro: ¡Ooooo!, Nésimo. ¿Ves? Le estás diciendo al burro que se detenga. Y con la ‘e’, sí. Sí pareces gente”.

Almorzaron en silencio. Él no preguntó por qué no había leche ni por qué las tortillas eran recalentadas; al terminar, agarró el último pedazo de queso, lo envolvió con las últimas tortillas y buscó la bandeja con tapa de rosca para echar ahí las sobras.

Doña Sira comió sólo una tortilla y todo el tiempo estuvo peleando con los mosquitos y un cabello que le hacía cosquillas en la nariz. No miró al marido en todo el rato.

—Ya te dije que no es empacho —dijo mucho tiempo después, refiriéndose al pollo—; es el pendejo calor.

Habían muerto doce, con el último, y se habían comido los primeros tres. Los siguientes fueron destazados y vendidos por las calles, en la charola donde ahora yacía el último. *Enésimo*, en los últimos días, había dejado de ir al campo porque se les iba el día buscando el mejor cliente.

Terminaban, en la tarde, sentados en sus sillones de palma, sin zapatos, atizando el montoncito de boñiga seca de res para espantar los zancudos, oyendo las canciones del radio que se repetían todo el día.

—Mañana te vas —decía doña Sira—; ya necesito leña. Si se muere otro pollo, yo lo vendo sola.

*Enésimo* contestaba que sí, casi dormido, caminando como un ebrio hacia la cama. Pero había esperado a que muriera el último pollo para salir al campo.

Pasó encima de su burrito, con la camisa abrochada hasta el último botón, delante de la cocina. Se asomó por una claraboya y vio a la esposa, aún con el pelo revuelto, desplumando el pollo. Le silbó.

—Te duermes, ¡eh? —le dijo. Y el burrito no le dejó decir más.

Doña Sira le quitó las plumas y le sacó los tripas al pollo; le cortó las uñas y el pico y lo echó entero a una olla con agua. Se entretuvo cortando varitas al árbol seco que estaba a medio patio y que *Enésimo* no había querido leñar; las echó al fogón y le puso fuego a la olla; acabó de llenar el fogón con los olores del burrito, el único que había estado comiendo bien y a sus horas durante esos días.

Volvió al patio para barrer las últimas cacas del pollo y las echó al costal de la basura; el sol le había producido comezón en la espalda y se la quitó mojándose con la mano.

Luego se echó en la cama y se puso a llorar.

Las chamaquitas que se asomaron por la cerca de púas ofreciendo panochas y requesón la vieron con el corpiño subido hasta la cintura y bocabajo sobre la cama recién tendida y por la palidez de sus muslos creyeron que estaba muerta; se reunieron hasta cuatro para aventarle terroncitos que se deshacían en el aire con lástima y con miedo, pero doña Sira les contestó a una por una, sin alzar la cabeza, que no quería nada porque iba a comer con pollo.

Cuando comenzó a sudar y ya no podía secarse la frente porque los brazos le escurrían -los vellitos pegados en desorden, como si no pertenecieran a la piel-, se levantó y fue a acostarse a la hamaca, desde la cual se veía La Sierra.

No gemía ni hacía pucheros. Generalmente le dolía la garganta de tanto apagar los sollozos y sólo de vez en cuando atendía la nariz con el índice encogido o con la yema del pulgar.

Cuando *Enésimo* la consolaba –casi nunca– era él quien, con el hueco de la mano, le apretaba la nariz de vez en cuando.

Tenía los ojos abiertos, y las enormes lágrimas le rodaban hacia las orejas, no sin antes brillar fugazmente en las pestañas aún negrísimas y jóvenes.

Doña Sira odiaba la hamaca. En primera, porque le marcaba la espalda con surcos profundos que muchas veces se le hicieron llagas; también, porque odiaba a *Enésimo* cuando con la boca abierta roncaba en ella toda la tarde y a veces todo el día. “Este cabrón se va a morir en la hamaca”, pensaba.

Si alguien la hubiera conocido –*Enésimo* no la acabaría de conocer en otros veinte años de matrimonio– sabría que los pollos muertos y el calor y las noches en vela y las mismas crisis de llanto no le causaban tanto daño ni le producían tanta abrumación como la hamaca, desde la cual se veía La Sierra.

Doña Sira odiaba la hamaca.

También odiaba llorar. En otros tiempos. En La Sierra. Allá abofeteaba a las viudas y a las madres huérfanas de hijos cuando se revolvían en el suelo gimiendo y maldiciendo ante sus hombres muertos.

Las bañaba con agua fría cada vez que pataleaban fuera de sí.

Las acallaba.

Los mismos hombres se iban. Rodeaban la casa y ganaban para Las Minas. Allá se escondían. Se encontraban con otros hombres. Sin mujeres, sin hijos. Sin casa. Hombres solamente. Nadie sabía que estaban allá. Sin rifles, sin machetes, sin causa. Hombres vivos ayudándose a vivir.

Otros se quedaban, pero éstos no corrían riesgos: eran hombres muertos.

A doña Sira le avisaron de su papá. Lo habían visto detrás de Edafio. Sin huaraches, sin sombrero, con un paliacate amarrado en una pierna.

Otros también andaban con Edafio. Desconocidos. Encontraban sus cadáveres debajo de los árboles. Les decían *Los adafiosos* o *dafiosos*. O les cambiaban el nombre: *rafiosos*, *vifiosos*, *mudrosos*, *reflojos*, *fundillosos*.

Doña Sira les llamaba *guerreros*. Y en el fondo, donde se le escondían los recores contra el esposo; allí donde se le apagaban las esperanzas de volver a ser libre, de estar al mando de su cuerpo; en el rincón donde nace el cariño y el coraje y la vejez a su tiempo, les tenía simpatía a los hombres de Edafio. Y al propio Edafio.

—Si yo fuera hombre me iría con ellos —le dijo una vez a *Enésimo*.

“Si al menos no hubiera tenido marido”, pensó esta vez, con los ojos abiertos.

Allá compraba piloncillo y tejía hondas para los niños que iban a darle razones de su padre. “No cojea ni tiene una pierna rota”, “no habla con nadie, no más con Edafio”, “Edafio le dice *papa File*”, “dicen que dice que donde tumben a uno van a tumbar al otro”, “a mí me dijeron que *papa File* es el que anda guiando a Edafio por La Sierra”.

En el fondo, doña Sira esperaba que un día el esposo preguntara por el rumbo de Edafio y se hiciera *guerrero* y que muchos años después ella pudiera recordarlo por medio de un corrido largo, alegre, con partes lentas y versos declamados; el corrido de *Enésimo y sus guerreros*. Pero entonces *Enésimo* se enfermó. “Si cuando menos él se hubiera muerto...”, pensó doña Sira sin querer, asustada de haber formulado tal razonamiento, creyendo que ni siquiera lo había pensado, espantando la cavilación aun con las manos... Pero por encima de los recuerdos escurridizos completó el pensamiento:

“...Entonces me hubiera ido con Edafio”.

Efectivamente, no para su mujer sino para ser una más, la parte que le faltaba a la gente de Edafio. Luego se quedó dormida pero sin dormir, porque dentro del mismo sueño siguió odiando La Sierra y tratando de olvidar el pensamiento.

El haber creído aunque fuera por un instante que la muerte de *Enésimo* hubiera sido una buena noticia que se quedó esperando, la asustó de pronto. Como se asustaba cuando mandaba preguntar, allá en La Sierra, a los nuevos soldados si comerían en su cocina, si mandarían lavar su ropa con ella, y la respuesta no llegaba y ella seguía esperándola con una comezón en los manos. Porque era obvio que quien no aceptara sus comidas era porque tendría sospechas sobre ella, le tendría desconfianza y podría por eso ser enemigo, traicionarla; espiar al marido enfermo, atacarla cuando estuviera sola; ponerle una trampa hasta descubrir que era hija de un guerrillero y obligarla a llevar a los soldados hasta donde su padre.

Dentro del sueño, sin soñarlo, seguía acordándose de los chamaquitos con lagañas verdes que le preguntaban por sus papás mirándola como miran los presos.

Ella les limpiaba los ojos y les contestaba que estaban enfermos y ella misma sentía deseos de preguntarles a los niños, con sus ojos limpios, dónde estaba *Enésimo*, porque así estaría yo de pendeja que lo extrañaba y quería que no se me muriera.

Dentro del sueño, desde la hamaca, sentía el olor a carne cocida que le llegaba de la cocina y sabía que aún faltaba mucho rato para que la carne estuviera blanda porque el humo era más fuerte que el olor y el olor no era de pollo sino de agua caliente.

Y el mismo olor le molestaba porque se entrometía –rayéndolos– entre los otros olores, los del recuerdo de las largas mesas llenas de moscas. Mesas llenas de sobras de almuerzos, rodeadas por la turba de perros que colgaban la lengua detrás de ella y que se mataban unos a otros entre el atascadero de la comida descompuesta.

Mientras, entraron los puercos ajenos y los tudos callejeros y rastrearon sin hacer ruido y regaron el costal de la basura por todo el patio y se detuvieron en la tranca que *Enésimo* había olvidado cerrar al salir, y todavía tuvieron tiempo de dormir la siesta debajo de los agujes; en tanto que doña Sira pensaba sin pensar en los *dafiosos*. Tal vez hubiera despertado, de haber estado dormida, pero entonces no tenía sino sueño de tristeza, y hubiera sido necesario brincar de ese sueño al de todos los mortales para despertar con el alboroto que sembró el desorden en toda la casa.

Sin embargo, hubo un tiempo en que se quedó dormida. Algunos de sus cabellos alcanzaron a rozar el suelo, barriéndolo, como apaciguando el polvo que el viento levantaba. Una de sus manos se desvaneció también hacia afuera de la hamaca y estuvo colgando un rato.

De repente, como no queriendo, así dormía en La Sierra. Había plantado dos postes altos, sumamente altos, y de ellos colgaba su hamaca en el patio de una

casa abandonada, a donde había llegado con una mula llena de trastes para dar de comer a los soldados.

Se echaba ahí a pelar las pepitas o las papas; se ponía la charola llena de combas en las piernas –casi en el abdomen– y las limpiaba. Y a veces simplemente se ponía a pensar qué preparar.

Entonces a los soldados les gustaba llegar a la casa. Se echaban en cualquier silla o recargaban la espalda en los troncos de los árboles y la veían dormir, acompañando los sueños de la molendera con sus propios sueños, sin sospechar nunca que ella les tenía pánico.

Despertaba sintiéndose atrapada entre tanto hombre y tanta arma; sofocaba sus ganas de correr a su cuarto y de cerrar la puerta con candado, y simulaba dormir, cuidándose de no sonreírle a ninguno de los hombres, ni siquiera para demostrarles valor. Recogía sus charolas y regresaba a la cocina.

En esos trances no odiaba tanto la hamaca. Era más bien la única manera de pensar con todo el cuerpo en *Enésimo*. Aunque nunca supo si lo extrañaba a él o se extrañaba a sí misma, barriendo su patio lleno de pollos, reparando las tejas o bañándose por las madrugadas en el fondo de la pileta de agua, sin jabón, sólo con sus propias manos; con el cabello –entonces largo– hecho un molote sobre la cabeza.

Entonces ese mismo cuerpo se le llenaba de una comezón trepidante que la hacía sudar y rascarse por debajo de la ropa; y tenía que encerrarse en el baño y sentirse desnuda, y hartarse con su propio cuerpo, con sus propias manos sobre su cuerpo, con sus propios trucos de mujer en celo, y se hacía la firme promesa de arrastrar a *Enésimo*, la primera vez que fuera posible, hasta la hamaca y desnudarlo ella misma y desnudarse con él y sentirlo a él sobre su carne en vez de sus propios dedos; de forzarlo, si fuera necesario, ahí, en la hamaca, donde todos los soldados la veían bostezar, estirar las piernas por fuera de la falda y rascarse los senos debajo de la ropa.

Salía del baño y los hombres la veían recién bañada, recién cansada, recién entristecida; y entonces ella, como si de veras no pensara en nada, recogía la hamaca, le hacía un nudo por en medio y la atoraba en alguna rama del árbol que le daba sombra.

Pero cuando *Enésimo* llegó a La Sierra, ella, arrumbada durante siete días, con sus trastes amontonados, amarrados con un mantel, y la hamaca hecha nudo en un morral, ni siquiera estaba esperándolo.

La Sierra se había llenado de sangre y de hombres muertos. Los vivos habían desaparecido y los mismos soldados habían tumbado sus tienditas para irse, cerro abajo, sin volverse siquiera.

De los postes donde ella colgaba su hamaca pendían, ya pestilentes, muertos desconocidos, *dafiosos* sin vida, sin cara, sin expresión y hasta sin ropa. El viento los hacía dar vueltas y los sacudía, como si quisiera jugar con ellos.

Había un incesante rumor de moscas. Moscas verdes y azules. Grandes como abejas, y brillantes, como si estuvieran embarradas de manteca. Pero ese rumor no alcanzaba a apaciguar el silencio.

Flotaba un olor a letrina vieja, como cuando se pudren las vacas. Y respirarlo era como aguantarse la respiración, porque sofocaba y asfixiaba y provocaba náuseas, no tan sólo en el estómago, sino en el mismo pensamiento; hacía podrirse las ganas de pensar y de recordar.

Doña Sira se había tirado, después de haber enterrado a su padre -el único *dafioso* que tuvo lugar en la tierra-, sobre sus manteles llenos de agujeros, obligada por el frío, como si el aire se enfriara al contacto de su cuerpo, como si estuviera condenada a tiritar para siempre, enterrada entre sus manteles.

Entonces, como un hálito aún más frío, que penetraba en ella como una aguja helada, llegaba el recuerdo de su casa, llena de candiles -17 había contado ella con gusto, con risa, con alegría-, recién regada, con la tierra apelmazada con sus propios pasos, con su propio pie descalzo.

Sin embargo, su casa, en el pueblo, estaba peor.

*Enésimo* había dejado que las paredes se pelaran y que los tejas cayeran sobre los catres. Las sábanas tenían enormes manchas que parecían de orín y olían a orín. También había un olor a carne descompuesta. Al llegar, después de dos días de camino y de silencio, lo primero que hizo *Enésimo* fue colgar la hamaca de los pilares y acostarse a dormir. Doña Sira sintió que si no lloraba entonces, no volvería a llorar nunca.

Pero entonces no lloró.

Empezó por el tejado. Desde arriba vio las cosas un poco fáciles. Siguieron las paredes; acabó de quitarles la cáscara vieja y volvió a enjarrarlas por completo. Las pintó con cal nueva, olorosa.

Luego rehizo la cocina. La pintó también de blanco y tiró todos los jarros y cazuelas viejas.

Hizo un enorme montón de escombros en la parte más alejada del terreno y le prendió fuego a todas las cosas del pasado. Sólo quedó la hamaca. *Enésimo* no despertó nunca, y así, dormido, defendió su supervivencia.

Y al final, doña Sira hizo los catres con sábanas nuevas y luego se metió, sin ropa, a la pileta de agua, sin ganas siquiera de tocarse. Desde allá, sólo con el sentido del olfato y del cálculo, controló el cocimiento de la cena.

Cuando terminó de bañarse, le dejó salir toda el agua a la pila, para que, mezclados, disueltos, ahogados en el agua, salieran también todos los días desérticos de La Sierra; se puso sólo un cotón -el mismo que ahora tenía puesto y que *Enésimo* nunca se había tomado la molestia de desabrochar- y se sentó a cenar con el marido, que tenía los ojos enrojecidos de tanto dormir y la garganta ronca de tanto roncar; apenas y se dio cuenta de la renovación de la casa.

Pero no tuvo nunca conciencia de la devastación de doña Sira y su capacidad de amar, no tan sólo con el cuerpo, sino también con el corazón, de la devastación de todas las cosas que la pudieran identificar como mujer. Esa devastación infinita que le hacía mirar su propia casa como una pequeña sierra, donde los soldados se apersonaban en las mismas circunstancias que la obligaban a seguir siendo la misma y dejaban que, junto al marido, siguiera viva.

A *Enésimo* le gustaba llamarla cuando él, sin camisa, en puros calzoncillos, se tiraba en la hamaca. Le sibaba. Pero doña Sira no le hacía caso. No se ocupaba siquiera de buscar pretextos.

Sólo cuando no dormía bien, o de noche, cuando La Sierra no era ni siquiera ese punto verde, doña Sira se acomodaba en la superviviente hamaca. Se mecía un poco. Sentía cómo el viento le secaba el sudor y se quedaba dormida, como ahora. El ir y venir del viento;

lo sueños enmarañándose entre los hilos. El tiempo colándose entre la red que no se aquietá nunca.

La despertó el mismo *Enésimo*.

Venía sobre su burrito, con la camisa completamente empapada de sudor, pero abrochada hasta el cuello. De la silla del animal iba amarrado un manojo de varejones que arrastraba por el camino.

Se detuvo casi frente a la esposa y le siltó.

—No te levantes, mujer —le dijo antes de bajarse del animal—, quiero que duermas bien.

Pero doña Sira, sin mirarlo, se encerró en la cocina, mientras *Enésimo*, echándose aire con el sombrero viejo, se echó en la hamaca y comenzó a roncar tan pronto como si fuera un efecto natural, ineludible.

En la cocina, doña Sira destapó todos los frascos, sacudió todos los jarritos y jarrones, desempolvó todos los trastes, esculcó todas las claraboyas, donde solía atorar los hierbas de olor; recorrió con los dedos y se asomó a los más de 17 agujeros de la pared; agujeros que ella misma hacía con las uñas o con cucharas de palo, pero que quedaban geográficamente cuadrados o redondos, y tan lisos como si los hubiera hecho un ángel, por cuyos interiores se podían pasar las manos, sintiendo su lisura, como de madera fresca, recién pulida, donde frecuentemente se escondían los alacranes que doña Sira sacaba de la cola (*jay*, hija de la chingada —entre dientes—!) y colocaba en el comal

caliente, donde se agitaban un rato, la inútil ponzoña enloquecida en la superficie de barro, hasta quedarse quietos, como piedras, y comenzaban a cambiar de color, del amarillo al cobrizo y del cobrizo al negro, hasta hacerse una cascarilla que doña Sira deshacía con las yemas de los mismos dedos agredidos, luego de tomarse un gran trago de mezcal caliente de la cantimplora que permanecía en una de las claraboyas más asoleadas y que no tenía otra función.

Registró también las morralas que colgaban de los ganchos tiznados, que a su vez pendían del envarillado del techo, y las canastas que intentaban abrazar la pared, y no halló un solo chile seco para echar al pollo, que permaneció en pedazos informes en una cazuela. Tampoco encontró especias. Y sintió un vaho caliente que le fue enfriando desde los dedos hasta la nuca cuando, derrotada, se encontró plantada frente a la chimenea, con las manos sucias de tanto esculcar y se dio cuenta de que tampoco había sal. Quiso entonces distraerse, hacer otra cosa para no estallar.

Agarró la cubeta para poner nixtamal, vacía desde el día anterior, y entró al único cuarto.

—¡Chingada madre! —gritó desde adentro, sorrajando el cubo en el suelo, que soltó cáscaras de tizne al caer y dejó un semicírculo en la tierra: no recordaba que no tenía maíz desde el día anterior.

Volvió a la cocina y regresó el pollo despedazado a la olla, que seguía hirviendo con el calor de las cenizas de los olotes.

Luego despertó a *Enésimo*. Se sentaron casi juntos a la mesa.

—Ya no hay ni maíz —dijo doña Sira, como si tuviera miedo de que explotara la caldera de recores que se le revolvía en el pecho; y realmente hizo un gran esfuerzo para apagar la injuria—. Desde ayer.

—No le hace. A mí me gusta el caldo sin grano —contestó *Enésimo*, echándose una carcajada.

Durante mucho rato sólo se escuchó el ruido que hacía *Enésimo* al sorber el líquido de la cuchara. Un ruido con ritmo parecido al ritmo de los rechinidos de la hamaca.

—Esa cosa no se puede vender —dijo doña Sira mucho rato después, refiriéndose a las ramas.

—A donde quiera que vayas hay puros varejones —contestó *Enésimo*, limpiándose el sudor de la frente. Siempre sudaba demasiado al levantarse de dormir.

Entonces doña Sira, que había estado quieta soplándole a su cuchara, ya cubierta de grasa, de tan fría, se levantó de la mesa, sin apurar siquiera el caldo de la cuchara, se puso un sombrero y se dispuso a salir.

El marido la detuvo.

—Voy a buscar si alguien quiere que le lave.

Doña Sira se había puesto una falda verde floreada, brillante a fuerza del uso, y una blusa sin mangas que permitía ver el principio del seno, su nacimiento desde la axila. Todavía tenía el pelo enredado.

—Pérate. Orita te llevo —dijo él.

—No quiero ir en tu pendejo burro —contestó ella sin acento, como si el coraje se le hubiera vuelto un estado de ánimo al que estuviera acostumbrada ella y también *Enésimo*.

—De los mós, te acompañó. Pérame.

*Enésimo* podía ver el cuerpo de ella sentada en el pretil, que se translucía bajo la ropa por estar a contraluz. Tuvo ganas de mirarla mucho rato, como cuando estaba enfermo y ella se sentaba en el umbral de la puerta velando el sueño de él y le platicaba las aventuras de *papa File*, pero se apresuró a terminar el caldo y todavía mordisqueaba el hueso del bocado cuando se levantó, se puso el sombrero y le dijo: “Ámonos”.

Eso le había dicho entonces. Cuando con un pañiacate en la cabeza y los pies envueltos en bolsas de plástico, oloroso a vaporup y sudor y axilas, se sostuvo en el brazo de ella y la llevó hasta el crucero a esperar la camioneta que la llevaría hasta La Sierra.

En esos tiempos, doña Sira había estado llorando. Los yerberos habían terminado con sus marranos y sus reses, pero no habían logrado curar al

marido, que ya no era más que un cuerpo tembloroso lleno de pujidos y de suspiros calientes. Había rematado hasta su ropa en las esquinas de la plaza, con tal de traerle los frascos oscuros de esa medicina agria y amarga que le pedían los yerberos. Ella misma no era más que una mujer sola, sin sustento ni esperanzas.

—No te vayas —solía decirle él cuando doña Sira salía con su bulto de ropita vieja que la gente agaraba, juzgaba y finalmente compraba a regañadientes, pagando siempre mucho menos del precio; cuando la veía con su morralita lista para ir a buscar trabajo en alguna buena casa de los otros pueblos.

—No me dejes —y era lo único que el cuerpo podía repetir durante todo el día. Se había convertido incluso en su forma de pedir comida y de avisar que estaba despierto.

Pero doña Sira conoció el fondo de la desesperación cuando uno de los yerberos le advirtió que *papa File* andaba con los esos *dafiosos*.

—Está el soldadaje en La Sierra —le habían dicho—, pero los muy perros se van a morir de hambre porque no tienen ni qué tragarse. Andan ofreciendo los billetes para que los alimenten. Eso sí, dinero les sobra.

Fue cuando doña Sira preparó un burro —uno pardillo, pachón y arisco—; echó en un costal todos sus tiliches,

se cosió un pantalón con la tela de una sábana y se fue a La Sierra.

—No me dejes —repetía *Enésimo* cuando ella se despidió más para armarse de valor que para darle fuerzas al marido.

—¿Te quieres morir, pendejo? —casi como un rezó, como un mimo que *Enésimo* pareció no comprender nunca—, ¿quieres que me quede no más a ver cómo te carga la chingada?

Entonces él mismo se levantó de la cama, se recargó en el cuerpo de doña Sira y la acompañó al cruce-ro, entreteniéndola, haciéndole perder el tiempo y la paciencia.

Tal como ahora. Le echó una mano por el hombro y se metió la otra al bolsillo del pantalón y la obligaba a caminar más despacio de lo que doña Sira podía soportar. Caminaron hasta que se terminaron las calles del pueblo y agarraron un camino viejo, que ya casi nadie caminaba.

Llegaron a una parte del arroyo que se había desbordado. Era un recodo por donde el agua parecía enfurecerse y se batía con la arena del fondo; ahí cambiaba su color claro, plateado, por el pardo negruzco. Ahí se revolvían tiras de algas que más adelante se atoraban en las piedras o se hacían hilitos invisibles pero que precisamente en el recodo parecían pedazos de otros arroyos que se ahogaban, que agonizaban y

regresaban hacia arriba, contra corriente, un incesante retornar hacia atrás o hacia adelante; se dejaban arrastrar por la simple ambición de no seguir borbotteando sin descanso.

—De aquí me regreso —dijo de pronto *Enésimo*.— Aistán las mujeres. Ahí puedes preguntar.

—Sí —contestó doña Sira e intentó todavía retenerlo más con el pensamiento que con la mano que hizo un ruido al rozar la camisa de él—. Aquí déjame.

*Enésimo* volvió sobre sus pasos. Sin expresión, sin darle una recomendación siquiera, como si hubiera sido el camino el que se hubiera invertido y él no se hubiera dado cuenta.

—Tespero en la casa —remató ya con la voz muy lejos de ella.

Doña Sira miró hacia donde estaban lavando las mujeres. Eran elementos del mismo cuadro, sin vida propia, moviéndose pero estáticas, expuestas a la corriente, esperando que algún día, como a las piedras, el agua las desintegrara.

Eran parte de la misma tarde sudorosa, pero indiferente; y su mismo bamboleo sobre las piedras brillantes no era más que una variante del mismo arroyo irretenible.

Agachadas, con las greñas agitándose también, cubriendoles la cara, como si cabalgaran y tuvieran miedo de incorporarse; con las chiches agitándose

entre los brazos, frutos magullados e inútiles que producían un rumor imperceptible entre el ruido del agua, que parecían dialogar, saltar, reñir, cuando los pezones golpeteaban en los codos o se quedaban de repente pegados al abdomen, de tan flácidos, con la cabecita apuntando irremediablemente hacia abajo.

Entonces doña Sira se sintió abandonada. Por primera vez desde que vio a su padre muerto sobre un peñasco, en La Sierra, se sintió desamparada.

Al menos aquella vez tenía la esperanza del marido, la confianza aunque remota de que podría esconder la cara en los brazos de *Enésimo* y llorar hasta desahogarse; sabía que él la consolaría con su índice rasposo, apretándole la nariz. Al menos creía en algo y tenía la certeza de algo mientras con ramas, con las manos, con el arado inútil de sus uñas, hacía un hoyo en la tierra –que volaba con el viento– para completar la sepultura de su padre.

Un soldado la descubrió cuando ya sólo faltaban los pies de *papa File*, que todavía saboreaban la tierra con sus dedos erectos, como los troncos de los bejucos que persisten tras el chaponeo.

—Quién es ése —le preguntó sin soltar el rifle.

—Es un soldado —contestó ella.

—Es la chingada.

Y ella no sintió ya los ojos del soldado, sino la mirada del cañón.

—Vieja pendeja.

Doña Sira corrió. Una bala alcanzó a romperle la falda. Otro soldado salió a su encuentro. Chaparro, con más polvo que cara. La abrazó. Es decir, ella quedó abrazada a él, sin sentirlo. El otro soldado bajó el rifle, confiado, pero volvió a levantarla en seguida, esta vez en contra del soldado que la abrazaba. Doña Sira pudo ver, sin ver, cómo voló el mechón del soldadito que la había descubierto, sintió el calor y el sonido del disparo en el cuerpo, muy interiormente, como si el disparo hubiera salido de ella y su piel hubiera quedado humeante, olorosa a pólvora.

Cuando se separó del hombre chaparro se sintió segura otra vez. Libre. Lo miró y él le sonreía. Una sonrisa lejana, que pertenecía a algo más dulce que su figura verdinegra, de nopal machacado; la sonrisa de un niño de diez años, de esos niños de lagañas amarillas que le pedían comida desde debajo de las mesas.

—Tú eres Sira, ¿verdad? —y le picaba su olor a polvo derruido, a plantas viejas, maltratadas por el frío—. Yo soy Edafio. No tengas miedo.

Doña Sira siguió la mirada del hombre que voló de repente todavía más arriba de La Sierra y ella misma miró La Sierra como la vería desde entonces, fría, dura. Llena de muertos.

—Ellos se van antes que nosotros —remató el hombre.

Cuando se separaron, ella alcanzó a reconocer el paliacate, el paño, que apretaba el antebrazo del hombre sobre el uniforme que, lo descubrió entonces, era demasiado grande para su tamaño de niño gordo. Los pies descalzos sonaron sobre el tepetate del cerro cuando el hombre vestido de soldado echó a correr con el rifle en la espalda.

Pero ahora, en medio de las chiches flácidas, doña Sira estaba realmente abandonada.

Supo que no valía la pena regresar, y aunque tampoco encontró una justificación para quedarse, se metió entre ellas sin que ellas la vieran, sintiendo el agua fría en los pies. Recordó la cara de *Enésimo*. Una mejilla atravesada por un surco enrojecido. “Este cabrón se va a morir en la hamaca”, volvió a pensar.

Tuvo suerte de encontrar una buena piedra vacía.

—Allá arriba —le dijo una de las mujeres, que no sólo tenía el torso desnudo sino que apenas se cubría la entrepierna con un calzón luido que se convertía en un grueso rollo en la cintura—. Ahí siempre tienen trapos sucios.

Doña Sira comenzó a subir por entre los paredones resbalosos del arroyo, agarrándose de los bejucos. La última luz de la tarde le hizo sentir una sombra que llegaba hasta ella desde arriba.

Un hombre que ninguna mujer se dignó a mirar y al que ni siquiera le dieron la dignidad de mirarlas avergonzadas, semidesnudas como estaban, venía bajando.

A doña Sira le pareció conocido. Sobre todo cuando él la vio por un instante y pareció sonreírle.

Iba descalzo. La camisa no era sino un jirón que le cubría apenas parte del pecho.

Cuando pasó junto a ella, rozándola, casi derribándola -sintiendo las piernas del hombre-, doña Sira vio el machete. Estaba abollado. Sin filo. Fierroviejo.

Enredado en la parte que asomaba por el pantalón, a manera de puño, también hecho tiras, el paño de *papa File* seguía jugando con el viento.



# *El Filarmónico*



HONDO Y ANCHO, EL ECO REPETÍA los prolongados y bárbaros graznidos del *Filarmónico*, que se retorcía entre las peñas resecas del arroyo con los ojos en blanco y los dientes clavados en los labios. Sin testigos.

Sólo los sucios paredones de tepetate estaban prestos a responder a estas sórdidas campanadas humanas, deshechas; como si desde el principio de los tiempos los hubieran puesto ahí para nada, para embarrarse de algas negras, muertas; para morirse, como habían muerto. Paredones sin cabeza, sin manos, sin vida. Muertos. Que sólo resucitaban con los graznidos del *Filarmónico*. Sólo de vez en cuando. Mudos pero sonoros. Cuando la luna. Y si no fuera *El Filarmónico* el que los despertaba, era alguna vaca que caía por aquí, por mayo, cualquier vaca muerta de sed, atosigada, sacrificada por el calor insopportable aun para las reses, y bramaba y bramaba con las patas estiradas, con los belfos, las jetas, blancas, espumosas pero resecas, hasta que se quedaba inmóvil, estática, blanda todavía, tibia, o caliente más bien, con el pellejo calcinado por las piedras boludas del arroyo, hasta que bajaban los hombres, los dueños, y se la llevaban en pedazos, destazada, en costales, en cubetas, como una cosecha siniestra,

como una reliquia monstruosa. Y se quedaban otra vez los tepetates adormilados, salpicados por la sangre de la vaca, atragantados de bramidos. Mudos, muertos.

*El Filarmónico* se bajó a bañar, pues aunque seco el arroyo, siempre hay agua en la poza, en Las Pilas, un agua verdosa, revuelta, hirviente de punechas, de pan-chalagunas, agua buena para lavar, para bañarse, para quitarse la ropa y esconderse del sol; agua viva, parlante. Por eso siempre había mujeres ahí lavando y por eso al *Filarmónico* no le daban permiso, porque al arroyo sólo iban a lavar las mujeres; a platicar, a hacer una plaza de la charca. Pero se dejaba venir a las escondidas; se quedaba las horas acostado, bocabajo, a pleno sol, echado como una iguana sobre las piedras, soportando el mal de orín que le chamuscaba el vientre, mirando sin parpadear los cuerpos desnudos, brillantísimos por el agua que les escurría; la hija del finado *Cien tacos*, la mujer de *papa Migue*, lavando, bañándose, rascándose las chiches. Y *El Filarmónico* retorciéndose sobre el tepetate candente. Sin hacer ruido. Completamente mudo.

Venía bajando por los paredones atraído por el puro recuerdo de los cuerpos morenos, por la pura costumbre, obligado por el mal de orín, pues era jueves y todas las mujeres se habían ido a la plaza a vender las trenzas y los sombreros, y no había nadie en el arroyo. Apenas había bajado hasta el cauce polvoriento, muy lejos todavía de Las Pilas, cuando le agarró su *mal*.

El mal de siempre. Quién sabe de dónde le vino. Quién sabe por qué. Tal vez por la puta pachorra de su madre de no saber cuándo estaba embarazada y de dejarse hacer lo que fuera por el marido con tal de que no se fuera con Licha *La Brasa* o con *La Mostrenca*; con tal de tenerlo aquí, en la casa, adentro, muy hasta dentro, de la forma que fuera. O tal vez porque mero tenía *El Filarmónico* que nacer así, sordo. Y mudo. Sordomudo. Y epiléptico.

No estaba nadie para acudir e involucrarse. Mancharse de la baba sanguinolenta y pegajosa que manaba de su boca, como una res de mayo. Dejarse aturdir por los mugidos de hombre y piedra. No era fácil. Aventar el sombrero comenzado, destrenzar los brazos, los pies, de las trenzas fragilísimas, tropezarse con el perro echado siempre a los pies de uno, y correr hasta el arroyo, que gemía, que se quejaba, que aullaba. Socorrer con todas las manos y con todas las fuerzas al *Filarmónico*, rescatarlo de esos paredones polvorrientos, de ese tiradero de piedras, de sapos y culebras calcinados en que se convertía el arroyo en la sequía.

Tal vez nadie quería que se muriera, realmente, pero tampoco le preocupaba realmente a nadie que se muriera. A lo mejor a su madre, porque siempre preguntaba por él cuando lo perdía. Pero esa vez en el arroyo, no lo vio nadie. Sólo tío *Quitito*. Lo vio. Iba pasando por el vado, con sus vacas, en su burro. Su burra, más bien.

Su burra ciega. Que él mismo volvió ciega a garrotazos, hace un año, cuando la andaba amansando. Andaba solo en el campo. Lo hizo enojar la burra, que no quería que la montaran. Entonces la agarró a fajos, y como el animal quiso correr, le arrojó un garrote. Se fue dando vueltas el garrote, y le fue a dar en el ojo. Quedó ciega. Pero sirvió para que se amansara; podía andar a media plaza en su burrita, comprando que el alambre de púas, que el abono, cuando era el tiempo. Por eso iba sobre su burrita cuando vio al *Filarmónico* que se retorcía y se azotaba contra las piedras, la cara ensangrentada, los brazos retorcidos. Corrió tío *Quitito*. Ya cae y no cae. Y no más lo que hizo fue abrazarlo, para defenderle la cabeza, se revolcó con él, sin soltarlo. Y nadie le fue a ayudar. En ese tiempo, todos entretenidos con el radio.

—Si a eso iba, el hijo de la tal —gritaba *Nacha Mungres* ya cuando *El Filarmónico* volvió en sí, todo pelado de la cara, mordisqueado.

Tío *Quitito*, sentado en una silla de palma, bien sudado, pues quién sabe cómo pudo atravesar al guache en la burra, bocabajo, como un muerto. Todavía desmayado. Y lo llevó a su casa.

—Y siquiera supites ónde dejates los guaraches, cabroncísimo?

—Ya, *Nachita*. Bah, tú tienes la culpa. Lo que deberías de hacer es no dejarlo salir, de todos modos, bah, ni puede oír el puta radio.

*Nacha Mugres* manoteaba para hacerle entender al *Filarmónico*, tirado en el pretil, que tenía que acordarse dónde habría dejado los huaraches; torcía las manos, hacía gestos, y como no pudiera hacerse entender, le golpeaba la cabeza con la mano abierta, como cuando se intenta atrapar un mosquito.

—Pues ya me voy, *Nachita*.

—Ándele, sí, tío *Quitito*, graciotas, aquí orita me arreglo con este tal...

Se fue tío *Quitito*.

—Orita. Orita. Si ya te he dicho que allá no y allá no. Pero orita.

Se metió al cuarto. Salió. Se fue a la cocina. Y luego se fue a la troje y rodeó la casa, sin dejar de gritar. Gritar ¿para qué? ¿Qué estridencia quería acallar con sus propios gritos *Nacha Mugres*? No se podría decir que *El Filarmónico* la oyera, entrando y saliendo en busca de la cadena, pero conocía ese tiempo. No la rutina, ni siquiera el presentimiento. Algo real. No sólo escuchaba, sino que al mismo tiempo gritaba, en algún idioma, en alguna lengua nunca jamás escuchada, perdida entre los terremotos del instinto; lengua que percibía y utilizaba al mismo tiempo, como la luz y el reflejo son simultáneos; no ese oír y hablar que usamos todos, no el eco de los tepetates, sino el hablar y oír todo en uno.

—Orita, hijo de la chingada...

Y *Nacha Mugres* no podía contenerse. Aunque lo quisiera. Porque lo quería, a veces. Contenerse, perdonarle al pobre hijo agriento todas las averías, porque bah, pues, no sabe lo que hace, pobrecito. Pero el mismo *Filarmónico* no se lo permitía. Al grado que tenía que gritarle, bramar, reclamarle el castigo que le correspondía a él y no a ningún otro; ahora y no en ningún otro momento.

—Y todavía estás rezongando. No hablas, pero bien que chingas. Orita te vas a callar, hijo de la chingada...

Una comunicación como de fuerzas ocultas, pues ni siquiera se veían. Un intercambio de ruidos y chasquidos y estruendos que no permitían al *Filarmónico* liberarse: tan fácil que era levantarse del pretil y correr. Correr hasta la casa de Filomena, la única que lo escondía, de la mano, hasta la troje de su casa, y que tenía el valor de decir que no y no; que *El Filarmónico* no está aquí, hasta que a *Nacha Mugres* se le pasaba la muina y *El Filarmónico* regresaba ya, seguro de que no lo castigarían. Pero eso era cuando lo iban a acusar, cuando llegaba él a la casa y desde la tranca veía a la madre arrojar la trenza y levantarse y comenzar a dar vueltas, a entrar y salir del cuarto, de la cocina, manoteando, y tenía entonces tiempo de echarse a correr, sin saber siquiera nada del asunto, pues por lo más mínimo del mundo lo golpeaban. Llegó la ocasión en que lo tumbaron de su silla cuando estaba comiendo

porque le dijo a *Nacha Mugres* que se callara. Se puso el dedo en la boca y le dijo: “¡Shhhht!”

—Ajá, el tuyo. ¿Qué pues quieres oír, por qué me callas?

Y el manotazo. En la cara.

¡Qué no le iban a pegar por sus travesuras! Que ya fue a sonar la campana de la capilla; que se fue a comulgar; que ya se metió entre el coro, entre los cantores, y se puso a berrear toda la misa; que en un velorio hizo aullar a los perros jalándoles las orejas; que ya se escapó de la escuela porque el maestro lo hizo de dormir; que se puso a tocar su violín. Sobre todo esto. Le gustaba sentirse Isaías Salmerón, y agarraba las cañas de maíz secas, amarillas, como violín, y una varita como arco y movía el brazo derecho de arriba a abajo y bailaba al mismo tiempo, graznando de regocijo, como un verdadero violinista, si no por nada le habían puesto *El Filarmónico*. Porque era un verdadero filarmónico. Se atacaba de la risa, su risa como de guajolote, cuando veía que todos le aplaudían, y entonces volvía a tomar su violín de caña seca de maíz y se ponía a caminar por las calles con su violín inocente y ejecutaba cualquier marcha con vigor, con mucha energía, caminando, con el atajo de guachitos detrás de él, oyéndolo, celebrando, aplaudiéndole, como un verdadero virtuoso. Sobre todo, eso era lo más castigado. Aunque casi siempre huía, salía corriendo por

las calles, a gatas a veces para esquivar las pedradas de la madre, cojeando cuando alguna piedra le alcanzaba una pierna, aullando.

Pero esta vez algo se había descompuesto. Algo faltaba. Algo les incitaba a él y a la madre a no dejar de hacerse el mayor daño posible con este raro, infernal canal no de comunicación, no obstante de contacto físico. Furia por furia, miedo por miedo. Una electricidad secreta pero real, quemante, azuzante; como cuando algún silbido, algún chasquido de dedos, un “újale, újale” hace al perro arrojarse sobre quien quiera que sea el hombre que tiene enfrente. Esta cascada de gritos y golpes sobre la cabeza, sobre la espalda, con el puño, con la cadena, con el huarache.

*El Filarmónico* sintió luego la brasa de la cadena en el tobillo, pero no entendía. Nunca antes había sido amarrado después de un ataque, aunque perdiera los huaraches, como ahora. Al contrario. Luego venía *má Jero* a limpiarlo con un huevo de tundo, con un sapo.

Todavía había mucho sol entonces y la cadena estaba caliente, era un puño de alacranes recorriéndole el tobillo. A empujones, a golpes lo llevaron a la troje. Ahí lo encerraban muy seguido. Amarrado. Berreaba, el pobre. Inútiles como eran sus berridos. La madre, aturdida, entraba con la vara de cascalote en las manos.

—*¿Te vas a callar, talisísimo?*

Silbaba la vara. Había más berridos y gritos. Un escándalo. No era difícil contarle las costras en los brazos, en la espalda, a veces en la cara, de los varazos que le daban.

Y, sin embargo, era ahí, únicamente ahí donde *El Filarmónico* podía recordar, pensar. Aunque, ¡en realidad, pensaba? Es decir, ¿conocía alguna palabra, alguna frase? ¿Es que no estaba del todo sordo y escuchaba algo, el muy méndigo, y nos hacía pendejos a todos haciéndonos creer que no oía nada?

Quién sabe cómo hizo el hijo de don Filiberto, pero pudo hacer que aprendiera su nombre, allá, en la escuela; era lo único que escribía en la tierra, en el polvo, con cualquier astilla, cualquier clavo. Metido en la troje, lo escribía. Y al escribirlo permanecía callado. Una y otra vez. Dejaba de soltar berridos; unos ruidos cortos que siempre, siempre emitía. Algo le cosquilleaba por el pecho.

Pero había algo más. Esos graznidos cortos, quedos, eran la viva imagen de su ánimo. Uno podía saber si estaba alegre o estaba con la mente ida, no más de oírlo. Y eran también esos sonidos los que le permitían a él conocer el mundo. Eran sus manos, su lengua. Eran su vista. Un berrido, y ya sabía dónde estaba, con quién, si había peligro. Otro berrido y nacía el mundo a su alrededor. Sentado, junto al radio, entre los guaches, era la única comunicación posible con *El*

*Filarmónico.* Claro que no oía. Podría pensarse que la radio no era para él sino una caja de madera. Pero bebreaba, y entendía así la melancolía, el miedo de los que sí escuchaban. Es decir, escuchaba. Supo que *Chucho El Roto* había muerto y le guardó luto, mientras los demás se reían. ¿No sabrían que este hombre no volvería jamás, sobre su caballo? ¿No entendían qué cosa es estar muerto, completamente muerto: inmóvil, ciego, sordo, mudo? Con señales, sobre todo, con berridos, preguntaba dónde estaba su tumba, la de *Chucho*. Y entre todos hicieron una tumba en el campo. Clavaron una cruz y lo llevaron, arqueándose de la risa.

—Aquí está *Chucho El Roto* —con señales, le explicaron.

Y *El Filarmónico* cortó unas charamascas y se las puso a la cruz. Y la acarició mucho. Y corría golpeándose las piernas para imitar el sonido de un caballo, como lo hacían sus amigos, alrededor de ese pedazo de tierra.

Ahora recordaba todo eso, encadenado como estaba a un tronco podrido, agujereado por los abejorros. No hacía ruido.

Se echó como un perrito y entonces un llanto ácido, arenoso, comenzó a formar puntillitos en la tierra. No lloraba así, por cierto. No había llorado nunca. Chillaba y pataleaba cuando lo castigaban. O bien, cuando los guaches le gritaban:

—¡Ora, sordo! ¡Ora, sordo!

No chillaba por los gritos, era claro. Pero cuando veía las caras enrojecidas por la burla, graznaba, y con eso ya sabía que los gritos no eran juego. Que había algo perverso. Y se aventaba al suelo a revolcarse, a graznar, como un bebé de pecho, rascando la tierra con las manos, con las uñas, mordiéndose la boca. Y se quedaba ahí, como un muerto. Hasta que todos se iban y quedaba en silencio la calle. Un silencio que le divertía, que lo hacía ponerse serio. Él mismo, otro silencio. Un pequeño silencio en la inmensidad del silencio de todo el universo; el silencio total de todos los hombres y de todas las cosas. Su silencio. Y se reía por dentro. Le gustaba. Se estremecía, como sacudido por un temblor caliente, ruborizado por el éxtasis.

Pero esta vez el silencio se le cuajaba en lágrimas que le hacían punzar los oídos, insopportablemente silenciosas.

Una cosa le dolía, muy adentro: Filiberto Castro ya habría prendido el radio, y seguro que ya estaban ahí todos, alrededor, apeñuscados como avispas en los pretilés y hasta en el suelo. Calculaba el tiempo. Ya hasta habría acabado la novela, es decir, para él ese tiempo en que todos están sentados, con la cabeza baja, como en la iglesia, pensaba él. Siempre había alguien, Matilde, Filomena, Salustia, que se acomedían a explicarle. Pero no entendía. Sin embargo, existía para él *Chucho El Roto*. Sabía que era

un hombre enamorado. Sabía que todos estaban callados porque alguien, desde un lugar lejano, les contaba la historia. Porque la radio hablaba. Pero no entendía.

Ese día, él estuvo ahí, cuando el hijo mayor de don Filiberto trajo el radio. Era una cajita de madera, del tamaño de un ladrillo y forrada con piel, con una gran perilla en el frente y una larguísima antena. Lo trajo del Norte. Se había ido muy chamaco y había estado allá por años. Lo recordaba. Era un hombre que sabía hablar delante de la gente. No resultaba muy claro para él, que se comunicaba con berridos y ademanes, pero algo se le pasmaba por dentro cuando veía al hijo de don *File* pararse delante de la gente y hacía, como por arte de magia, que todos cerraran la boca. Movía los brazos lentamente. Y luego le aplaudían. Él mismo le aplaudía. Cómo no, si de veras que hablaba bonito. De veras que le provocaba mucho gusto asistir a sus discursos. Así, en las pedidderas, por ejemplo. Él iba, acompañado del cura, del comisario, y hablaba con los padres de la novia, les pedía su mano, y ponía en claro lo decente, lo trabajador, lo buen hijo que era el novio. Y los padres accedían. Y cuál más lo quería para pedir a la novia. *El Filarmónico*, por eso, le tomaba aprecio a este hijo de don *File*. También hacía lo mismo en la escuela. Los niños y los jóvenes se sentaban en las bancas. Unas bancas duras, pintarrajeadas, y lo escuchaban. A él le enseñó a escribir su nombre: “Salomón”.

Lo anotaba en el pizarrón y le indicaba que eso que estaba escrito era él mismo, *El Filarmónico*, con sus berridos y sus babas, todavía niño. Escribía y luego lo señalaba. Y le ofrecía el gis para que repitiera las mismas letras. Había tenido tanto gusto de saber que él también podía ser un grupo de letras, y que podía escribirlo en cualquier parte. Que él también, Salomón, *Salo El Sordo*, *El Filarmónico*, era alguien, que era gente, pues su nombre podía escribirse. Muy feliz. Tanto, que su madre, *Nacha Mugres*, tuvo que amarrarlo de la troje para que dejara de pintar esas letras con tizne de las ollas en las paredes, en los catres.

Seguramente que ya habría terminado la novela. Y ya estarían todos buscando una canción para bailar. Y él no estaba ahí. Era todo lo que sabía. Todo lo que necesitaba saber para comprender que estaba dado a la chingada. Podría, incluso escucharlos.

Ahí andaría ella. La reconocía de lejos, aun de espaldas, en los bailes; o en cuclillas, cuando juntaba la masa del molino, allá en casa de tía Toni; vestida de pastora en las danzas de diciembre; pero sobre todo, en el arroyo, desnuda, mojada; la cara redonda, la boca tremendamente roja, como si estuviera a punto de brotarle sangre; aventando el agua, azotando la ropa sobre las piedras. Al *Filarmónico* se le antojaba que Filomena tenía sonido propio. En el arroyo, mientras lavaba, debería estar sonando, oyéndose a algo. Maldición de

no escucharla. Era seguro que sonaba, que se oía, que podía uno saber cuando va caminando por la calle, una música, una tonada, como un viento fresco al acabar la escarda. Si hasta le decían *La Pajarita*. Eso sí lo sabía muy bien. Porque cuando atrapaban una cungucha, una chuparrosa, le decían que era ella; la señalaban y luego le señalaban la chuparrosa. Entonces sí que tenía su propio zumbido, su fragor; era Filomena una alharaca suave, lejana, como deberían oírse las estrellitas. ¿O éstas serían también tan mudas como él? Pero no podría oírla nunca. Sólo ahora, tumbado sobre su charco de lágrimas. A ella y a todos, alrededor del radio. Aquí escucharlos a todos. Ahora hallaban algo en la radio, pues habían dejado de mover la antena larga y de jugar las perillas que sobresalían por enfrente. Y en el patio, ya barrido y regado, se pusieron a bailar, tal como en el baile. Tocar el suelo con un pie dos veces, y luego dos veces con el otro, y así hasta el final, hasta que, a un tiempo, todos se retiraban del centro y volvían a sentarse en el pretil. Y otra vez, este hijo de don File volvía a moverle algo al radio. La antena. Todo. Hasta que otra vez hallaba algo. Y *El Filarmónico* entonces, se ponía en el centro, junto a Chico Simón, y movía los brazos tocando un invisible violín, y todos le siguen con las palmas. Éste era el chiste del radio. Bailar sin ir al baile. Todos juntos. Niños y adultos. Mudos y sordos, ciegos y enfermos. ¡Y qué tenía de

malo venir aquí a bailar, a tocar? Nada. Nada de malo. Lo malo eran los ataques. Pues ya había pasado que le agarrara su mal en pleno patio y se echaba boqueando, soltando espumarajos. A veces, con la mala fortuna de arrojar pedradas contra quien fuera. Golpeó a Chico Simón, a la mismísima Filomena, quien le dejó de hablar por mucho tiempo. Y entonces, sobre todo cuando lo amarraban aquí, en este poste de la troje, se enroscaba como un insecto chamuscado entre las brasas, sin soltar sonido alguno, la cabeza entre las piernas. Hasta que él la sacó a bailar en un baile y ella accedió y entonces él se dio cuenta que aquello de la pedrada ya lo había olvidado. Por eso *Nacha Mugres* lo amarraba aquí, para que no fuera a hacer perjuicios a otro lado, pues no lo podía mantener encerrado, en casa. Se le perdía a veces por semanas enteras.

Y sin embargo, seguía llorando, aunque el ruido estuviera aquí, dentro de él, con sus muchachos bailando y dando palmadas. Aunque estuviera oyendo todo.

Tal vez porque sólo hasta ahora tomaba conciencia de que estaba sordo y la conciencia de su sordera era un abismo borrasco, un inmenso río desbordado que lo arrastraba hacia una muerte estrepitosa, hacia un infierno de detonaciones, de estruendos y estallidos desbocados, insufríbles. Un infierno ensordecedor.

\*\*\*

Se esperó hasta la noche. Tumbó el tronco a patadas. No pudo quitarse la cadena del pie, pero se la amarró a la cintura, como un ombligo muy pesado. Salió por arriba de las tablas que formaban la troje y se echó a la calle a caminar. A correr.

Dicen que primero fue a la casa de Filomena.

Quería saber, convencerse de que realmente era lo más hermoso que había escuchado y que no escucharía ya nunca más. Le estuvo viendo el pecho, pues dormía completamente desnuda sobre su catre, a medio patio, ella solita; su madre, ya vieja, dormía en el único cuarto de la casa. La estuvo viendo un rato, mientras se le secaba el sudor, la sangre. Mientras escuchaba, ahora sí de cerca, ese arrullo tierno, en el fondo, sin dejar de verla. Y que ella no despertó. No oyó nada. No sintió. Si hasta se sentó *El Filarmónico* un rato al lado del catre. Bebiéndose hasta el final esta música, la incommensurable felicidad de saberse vivo. Pero, ¿qué, nadie podía oír eso? No, seguramente. Por eso podían dormir bien, en sus catres, en sus hamacas. Él ya no podría nunca más. Bendita, maldita la hora en que se dio cuenta de que las cosas suenan, de que las cosas son sonido. De que las mujeres son la música misma. Pero ¿cómo explicarlo? Con las manos, imposible.

Levantó el brazo izquierdo como si levantara su violín invisible, milagroso, y comenzó a rozar el aire con la mano derecha. Ahí, al pie del catre de Filomena. ¿Lo escucharía? ¿Podía la gente escuchar las cosas mientras duermen? Él no dejaría de escuchar a Filomena ni aunque ella muriera; ni aunque él mismo estuviera metido en su cajón de muerto. Aún ahí la seguiría escuchando, muriéndose de gusto por escucharla. Subiendo y bajando su brazo. Como velándola. Los ojos muy abiertos, pendientes de su respiración; moviendo el brazo al ritmo de la respiración de ella.

Un garrotazo le cayó por la espalda. Berreando, echó a correr como un loco, como un toro desangrado. Y ya nada lo detuvo. Algunos lo vieron corriendo de esquina a esquina, salvando las trancas, las compuertas de las casas, pues como a veces ya no hallaba para dónde salir, se iba contra las cercas; atravesando el pueblo como un ventarrón.

Don Filiberto Castro lo vio cuando iba saltando el alambre de púas de su casa.

Se le acercó despacio. Pues no se le olvidaba que era luna llena y que *El Filarmónico* podría agarrarlo a pedradas.

Lo tomó del brazo.

—Bah, ¿tú eres, *Filarmónico*, hijo?

El sordo miró a don Filiberto y lo saludó: un cruce de brazos y un berrido. Le sonrió.

—Bah, ¡a dónde vas? —mientras con los brazos trataba de explicarse.

*El Filarmónico* apuntó un rumbo vago. Lejano. Se le veía, se le escuchaba la prisa por llegar. Por ya no estar aquí.

—Mira hijo, no está bien que te vayas. Arriéndate y dile a tu madre que venga a hablar conmigo.

La madre. ¡Es que don *File* aún pensaba que a la madre le importaba la suerte del *Filarmónico*? Claro que no entendió las palabras de don *File* pero por un instante sintió la presencia de su madre, con la cadena caliente, con la vara de cascavite.

Dicen que no más un empujón le dio a don *File* y corrió hacia el catre. Ahí estaba el aparato, la lámpara de petróleo, pues a esa hora don *File* acostumbraba quedarse cosiendo sus sombreros; desde lejos podía verse la lucecita. *El Filarmónico* tomó el aparato y lo arrojó al suelo, a la tierra, por donde se derramó el petróleo y se prendió al instante. La pequeña e instantánea llamarada proyectó sobre la pared blanca la más terrible y bestial lucha que libró nunca *El Filarmónico* contra todas las cosas, sorrajándolas, quebrándolas, como un remolino humano, loco; hizo volar los trastes de la cena, el pan, los guajes, las tortillas, hasta que por fin encontró el radio.

Entre gritos de júbilo, *El Filarmónico* iba huyendo, con el radio entre las manos, en el pecho. El hijo de

don *File* anduvo preguntando si no oyeron su radio, la música, si no sabían algo. Nadie escuchó nada.

Al otro día *Nacha Mugres* se echó al camino a buscarlo.

—Qué, ¿por aquí no pasó *El Filarmónico, papa File*?

—Sí, bah, iba corriendo. Me tumbó el hijo de la chingada, con perdón tuyos, y no más porque no encontré con qué, porque si no, lo hubiera leñado, al talísimo. Bah, se llevó el radio.

—*Papa File*, y ¿qué no se fijó si llevaba una cadena?

—¿Una cadena? No, no traiba nada. Pero, *Nachita*, hija, ¡cómo le vas dando una cadena a ese guache! Bah, ya saben, pues, que ése no está bien! Como 'ora, esa cadena la trajeras tú. Tú sabes cuidar las cosas. ¿Pero él? De seguro la perdió o se la quitaron. ¿Y de cuántos quilates era la cadena?

—No, *papa File*, una cadena no de éas de oro. La cadena con que lo amarro. Ayer lo encadené porque ya agarró la maña de que se viene a oír el radio merito cuando le va a pegar su mal y ahora sí, ahí estoy, no más esperando a ver quién me va a reclamar de que ya le dio un peñazo.

—Ah, que la jodida, pues sepa Dios, entonces.

*Nacha Mugres* fue a hacer la consulta con *má Nico*:

—Yo veo, hija, que tu hijo, *Saló*, vive. Pero ya no está bien.

Efectivamente, no lo estaba. Y ciertamente no estaba en ningún lado, pues no llegaba apenas a una ranchería cuando ya se había ido a otra, temeroso de que alguien pudiera quitarle su artefacto, pues todos se maravillaban de que hablara, que cantara.

Una persona enteramente desconocida fue a entregarle el radio a don *File*.

—Bah, estaba por allá, por la huerta de El Cantón.

El radio ya no encendía. Estaba muerto. El hijo de don *File* lo sopesó, se lo acercó al oído, muy cerca, hasta aplastarse la oreja. Entonces gritó:

—¡Está bien bueno!

Le sacó las pilas, se las enseñó a todos.

—Se le acabaron las pilas. Y éste pensó que ya no servía.

—Loco. ¿Para qué quería el radio si está sordo como la chingada?

Lo único malo era que ni siquiera en Pungarabato había pilas. Sólo en México. Y eso, quién sabe.

Antes de que el hijo de don *File* se regresara al Norte; antes de que *Nachita Mugres* pudiera encontrar un brujo bueno, que le atinara dónde andaba su hijo; antes de que Filomena se casara, *El Filarmónico* volvió. Lo trajo el nieto de don *Mele*. Ése que acababa de llegar del Norte. No más por echarle tierra a don *File*, no sólo trajo otro radio, sino que también trajo un tocadiscos, con el que hacía bailes. Quién sabe a dónde

fue a tocar que, de repente, reconoció al *Filarmónico*, rodado a un lado del camino.

*Nacha Mugres*, que tanto le había llorado, lo recibió a garrotazos. Volvió a amarrarlo de la troje y le arrojaba cubetazos de agua cuando se ponía a berrear.

Hecho rosca sobre la tierra suelta, *El Filarmónico* recordaba todavía cómo se movía *La Pajarita* cuando le avisaban que había una canción en el radio. Y no entendía por qué llamaba la atención del pueblo el chacape que había traído el nieto de don *Mele*. Para él no significaba nada.

Cuando se escapaba, no iba al baile, donde nada oía, nada, todos hablando a gritos, haciéndose señas. Se echaba a correr por las calles, sintiendo el aire fresco en la cara, intentando oír de nuevo ese fragor, esa agua de mujer desnuda. Pero ya no pudo.

No eran ya berridos ni gritos de garganta rota, sino verdaderos alaridos. Aullidos que no por conocidos dejaban de estremecernos; pero no intentaba con ellos comunicarse jamás con nadie, ni saber cuál era el mundo, sino que parecía, al proferirlos, recordar y recordarnos a todos los que lo oíamos, un algo de diabólico que existía no sólo en su origen sino en el de todos, y nos quedábamos callados, esperando que se alejara, que fuera desapareciendo, que se apagara su aullido allá por el arroyo, que se lo llevara el arroyo; dejar de pensar en ese maldito origen, el de su madre,

y de su abuela, y de la abuela de su abuela, hasta llegar a las mujeres peludas del principio. Un monstruoso bebé gigante tropezando, gateando, saltando por las anchísimas calles sin encontrar jamás un oído que quisiera escucharlo, un seno maternal donde sentirse protegido.

Tampoco encontró nunca ya nada más que lo hiciera concebir el mundo no sólo con recuerdos, con imágenes difusas, rotas, incompletas, como círculos y luces intermitentes, sino de otra manera, con el cuerpo todo, con la existencia toda, como deberían concebir los demás el amor y la vida. Filomena ya no estaba, se había huído con *El Chagala*, y cuando penetraba al corredor de ella, salía en zumba, correteando por los perros, y aullaba y aullaba, y se asustaban los perros y se ponían a aullar junto a él, todos, echados, sentados, desmoronados a la mitad de la calle.

Por más que tratábamos de comunicarnos con él cuando, en la troje, lograba atarlo la madre por unos cuantos días; por más que escribían su nombre en la tierra para que se sintiera vivo, por más, sus recuerdos no volvieron a sonar jamás dentro de él, ni como amor ni como cólera ni como nada. Muertos. Ni recordar ni percibir ni revivir. Muertos.

*El Filarmónico* se había quedado definitivamente sordo.

# Un hueco en el crepúsculo



**A**L DÍA SIGUIENTE, cuando lo vimos muerto a la orilla de la calzada, como un terrible animal desconocido, nadie se atrevió a verlo de cerca por el asco a su pestilencia todavía viva, y el horror a la sangre que se le había encharcado, ennegrecida, bajo la cabeza, como una aureola oscura y maloliente.

La muerte le había dado una nueva dimensión a su presencia, que se volvió innegable, por más que lo veíamos desde lejos, como ignorándolo, y seguíamos nuestro camino esquivándolo con la mirada, como si realmente él buscara la nuestra para llamarnos, por más que creyéramos incluso que no lo habíamos visto, pero sabiendo que estaba ahí, presente como nunca.

Era necesario incluso desviar el camino, dar vuelta, rondar una, dos cuadras, para pasar frente a él y cumplir con el rito de no verlo, para demostrar que verdaderamente lo habíamos no visto.

Pocos repararon en su talega de trapo que apenas un día antes, de calle en calle, iba llenando y vaciando de naranjas podridas, panes duros y desperdicios; de las tortas que Paulina le dejaba en las bancas del zócalo, y de otras cosas, piedrecillas de río o dinero que los niños le robaban.

Estuvo tendido hasta la tarde, sin que nadie le espantara siquiera las moscas que se le apañuscaban en la boca entreabierta.

Sólo algunos, de vez en cuando, hacían huir a los perros para que no se lo fueran a tragar, pero no hacía falta; los perros, lo único que hacían era husmearlo y luego, todos cola y ojos, se acomodaban por ahí para mirar y mirar.

El sol y el tiempo lo habían ya endurecido. Un monumento real, hecho de carne y hueso, duro, móvil, verdadero.

Su cara, sin embargo, no parecía más serena que de costumbre. Tenía la misma expresión de cuando dormía, entre los puestos de la plaza, que a esa hora, en la noche, parecían enormes cadáveres envueltos con jirones de hule en espera de la resurrección; y él, otro puesto paupérrimo, escondido entre los huacales vacíos, los bultos negros, los costales llenos de las cosas más viejas del mundo.

Apenas de madrugada, se abría paso entre los perros y se iba, digno como un obispo, a catequizar a las cocinas y a las cantinas, de donde era siempre echado a escobazos.

Nadie lo conocía a ciencia cierta, si no fuera por su apariencia. Voz, mirada, piel, eran algo completamente ajeno a nosotros. Como los santos que conocemos sólo desde abajo de los nichos. Pero nosotros tampoco

éramos parte de su mundo. Muy pocas veces era visto de día, compartiendo con los perros algunas basuras. Bajaba al río a beber agua todas las tardes, entre los burros y los becerros, y no regresaba sino hasta la noche con el mismo silencio de ahora, como si hubiera estado siempre muerto y apenas ahora lo notáramos.

Le gustaba ver de cerca a Paulina y oírla hablar.

Le guardaba regalos en su bultito, luciérnagas y flores, que no le entregaba y que finalmente enterraba en la arena del río como tesoros que se convierten en ceniza al pasar el encanto, sin que ella lo sospechara.

Hasta que le ofreció una ilama madura, tierna y olorosa, la pulpa sonrosada desbordándose en las grietas, precisamente cuando ella salía del rosario de la Legión de María, la mano extendida, la muda invitación con la cabeza, el olor picante a animal agitado, verraco; la mano, de trémula, a determinante. Y ella recibió la ofrenda. Luego, como una broma inocente, le devolvió el fruto de Dios ya bendecido, mordido y un tanto humedecido de saliva, manchado de bilé; y finalmente, la risa, la provocación, la carcajada.

Yo también sentí ese sabor cuando, con la risa aún viva, me besó casi con morbo, empujándose a mis muslos, encajándose en mi cuerpo, con su carne y su olor a pan recién horneado, la pulpa de su lengua, la fruta, la sangre de su cuerpo.

—Llévame al río...

No en la cintura sino en la cadera, en el nacimiento de la cadera puse la mano cuando nos encaminamos calle abajo. Exactamente, era la hora bermeja, y parecíamos sonrosados todo el tiempo. Todas las cosas estaban ruborizadas ante la tarde que se desnudaba completamente. Nos metimos en la corriente con todo y ropa, besándonos; llenándonos de arena, frotándonos.

Él nos siguió hasta la orilla, a distancia, la llama hecha una pasta viscosa en la mano. Se quedó sentado entre las piedras, lejano, ajeno.

—Si me alcanzas, te dejo que me quites la ropa —me dijo ella.

Era correr y caer y levantarse en la arena; perseguirla y derribarla, azotarla contra el agua, torturarla bajo el agua, cansar sus piernas incansables y sus pies, por entre las piedras de la orilla, azotarla con su propio pelo y gritar luego su nombre con todas las fuerzas hacia el crepúsculo para finalmente romperle el vestido de un tirón y tenerla así, junto, abrazada, pegada, derrotada.

—Desnúdate —me dijo con la voz hecha un hilito de agua enrojecida, agua dulce, agua caliente, mientras comenzaba su mano, arrastrando mi mano, sin sonreír ya, sino con los ojos cerrados casi, casi muertos, invisibles.

Así estuvimos en la arena. En el agua. En su agua y en su arena y su bermellón crepúsculo y sus orillas y sus piedras y sus algas... Mientras él, llamado por na-

die, nos vigilaba desde su sitio, como una piedra viejísima que ya no es posible mover ni modificar.

—Soy virgen —me dijo ella. Y por su voz se filtró un aire ruidoso que me pegó en la cara.

Pero entonces el fracaso. La caída de los colores desde su púrpura hasta el gris tenebroso; la caída de los pájaros sobre las ramas como pedazos de cadáveres podridos. La muerte del sol y de todas las cosas. Y después la broma. De nuevo la sonrisa insolente, la diabólica malicia:

—¡Pobrecito... pobrecito!

Y otra vez la carcajada.

Nos fuimos de ahí casi de noche, sintiendo la frialdad de la virginidad, de tanta flacidez y tanta carne como fofa. Él se quedó ahí, silencioso, con su llama sanguinolenta, escondido como un garrobo entre las piedras. Pasamos junto a él sin sentir su respiración, pero sí la zozobra de que nos habría de seguir ya para siempre, como una verruga que nace y nace cuantas veces se corte; como una joroba; metido entre nosotros aún después de muerto y de enterrado.

Fue hasta el otro día, por más que no hubo lágrimas ni rezos, cuando tuvo un único ramo de flores de Paulina y un cajón de tabla tierna. Y una cruz que nadie le plantó y que quedó abrazada a la tumba como otro muerto desnudo. Tal vez la había abandonado, tan triste como trataba ella de abrazarlo.

Nos dignamos a cavar la fosa sólo por prevenir el incidente de que los perros pudieran encontrarlo y anduvieran trayendo sus huesos pestilentes por todas partes y tuviéramos que mirarlo y barrerlo y echarlo a la basura y volver a olerlo otra vez y pelear con él toda la vida, a recordarlo, como a ella, como a los muslos de ella, a los que yo no volvería a quitarles la arena con la lengua; o su voz, el vientecito ruidoso de su voz cuando me dijo que era virgen, abrazándome, tratando de quitarme la ropa, de acomodarme en el hueco que habíamos formado ya en la arena; toda ella un hueco. Toda ella. Ese hueco que él volvía a construir y a darle el nivel de agua perfecto para nadar en él, como si nadara en ella, dentro de ella, en el último fondo púrpura de ella. Como en su propia tumba. Y mi cuerpo fofo... En ese mismo hoyo se acostaba él hasta la noche. Lo sorprendía a veces, cuando yo pensaba hallarla a ella para cansarla y lamerla y contentarla. Yo sé que él buscaba las huellas de sus pies para probar la arena y saborearla y echarla a su talego para enterrarla después, con los insectos y las flores que nunca le regaló. Nos espiaba y merodeaba; y acechaba la casa de ella y estaba más cerca que yo de su risa, de sus pasos inolvidables.

Hubo un tiempo en que anduvo limpio y sin llagas. Las barbas, desenredadas y brillantes. Blanco, el enorme pie descalzo. Supimos que su piel era clara, que sus ojos negrísimos sabían acariciar, aunque fuera sólo

a los perros, y que sabía jugar y perder con los niños. Que reír, sabía.

Y que era hermoso.

Sólo supimos que era él porque seguía siendo silencioso y porque en el basurero le gustaba rodearse de los perros para comer y compartir con ellos las tortas que encontraba en las bancas del zócalo.

Pero cuando lo encontramos aquella mañana, a la orilla de la calle empedrada, estaba otra vez hediondo y cubierto de su cáscara grasienda.

\* \* \*

Desde que los vi revolcándose en la arena supe cómo tenían que terminar las cosas. Despertaba a media noche agujoneado por el recuerdo de sus cuerpos en la arena; bajo un montón de piedras y de cuchillos y vísceras hediondas que caían en mi vientre. Por fin, salí a rastrearlo a la plaza. Busqué por todos los rincones, los más sucios, los más escondidos entre los cadáveres zarrapastrosos de los puestos solos. Yo sabía que no estaba en el río.

Abandoné la plaza y caminé con un hombro pegado a las paredes, evadiendo la luz de los postes. El rojo decrépito, exánime. Esa luz que bien podría ser la misma que me dejó verlos, en la orilla del río.

“Es guapo”, me había dicho ella. “Es guapo, más que tú. Y se ve que es muy grande: más que tú”, con su mano hecha una medusa entre mis muslos. La carcajada.

Lo había llevado ella misma de la mano. Hasta el túmulo donde nos habíamos recostado. Ahí, lo había metido al agua, bajo esta misma luz...

Reconocí de pronto la barda de la casa de Paulina. Me acerqué a la puerta y sentí la pestilencia. Hecho rosca, él dormía a un lado de la puerta. Comencé a patearlo. Fueron muchas patadas, sin sonido. Cuando lo creí débil, lo levanté de las greñas y lo miré de frente. Sus cuencas. La lápida de su frente. Frente a frente. Era, efectivamente, más grande que yo. Sentí sus ojos bajar hasta los míos y su burla y su poder me hicieron cosquillas en la espalda. La carcajada, esta vez falsa, en el recuerdo.

Un puñetazo me sangró la boca.

Y mi puño no podía; en su cara no había sangre. Parecía libre de un rasguño cuando lo vi otra vez temblar junto a la mía. Era su cara, por segunda vez, lengüeteada por la escurridera espesa de sudor, la que ella había besado como me había besado a mí bajo el mismo crepúsculo, y que presentó limpia ante todos sin pensar en mí ya nunca más; su cara por tercera vez, por tantas veces.

Hasta que el ejército de perros que dormía junto a él reaccionó, ángeles sarnosos, huesudos, apenas dientes

rotos, apenas gruñidos como de ardillas; ancianos ángeles hambrientos, muertos de hambre, sin Dios, sin paraíso. Una jauría macilenta de colas puntiagudas, caídas. Arremetí contra ellos y entre tímidos lamentos huyeron, enroscados en sí mismos, saltando como si fueran entre charcos o entre agujeros. Miembros impotentes.

Él aprovechó para huir. Me quedé solo. Con mi sangre escurriendo por las boqueras, sin presa. Lo vi correr hacia la calle empedrada, la calle principal, manchando el aire. El frío me zarandeaba la quijada.

Quise creer que era suficiente. Aún podía quedarse cada quien en su sitio. Él en la arena con ella, durmiendo a su puerta; yo quemándome eternamente en todos los crepúsculos, rastreando sus olores para siempre.

Sentí la llaga exprimida, exorcizado el rencor. Me sentí limpio. Libre. Y eché a caminar.

Quizá ya no pensaba en ellos ni en mí, bañados de luz, la tarde última; ella, desnuda como una granada abierta en los brazos de él. Ella misma lo había lavado, con cuidado. Lo lavó de pies a cabeza, al tiempo que le iba quitando las tiras de ropa. Me senté en el lugar donde él se sentaba sin ser visto y los vi trenzar las piernas, retorcerse abrazados, alborotando la arena, lanzando sus gemidos que se apagaban con los quejidos del agua. Sus besos. Removiendo con los muslos las piedras, horadándome en secreto, penetrándome, y yo, anaranjado, lánguido, hasta hacerme invisible.

Éramos tres inmersos en un solo rito de dos filos que terminó con el cesar de morder senos y cuellos, con el dormir de cualquier movimiento, con la quietud de sus cuerpos al fin separados.

Se fue él primero. Pasó junto a mí sin oír mi respiración.

Paulina se quedó tirada, abierto el cuerpo al aire, a la luz moribunda, todavía jadeando. Se sacudió la arena, el musgo, las manchas de las piedras; se sacudió la tarde; y luego se recompuso toda, se recogió el cabello, que goteaba, que seguía estilando gotitas aún rojizas, y desandó el camino. Pasó cerca de mí sin mirarme, y no volví a mirarla hasta el día del sepelio de él.

Quizá entonces ya no pensaba en eso, tan metido en mí, tan gigantesco para mantenerlo encerrado sin que me invadiera, sin vomitarlo.

Quizá no pensaba en nada. Pero en una bocanada de aire nauseabundo, al encontrarlo otra vez, esperándome, desafiante, a media calle, supe que debíamos acabar, salirnos de las órbitas. Como saltan los ojos de las órbitas. Los ojos de los santos viejísimos rodando por el suelo, entre la cera reseca, entre los pies de los pastores tropélicos...

Otra vez los dos. Erectos, afilados. Golpear, golpear, golpear, desde arriba o desde abajo. Golpear. Lo derribé de nuevo. Pudo zafarse. Corrió enloquecido, como jugando, como si un lúbrico placer le produjera

risa, borbotones de risa, y como si el mismo despiadado placer le impidiera reírse, corriendo como un patu-leco, como entre charcos, para evitar resbalarse en las piedras lisas de la calzada, chapaleando las desnudas plantas sobre las lajas, gateando a veces. Volví a alcanzarlo. Volví a derribarlo, hasta que al fin quedó postrado, vencido sobre las lajas, sobre la lápida. Yo encima de él, a horcajadas sobre su cuerpo, estrellando mis puños contra su cara, sin hacerlo sangrar. Sólo unos hilillos espesos salían de la nariz afilada y desaparecían en la boca. Y él, encajándose las rodillas en el estómago para quitarme de encima, sin conseguirlo. Busqué sus orejas y lo vi otra vez, cara a cara, sin quejarse.

Entonces estrellé su cabeza contra el pavimento. Una vez y otra vez. Sin ritmo, sin prisa. Incluso sin rabia. Una vez más, y otra y otra. Y seguí estrellándola aún después de que vi el caudal, a chorrillos, espasmódico, que corrió empapando los mechones, coagulándose al momento, encharcándose bajo su cabeza. Ungiéndola. La corona de espinas.

Lo sentí enfriarse poco a poco. Cerró los ojos y me dejó conocer, sólo a mí, su voz, como sólo él conoció las contracciones frenéticas, insondables de ella, bajo las últimas luces de la tarde que nos hirvió en el alma para siempre como un muerto frenético, resucitado dentro de la cripta; su voz, que no dejó que nadie escuchara durante todos sus años de mendigo;

su voz fugaz que aún me retumba, herencia maldita, mutismo y sordera y ceguera, fragor más árido que el de su tarde cegadora. Dijo:

—Paulina...

Y luego se apagó.

Todavía me rasparon sus manos cuando resbalaron, flácidas, por mi garganta, para golpear el empedrado, como el cadáver de un pájaro.

Me levanté. Sereno. Por siempre jamás, firme. Sólido, rígido. Me fui a la llave pública a lavarme las manchas de su mugre en la camisa. El chorro limpiándome el pelo y la cara y la garganta pastosa, como recién vomitada. Vacía de humores.

Él se quedó tirado, en su aureola de sangre. Con su muerte espesa y su talego, a orilla de la calzada, como lo encontramos al amanecer, al día siguiente.

# El Gran Candelario

## *El Grande*



**T**ODAS LAS MUJERES MURIERON DE AMOR por Candelario *El Grande.*

Entonces aún había gente en Las Fraguas. Había niños y ancianos. Había casas y animales domésticos. Había mucha luz en las noches alumbrando los gritos y las risas.

No se murieron ellas de una por una, con paciencia, como debe ser, sino todas de un solo tirón, como si tuvieran prisa por morirse.

Ponciano estaba siempre con la bocina anunciando “bueno bueno, ahora les comunicamos que se ha muerto fulana o perengana de tal, que dice su esposo, don zutano, que a ver quién se da un tiempito de irle a ayudar con los menesteres, porque dice que ya no sabe qué hacer con tanta visita, que por favor no lo abandonen, que él se acordará de ustedes cuando les llegue la hora”.

En pocos días ya no quedaba mujer sobre la faz de la Tierra.

Mientras vivía el Gran Candelario todo iba bien. Al menos no había que rajarse el lomo abriendo cepas para sepa Dios qué mujer infiel. Pero después de que lo mataron, todo el mundo quedó incompleto y todo era un eterno peregrinar hacia el camposanto de día y de noche.

Empezaron las más viejas. Las casi ancianas. Morían en sus catres regurgitando el nombre del Gran Candelario. Así, todas. Hasta las que habían sido puestas como ejemplo de la esposa digna, honesta y abnegada.

Los primeros viudos, frente a los hondos sepulcros, acosados por el pésame de los acompañantes irónicos y murmurantes, se callaban la deshonra y hablaban de la faja de la reina o de los malditos chanes que nunca están en paz.

Pero cuando el camposanto ya no era suficiente para albergar a tanta adultera, cuando hasta los niños sabían de qué estaban muriendo sus queridas mamacitas, el nuevo solitario sólo murmuraba, entre sus compañeros de dolor: “¿ya ven cómo somos de rependejos? Somos tan pendejos que no sabemos lo pendejos que somos”.

Era cosa de ver cómo corría la gente por las calles cuando Ponciano anunciaba bueno bueno, ahora les comunicamos que se está muriendo fulanita, que también le dio con el tal Candelario.

Salían de sus casas comiendo el último taco con sal, con el sombrero a medio terminar en la mano; los niños, con las resorteras en el pescuezo. Irrumpían todos en la casa de la moribunda para comprobar, con sus propios ojos y oídos, que también moría de amor por el Gran Candelario.

Escuchaban cómo encomendaban su alma a él y se acababan sin decir nada más que Candelario...

Candelario... Candelario... Como cuando él las poseía y en el momento supremo les preguntaba sonriendo, sudando, cómo me llamo, y ellas le contestaban, apenas con las suficientes fuerzas, queriendo no dejar de sentir la agonía ilícita, magnífica, que Candelario... Candelario... Candelario..., en el tono de falsete de los cánticos a los muertos en los velorios, con la congoja de que se les acabara el aire, Candelario... Candelario... Candelario...

Después de las cuarentonas empezaron a agonizar las recién casadas, y luego las muchachitas que apenas comenzaban a nacer a la vida del pecado.

Sólo se salvaron las muy ancianas, las que ya no tuvieron la oportunidad de recibir, en cualquier noche, la travesura ardiente de Candelario *El Grande*; de escuchar sus discursos sobre el amor libre y soberano que no promete ni compromete para convencerse de que no se necesitan trámites ni alborotos públicos para gozar del amor y retroamarse, porque entonces ya todo el pueblo sabe lo que está uno haciendo y quedamos ayunos de intimidad y privacidad y libertad, ya para qué te confiesas, mírala, ahí va, la nueva desvelada, la nueva no virgen, y que es mejor y más fácil así, sin que nadie nos moleste, sin que nadie tenga que preguntarte cómo fue tu primera noche, ni qué cosas dijiste entonces, ni qué sentiste, ni cómo te sientes ahora... Su voz. Todo el tiempo de su voz. Pero, sobre todo, sus manos ineludibles,

que conocían el instante y el lugar precisos, sus caricias improvisadas, su nariz aguileña, su cuerpo ni diminuto ni gigante. Y luego, al otro día, qué risas, como una campanita, qué argüende el de los chivos y gallinas, ayer encalabernaban y hoy casi que son música, todos los animales, los burros, las marranas, las coquenas, los pañales de avispas, hasta los más tristes tiliches cantando, las tinajas, los zacuales, los avíos, las cucharas, la canasta colgada del morillo.

Y Ponciano, toda la mañana, bueno, bueno, ahora le vamos a dedicar esta bonita melodía a doña *Uba*, a doña *Salta*, a doña Juana *La Chingona*, que es su gusto, que nos escucha allá, en su dichosa, que amaneció contenta.

Se fueron silenciando. Así, todas. Las negras, las trenzudas, las pelonas, las guacas, también las vozarrudas, las gritonas, las atipladitas, las calladas, y con ellas se iba silenciando todo el mundo, ni quién quisiera hablar, ni quién interrumpiera los velorios con sus tiquis ti tiquis, con sus gritos, con una carcajada.

También sobrevivieron las niñas muy menores, que todavía andaban en puro calzón, con la barriga chorreada y las greñas revueltas. Sus padres las enviaron inmediatamente a los pueblos más lejanos con el terror de que aun el espíritu errante del Gran Candelario pudiera mancharles su inocencia salvada.

Fue después de la conmoción, después de haber acabado con todo tipo de ganado y de aves comestibles,

después de verse perdidos entre los avíos desiertos, en las trojes vacías, cuando los hombres se dieron cuenta de que tampoco ellos tenían salvación.

Comprendieron en silencio, sentados en las puertas de sus casas, sobre sus sillas de mecate, comiendo los últimos panes duros remojados en agua, la fiebre y el dolor que hacía a sus esposas revolcarse agonizantes en la cama tras la muerte del Gran Candelario.

Sufrieron en carne propia la comezón que causa la soledad de no tener con quién pasar la noche, y todavía más, de no tener alguien que ande haciendo ruido por la casa, dándoles de comer a las gallinas que nunca se callan, prendiendo y apagando el radio porque esta chingada canción no me gusta, diciéndonos que ustedes no nos tienen consideración y nos tratan como si fuéramos trastes viejos que se agarran con asco, a poco creen que no nos damos cuenta de que se avergüenzan de nosotras ante los demás porque quisieran que estuviéramos bellas y frondosas como cuando antes, pero eso sí, cuando llegan que ya no se aguantan las ganas porque de todas maneras no tienen más a dónde ir a meterse y tienen que venir a dar con sus mismas viejitas lindas, pidiéndonos que les perdonemos todo, entonces sí, verdad, cabrones; pero habrá un día, ya verán, hijos de nadie, vendrá el día...

Y entonces los recuerdos se detenían. Y caían en la cuenta de que, efectivamente, el día había llegado.

Y entonces sí gritaban con fuerza, claro que llegaría, y aventaban el pan para pulverizarlo en el polvo. Y ellas lo sabían, puta madre...

Uno por uno, comenzaron a desfilar hacia la salida del pueblo sin siquiera volverse a mirar hacia atrás, montados en sus burros tristes, sin llevar otro rumbo que la voluntad del pobre animal, y acababan por perderse en la inmensidad del cielo azul inclemente.

Otros se iban por la orilla del río, siguiendo la corriente, con los huaraches en la mano, con el aguate del recuerdo ineludible del cesáreo rostro de Candelario *El Grande*.

El último partió sin camisa y sin sombrero, con un enorme baúl en la espalda. Tomó el camino del camposanto. Se fue acercando a la línea en que el cielo se besa apenas con la tierra polvorienta y candente, y luego desapareció.

Pero aún más allá llevaba, como todos, la imagen del Gran Candelario, de su serenidad al morirse, de sus ojos cerrándose sin prisa, todavía recitando suavemente las leyendas del desconocido Argote, que trajo al mundo el ultramundano arte de la poesía, que hace enamorarse a las mismas piedras.

Y en secreto, en el centro del diminuto corazón del último viajero, nació el perdón para todas las esposas. Porque es de humanos errar y porque, total, son placeres que merecen a cambio de soportarnos a nosotros y a los hijos. Y se lamentó en el fondo por la

muerte del hombre que las mantenía vivas a ellas y de paso también a nosotros, qué chingaos. Y se convenció de que resulta fácil aguantarse una traición en comparación con llevar una vida de perro sin que nadie nos cobije, que nos diga que nos quiere, aunque sepamos que se lo dice a otro, al Gran Candelario.

A Candelario *El Grande*, efectivamente, lo mataron mientras hablaba en la plaza, en medio del tumulto.

Se plantaba en cualquier lugar hablando de las brujerías del olvidado padrinito mío, el violinista Isaías Salmerón, al que le regalaron un pañuelo que en un baile me lo han quitado, el novio que tú tuviste, bien de mi vida, antepasado.

Lo mataron de una cuchillada.

Nunca nadie supo quién ni con qué magia se lo habrá arrojado por la espalda para atravesarle todo el cuerpo.

De repente, todo el mundo vio cómo le brotó del pecho la punta de un larguísimo puñal que brilló un segundo ante los ojos de todos, antes de que por ella chorreara un torrente de sangre que todos sintieron que les hacía falta y que a la vez les asfixiaba, y de derribar para siempre al único e incomparable, al insustituible Candelario *El Grande*.

Más de siete mujeres se desvanecieron al instante, ahí mismo, sin que volvieran a tener cura. Y en pocos días ya no quedaba mujer sobre la faz de la Tierra.



Ruega por nosotros,  
Virgen de las Grietas



**L**A PROFECÍA<sup>\*</sup> NOS ENTUMIÓ LA BOCA frente a los restos del último árbol de la isla. Vimos amanecer sin pensar algo que no desembocara en que mañana empezarán a entejar la gran casa. Será una faena que por más que prolonguemos poco nos ayudará a retrasar el día en que despertemos cruzados de brazos sin nada ya qué hacer.

Al bajar de los andamios, apenas commovidos por la sorpresiva culminación de algo que todos estábamos construyendo sin que nadie lo supiera a ciencia cierta, oímos a los albañiles repitiendo: mañana; sí, mañana; no, pasado, a más tardar; pensando con optimismo... Quien articuló primero el augurio lo dijo como no queriendo que lo escucharan, como si sólo hubiera querido recordar el sonido de su voz, pero los demás, cansados de silbar sin sentido tonadas que nunca disfrutamos en el mundo antiguo, lo escucharon y reconocieron la originalidad del presentimiento: "Pensando con optimismo..." También había dicho la palabra optimismo, que no quisimos repetir por parecernos una palabra podrida y llena de mosquitos, y luego tan

---

\*Este cuento obtuvo el Premio Cuca Massieu, organizado por el Instituto Guerrerense de la Cultura (IGC), en 1992.

rara que acordamos en silencio que él mismo la inventó de pura nostalgia por los históricos tiempos de aguas.

En medio de la algarabía, cuando ya no tenía sentido hablar porque no había más que decir sino que mañana empezarán a entesar la casa, y ya todos lo sabíamos y no necesitábamos que nos lo dijeran, y sin embargo seguíamos oyéndolo y diciéndolo sin detenernos a pensar que ya todos lo habían dicho y oído más de mil veces, papá advirtió que, para hacer la última ramada, de la que han de pender las hamacas de los solitarios y los columpios de los niños, sería necesario derribar el último árbol, y sólo entonces interrumpieron su parloteo cíclico para realizar una tala sin prisa ni apresuramiento y reducir el tronco del árbol tatuado de corazoncitos a un sostenedor para la tinaja gigantesca. Yo misma fui a buscar el hacha entre los escombreros que quedaron de la casa donde vivió mi abuelo, y al

regresar encontré a todos sentados en círculo, esperando el espectáculo de la tala definitiva. Estaban más serenos, pero a los primeros golpes se les revivió otra vez el pensamiento y recomenzaron a repetir la predicción y siguieron repitiéndola durante toda la noche.

No pensamos que los albañiles pronto olvidarán el nombre de su oficio porque la gran casa es y será su único trabajo y en adelante tendrán que ocuparse, como los otros hombres, de traer de las otras islas leña para el fuego, raíces para la comida

de cada día y las semillas que a su paso encuentren para tener qué cultivar en la isla de los jardines. No pensamos que tendríamos que hacer el amor a la luz del día y fuera de la casa porque de lo contrario podríamos pervertir a los niños, pues no faltaría algún pequeño que se quedara despierto a investigar por qué la noche se llena de ruidos si no hay árboles cerca, si el viento se desbarranca en los enormes abismos y no puede llegar hasta nosotros.

Yo no pensé que bajo ese último árbol estuvimos ella y yo muchos días antes de que empezaran los acontecimientos y las zozobras, ni tuve la lucidez de preguntarme por qué cuando todos se acercaron humildes, desconcertados, a consultarme con ansiedad el destino del árbol, les contesté con la simpleza imprescindible de que eso haría estorbo para todo, si cuando busqué en los desperdicios de mis recuerdos, en el desorden de las cartas que ella escribía a sus novios ideales encontré todavía y para siempre astillas que no se acabaron de podrir en mi carne, y se me enredó la respiración con el olvido de las canciones que cantábamos juntas pateando piedritas por los caminos.

Hasta el amanecer se miraron como pueden mirarse quienes han pasado incontables noches en vela, y en sus miradas leí la resolución de prescindir de la tristeza y no llorar más por nuestra desgracia, por la desgracia

de los demás, por nuestros muertos ni por los que faltan por morir en gracia de la única virgen que han palpado y visto hablar, complacida de su trabajo.

Desde la catástrofe he visto a las familias incompletas refugiándose del sol bajo los árboles que por milagro quedaron de pie, dejando ir la mirada hasta el fondo de las rajaduras, cayendo vencidos por el sueño, remojados por su propio sudor. Comían pinzanes o corongoros, una que otra vaina de mezquite. Los niños se apeñuscaban en los montones de escombros de casas que quedaron sobre tierra y buscaban alguna sombra rala de árbol para comer, infinitamente impasibles, su pedazo de adobe. Los más la pasamos mirando hacia el templo, que también había quedado de pie, pero separado por un vacío imposible de burlar; con las puertas cerradas, además, de nada servía su presencia desornamentada.

Y mientras, yo no sabía dónde poner mi desesperación de no encontrarla a ella, de haber extraviado en medio de los abismos su olor cítrico, su voz de mediodía, sus acertijos sobre lo que nos depara el pequeño futuro.

Antes del desastre, me pasaba los días con ella, saboreando la decepción del pueblo y de la gente, detrás del montón de piedras que trajeron para construir una escuela, debajo del cueramo más frondoso, y esperábamos que los niños se cansaran de jugar y se fueran

a sus casas para inventarnos pasados que nunca habíamos vivido, visto ni escuchado, en los que habitábamos pueblos donde todas las casas estaban a nuestra disposición durante las horas mágicas del crepúsculo, y dormíamos en un patio de arenas tan blancas como la misma harina para soñar las aventuras más excitantes, todas las que quisiéramos y hubiéramos querido soñar en todos los tiempos, y terminábamos siempre con el sueño que nunca hubiéramos soñado, en que nuestras manos realizaban la conquista más devastadora y sutil, que empezaba por el pelo y la piel que asomaba por entre la ropa y luego se iba haciendo más y más valiente para no concluir nunca por toda la extensión de nuestros cuerpos. Desde la primera vez que la cita desembocó, desenfrenada, bajo los vestidos, en medio de los crepúsculos inventados, discriminamos cuidadosamente la forma de vestirnos para estas entrevistas, porque habíamos sufrido inmensamente con la desesperación de desabotonar tantos botones y vencer tantas ligas, de nunca bajar el cierre del vestido lo suficiente para facilitar el cauce de la excitación, de detenernos, impías, en el broche del sostén tanto tiempo a pesar de buscar la posición más cómoda y de terminar dando la espalda para no perder más fuerza, y al terminar, habíamos tardado tanto en prepararnos para el regreso a la familia que, sin ponernos de acuerdo, regresamos al día siguiente con faldones amplios y blusas

holgadas de tela espesa para disimular la falta de sostén, y las dos con un insopportable desbordamiento de deseo y con un gran terror de que los niños se acercaran a platicar eternamente con nosotros y se llevaran en su cansancio nuestra necesidad de desnudez.

A medida que establecíamos técnicas y fórmulas para obtener el mayor placer posible durante el mayor tiempo, en la posición más cómoda, con los ejercicios menos agotadores, en vez de acostumbrarnos a la tardanza del final de los juegos, nos íbamos haciendo más y más impacientes, tanto, que muchas veces estuvimos a punto de ser descubiertas, y cualquiera que mirara cómo nos mirábamos hubiera adivinado la fiebre, a pesar de nuestra habilidad de hurgar bajo las ropas delante de los niños sin que se dieran cuenta, y de amarnos cuando los inocentes hubieran jurado que dormíamos, y de revolcarnos en medio de gritos indecentes mientras ellos se divertían con nuestras payasadas infantiles, de no haber llegado el inesperado día a partir del cual todos quedamos esperando la catástrofe que no sabíamos por dónde esperar ni cómo desesperarnos porque no llegaba.

Ese día los niños habían interrumpido de repente su timba incontenible y se amontonaron frente a la ventana de la sacristía donde no sabíamos qué los tenía azorados.

Nosotros interrumpimos también nuestra exploración y nos acercamos, tomadas de la mano. Pasamos

entre los niños y las señoras hasta pegar la nariz contra el cristal de la ventana; por una rendija que la cortina no alcanzaba a cubrir, se veían libreros pequeños, sillas oscuras, juguetes engrandecidos que se me ocurrieron antiguos y que acomodados en la iglesia durante los domingos de misa fingían contener geniecillos que serían capaces de robarse a nuestro cura si no lo aceptábamos en nuestros corazones con su bigotito gordo, su frente deslumbrante y su voz de moribundo; había retratos de ángeles y vírgenes, de Cristos guapos, sangrientos, cesáreos. Yo me quedé mirando el último Cristo porque de femenino se parecía a ella y parecía estar diciendo mil verdades a multitudes hambrientas, y yo gocé imaginándome que estaba entre el tumulto y era descubierta de pronto y llamada con el dedo para que todos mis pecados me quedaran perdonados, sin darme cuenta que ella estaba ensimismada en un reguero de sábanas y sotanas que había en el piso de ladrillos, en los zapatos enroscados del padre, unas botas de cuero que aún conservaban el pelo y un montón de ropa. Sentí el apretón de su mano en mi mano y, sin que supiéramos cómo, abrió ella la puerta con un gesto impasible, sin apuros, sin prisa, pero sin darnos tiempo tampoco de prepararnos para mirar frente a frente al cura, que estaba en la cama, abrazado férreamente a un hombre que parecía venir del otro lado del mundo de los vivos, y tan horrible

como el mismo demonio o como los animales que el demonio inventó. Los vimos cambiar de color y de forma. Eran fosforescentes y cambiantes, y teníamos que guiñar los ojos para distinguir sus figuras que se retorcían como las luces de las pesadillas reflejadas en aguas espesas y zumbantes; los vimos convertirse en titanes y en duendes frágiles; endurecerse como mármoles y aflojarse como si fueran de parafina; arremeterse entre sí y apaciguarse; estirarse y encoger; inflarse y disecarse y girar y sufrir y delirar y medio morir; los vimos concluir finalmente, porque antes que reaccionar ante los intrusos prefirieron concluir, y hasta que la cama cesó de rechinar y ellos oyeron nuestro silencio y nosotros el de ellos y volvieron a ser no más que dos hombres, un cura y un gigante cerrero, hasta entonces el extraño saltó del lecho y cogió sus pantalones y sus botas con los mismos movimientos frenéticos que lo habían hecho sudar, y de pronto lo vimos plantado frente a nosotros como si estuviera decidido a triturarnos con sus manos peludas o a aventarnos por el techo haciendo volar en pedazos las tejas ressecas y los otates podridos, y no nos dimos cuenta que le habíamos abierto camino y dejado la puerta libre para que saliera como si tal cosa hubiera pasado, y ya estábamos viéndolo caminar sin conciencia hacia un rumbo de donde nadie llega y hacia donde nadie va, mientras nuestro cura había desaparecido, como nos imaginábamos que desaparecería

cuando los ángeles vinieran a llevárselo. Salimos, entonces, uno por uno, agotados por el acontecimiento, y nadie más volvió a pisar los ladrillos desgastados del piso que construyeron los abuelos en los tiempos de los fantasmas, ni aun cuando, después de la catástrofe, alguien logró abrir las puertas del templo e hizo sonar las campanas que no volvieron a llamar a nadie.

Pero la mala señal no terminaba ahí. Lo supimos cuando volvimos a ver al cura, cada quien con su propia joroba de terror, colgado del badajo de la campana mayor, desnudo y con una cruz pintada en la espalda, cruz que llevaría cargando por los confines de la eternidad porque cuando los soldados vinieron a bajarlo para llevarlo a enterrar a su tierra natal, no se atrevieron a lavarla, temiendo que volviera a aparecer, y no tan sólo en la espalda del difunto, sino también en las suyas.

Como nadie sabía en qué carajos terminaría todo esto, corrió el rumor de que pronto llegaría el día en que todos amaneceríamos colgados. Pero nosotras nunca lo pensamos. Con la ausencia total de los niños, que desde entonces tenían prohibido salir a la calle para no toparse con otra señal que los pervirtiera, pudimos gozar nuestros encuentros desde el principio de las citas, y adquirimos, al contrario de los primeros días, la costumbre de ponernos todas las prendas posibles, las más ceñidas y difíciles de desprender para darnos todo el tiempo de desearnos, con el fin de

obtener la piel siempre como el máximo galardón que hubiera obtenido nadie, y mientras yo me metía en medias enormes que había robado de las cabeceras y les adaptaba un cordón a mis calzones y me calzaba zapatos de agujetas que anudaba en tan complicados enredos que a veces teníamos que romperlas con los dientes, y me decidí obsesivamente por los vestidos sin escote y de manga a medio brazo y llegué a soportar dos sostenes y dos corpiños aunque sudara a raudales, ella empezó a crear la imagen que todavía suele llegar a despertarme de mis siestas de mediodía: usaba un pantalón de mujer, el único que vi en todo el pueblo, pues ninguna mujer hasta entonces usaba pantalones sino en tiempos de aguas, y cuando lo hacían tomaban los de sus maridos o sus hermanos; un pantalón gris que se le ajustaba en las caderas y se le hacía holgado por todo el muslo para empezar a cerrarse otra vez en la pantorrilla y terminar en una medida que nunca me pareció amplia porque nunca logré introducir toda la mano, pero tampoco estrecha porque nunca resistí la tentación de intentarlo, y que parecía no haber sido nuevo nunca; usaba también una blusa blanca que tenía tantos botones que nunca supe cuántos eran en realidad; su ropa interior consistía en un sostén que ella había adaptado con el broche por el lado de los senos para que mis manos perdieran tiempo acariciándolos, pantaletas que le cubrían desde el ombligo hasta la

totalidad de las caderas, y si todo eso ya era suficiente para desesperarse, nunca prescindió aún de un pequeño pantaloncito que le cubría hasta la mitad del muslo, con bragueta de botones y que, según me dijo desde la primera vez que lo usó, le ceñía demasiado; en los pies llevaba unos zapatitos blancos que primero me parecieron propios de una enfermera y luego especiales de ella, de suela plana y agujetas; todo eso, sin contar cinturones, rebozos, sombreros con barbiquejos que nos apretaban la mandíbula, paliacates atados al cuello y cualquier gala que pudiéramos ponernos encima. Y mientras nos desvestíamos la una a la otra, nunca a sí mismas, deliberábamos a dónde iría a parar nuestro pobre pueblo asolado por el sol de todos los días, y nos confiábamos nuestra certeza de un fin del mundo a fuego o agua, a polvo o hielo o volcanes o guerras, pero nunca creímos que amaneceríamos colgadas.

Yo creía firmemente en que un buen día ya no saldría el sol ni volvería a salir jamás y la tierra se iría haciendo cada vez más húmeda y terrible y nos chuparía los pies hasta los tobillos sin dejarnos caminar; las paredes de las casas irían quedando reducidas a montones de lodo de olor ácido y nuestra piel se haría tan gelatinosa como la de las lombrices, mientras que las frutas más finas serían una pasta chiclosa y todas del mismo sabor. Andaríamos con la tenebrosa zozobra de que se nos acabara el fuego de

los candiles y las velas. Todos tendríamos la misma cara, y entonces, siempre al llegar a este detalle del presentimiento, me abrazaba a ella como queriendo que el momento llegara de una vez si es que iba a llegar para que no fuera a sorprendernos a cada una en su casa, sin las ropas especiales del amor, porque entonces nunca adivinaría quién es ella ni ella quién pudiera ser yo en medio de tantos cuerpos viscosos que terminarían arrastrándose con los ojos cerrados entre grillos y alacranes de nuestro tamaño que vivirían atormentándonos con su presencia y sus asperezas repegadas a nuestra piel.

Ella esperaba ver volar el templo, las casas, los árboles, y aseguraba un futuro en que andaríamos flotando ingrávidos en un aire sin temperatura que nos impediría unirnos los unos a los otros. Perderemos el sentido de nuestro rumbo, me decía, y nos preguntaremos constantemente para qué se construyeron tantas calles y tantos monumentos si al fin desaparecerían y los veríamos sólo de milagro, y nosotros desapareceremos del pensamiento de los demás, yo del tuyo y tú del mío, y la soledad será lo único grávido, que nos causará dolor en la cabeza de tanto cargarla, pero no podrá hacernos pisar la tierra porque tendrá un nivel que será nuestro límite.

Y al vestirnos para regresar, tratábamos de aprender de memoria la ropa que traíamos puesta y jurábamos

no cambiarnos hasta cerciorarnos que alcanzaríamos a llegar a nuestro próximo encuentro, aunque las levitaciones no sucederían hasta que todas las cosas estuvieran hechas y quedáramos cruzados de brazos sin nada ya por hacer.

Pero primero sucedió esto.

Sucedió que una mañana mamá salió corriendo de la cocina y nos dijo a gritos que la cocina estaba partida en dos. Corrimos a consolarla creyendo que se había vuelto loca, y cuando nosotros mismos nos volvíamos locos para sacarla de su fantasmagoría nos dimos cuenta que, efectivamente, la cocina estaba partida en dos, y no sólo la cocina sino toda la casa y todo el pueblo y todas las cosas, y cada parte a su vez, estaba partida en dos, y se iban partiendo en dos las cobijas y las joyas; y la tierra, sin temblores, sin ruidos, se iba partiendo en dos, y todo el mundo se estaba partiendo en dos.

Durante el resto del día vimos a todos los objetos cortarse sin simetría en una fiesta de fragmentación que apenas respetaba nuestros cuerpos y lo que traíamos encima, y sin darnos tiempo más que para brincar de un lado a otro para no caer en las grietas que se iban haciendo más y más anchas, el suelo fue quedando convertido en un mar de abismos en el que sólo quedaban pequeñas islas apretadas de escombros que a nadie podrían convencer que segundos antes hubieran

sido sillas, mesas, platos, vasos, cucharas, muñecas de trapo, resorteras, guitarras, hamacas, catres, rosarios.

A medida que el mundo iba desapareciendo en los barrancos silenciosos, empezamos a oír los gritos desgarradores de quienes tuvieron la desgracia de caer en las grietas sin fondo o de no sentir cómo bajo sus pies triunfaba el caudal de las bifurcaciones.

Ejércitos de gente desconocida aparecían a lo lejos y se acercaban brincando sin sentido de un lado a otro, disminuyendo irremediablemente, tropezando y demorándose, buscando hasta dónde, Dios mío, termina esta maldita grieta, quedándose para siempre detenidos por abismos insalvables. Los pocos que llegaban hasta nosotros nos miraban de pies a cabeza y rompían en un llantito agudo y grotesco que para nada nos blandaba el corazón, y en vez de mostrar solidaridad no faltaba quien a gritos dijera que al menos estábamos vivos, muertos, pero vivos.

Ya entrada la noche cesó la fiebre fragmentaria y hasta entonces pudimos saltar de una a otra abertura para unirnos a quienes habían sobrevivido, y hasta el amanecer estuvimos añadiendo lazos y haciendo meates con pedazos de cordones que hallamos en cualquier parte para arrojar un extremo a las rajaduras y poder sacar a unos cuantos.

Dos o tres hombres se ocupaban de cada lazo para jalar con eficacia cuando sentían el tirón de algún

sepultado y salvarlo sin sonrisa, ni siquiera con alegría, sin importar que el rescatado fuera hombre o mujer y nunca niño o niña.

Cuando se aburrieron al borde de las grietas sin que ya nadie tirara de las cuerdas, comenzó la división del trabajo de acuerdo con los gustos y aficiones de cada quien. Unos buscaban la forma de hacer pasadizos entre las aberturas con tablas y troncos, aunque muchos de éstos terminaron cediendo al paso de la locura de saber cuántos aún vivían del otro lado, y volvimos a oír gritos interminables de quienes resbalaban.

Durante esos días estuvimos tan acostumbrados a la muerte que cuando notábamos, a la hora de dormir, que varios hacían falta, sencillamente musitábamos quién sabe en qué grieta habrán caído, o ni siquiera oímos si gritaron al caer.

Como nuestra casa fue la menos destruida y quedó en medio del pedazo de tierra más grande, todos estuvieron de acuerdo en repararla y hacerla más amplia, mucho más amplia, en hacer de ella una casa para todos, con cuatro corredores de altos pretiles y gruesos muros, con pasillos que los comunicaran entre sí, y con tantas cámaras como parejas se pudieran contar, mientras que para los solitarios se harían colgar hamacas de una de las ramadas que sombrearían los corredores. Habría un amplio comedor en el centro y cuatro cocinas para que las mujeres pudieran

comadrear con quienes quisieran, pues escogerían en cuál cocinar sin el compromiso de permanecer fijamente en alguna; una sala al lado del comedor para cantar durante las noches en que nadie quisiera hacer el amor, y un patio, mitad piso de tierra, mitad de piedra, para los niños. Sería la única casa, y los albañiles se encargarían de hacerla de tal forma que nadie pudiera recordar la que habitaba en los tiempos antiguos.

Pero cuando la planeación estaba aparentemente concluida, caímos en la cuenta de que para nosotros se necesitaría, dentro de la casa grande, una pequeña, porque éramos una familia completa, la única que la catástrofe había respetado, y si papá y mamá vivirían a gusto en una cámara, mis hermanos y yo no podríamos estar con los solitarios ni todos juntos en una cámara, pues sería riesgoso, según mamá. Entonces pensaron en aumentar otro corredor, en el que habría una cámara grande para el matrimonio y cuatro pequeñas para los hijos, con su respectiva sala y suramada para las hamacas.

Fue a partir de esa rectificación que se generalizó la idea de que éramos una familia elegida de Dios y empezaron a respetar nuestras opiniones con el temor de que nos enojáramos y sobreviniera otra desgracia. Las viejecitas se persignaban ante nosotros y esperaban vernos sanar a los que quedaron tarados y resucitar a quienes encontrábamos muertos bajo los

escombros. Creían, esperanzadas, que yo era una virgen, y se lamentaban por no haberlo sabido antes para realizar una fiesta popular el día de mi nacimiento y así contener la furia de la fragmentación. Una noche me buscaron, intrigadas, para preguntarme cómo debían llamar a ese castigo que Dios les había mandado por ignorar mi santidad, y yo les contesté miren, yo no sé nada, sólo sé que estamos varados irremediablemente en medio de este mar de grietas quién sabe por cuánto tiempo, quizá hasta que dejemos de pisar el suelo. Me miraron más tranquilas, y dedujeron en silencio que se trataba del Castigo de las Grietas, y al día siguiente todos se habían olvidado de mi nombre para llamarle desde entonces y para siempre Nuestra Santísima Virgen de las Grietas. Mis hermanos me besaban las manos y reían de lo único que podían reír después del derrumbe, pues estaban convencidos, como yo, que estábamos tan dejados de la mano de Dios que era imposible que enviara a un pueblo vuelto a la barbarie una virgen que ni siquiera tenía paciencia para soportar sus carcajadas y que se había pasado todo el tiempo buscando a otra mujer que en vez de creerla santa la ungía de amor, sin piedad ni remordimiento, con técnicas inventadas en el instante preciso y que le aridecía los sueños con sus invenciones y declaraciones de fidelidad.

Poco a poco fueron disminuyéndome las actividades y llegó el momento en que pude dedicarme de tiempo completo a la búsqueda de ella, pero por más que hurgué aun en los lugares donde a ciencia cierta sabía que no estaba y donde había buscado mil veces, no logré más que alborotar un escalofrío en el vientre que me impedía dormir y soportar la necesidad de las viejecitas, que se iba extendiendo, incontenible, entre todos los sobrevivientes. Sólo los amigos de ella, ingenuos, me consolaban regalándome objetos que de ella habían logrado salvar, entre éstos, cartas de amor dirigidas a muchachos tan simples como increíbles parecían en las frases de ella, y yo me revolvaba en islas apartadas llorando de amargura porque ella nunca se había ocupado de escribirme una sola línea ni de regalarme muñequitos de trapos viejos que hacía con sus propias manos.

Para disimular mi malhumorado duelo, saltaba de uno a otro trabajo repartiendo agua a los hombres y a veces se hacía tan arduo el pasatiempo que exigía ayudantes para que extrajeran el agua del pozo y fueran cargando el balde por donde yo caminara. Era un agua que sabía a lodo podrido y de tan espesa dejaba bigottitos cafés que se ponían cenizos con el sol, pero que todos pedían con silbidos o gritos que de tan afectuosos parecían ruegos. Quienes buscaban algo de comer que hubiera quedado en otras islas, me buscaban al

regresar de un nuevo viaje y tenían la forma más solemne de beber: daban un primer sorbo y suspiraban por quién sabe qué deseo no concluido, aventaban la mirada a donde habían estado los cerros y la bajaban despacio para beber hasta la mitad de la bandeja, saboreaban con paciencia el líquido y luego tragaban con prisa el resto. Yo me sentía identificada con ellos porque casi nunca encontraban nada. Regresaban con objetos raros que amontonaban en un rincón y dormían un rato, mientras las mujeres los llamaban a comer, y al terminar, volvían a salir, masticando los últimos bocados ya en el camino.

Una mañana llegaron con la intrépida noticia de que habían encontrado una vaca, y todos nos abalanzamos a los puentes que ya eran casi majestuosos, pues estaban provistos de barandales y de una resistente red que se tendía por abajo para quienes tuvieran la desgracia de resbalar, y corrimos por tantas islas como nos indicaron los buscadores hasta llegar a donde, efectivamente, había una vaca que parecía no haber atravesado por derrumbe alguno, pues al contrario de como esperábamos verla, tenía el cuerpo esbelto y aún rumiaba a saber qué pasto. Nos miró sin dejar de bramar y sus berridos eran tan roncos que no hubo necesidad de que nos dijeran que estuvo bramando desde que nos sorprendió el Castigo de las Grietas. No se apartaba de la orilla de uno de los precipicios que

circulaban su extraña existencia y por su forma de mugir nos dimos cuenta que buscaba algo, aunque sólo las viejecitas, que habían llegado al último, interrumpieron su ociosa actividad de imaginar un ya vislumbrado paraíso, asegurado por mi presencia complacida en la isla, y se pusieron a discutir estrepitosamente si buscaba a su dueño o a su becerrito que quizá se había desbarrancado durante la fragmentación. Una de ellas tuvo aún la impertinencia de tirar de mi ropa para preguntarme, con una mirada que mucho tenía de adulación que por qué, virgencita, no nos sacas de la duda, y fue entonces que me di cuenta de que me había olvidado del nombre de ella, porque cuando iba a gritar, enfadada de sus tonterías, todas ustedes, viejas chochas, son tan estúpidas que no se dan cuenta de que ese pobre animal sin gracia la está buscando a ella, como la están buscando todos sin saberlo, porque a todo el mundo le hace falta y ustedes mismas se mueren por encontrarla en mí y en el agua que les doy porque no pueden vivir sin ella, y más estúpidas porque ni siquiera saben que yo, su Santísima Virgen, estoy sola para siempre e inconforme hasta que no la hallen sana y salva para mí; cuando alcé el brazo bruscamente y todos retrocedieron porque creyeron que iba a maldecirlos, y me quedé con un nudo en la garganta sin saber cómo empezar a reprocharles su alboroto, cuando todos esperaban en silencio que los mandara al Diablo, cuando

su propio nombre y todas las palabras me dejaron abandonada a esa explosión de cólera, entonces me di cuenta, y sólo pude articular algo que poco o nada se parecía al desahogo histérico que yo necesitaba: “Ese pobre animal busca a otra vaca”, les dije casi en un balbuceo. Y todos suspiraron con alivio.

Los hombres decidieron que la comeríamos porque cuando se acercaron, tímidamente, a consultarme, les dije que de todas maneras no hay ningún toro y lo más seguro es que se muera de hambre. Y para no dificultar las cosas, la mataron en la misma isla donde la habían encontrado. A falta de carniceros, todos habían sucumbido, sin distinción de oficios hicieron lo que pudieron y no fue sino hasta entrada la noche cuando estuvo todo listo para preparar la comida. Las mismas mujeres tuvieron que acarrear entre los brazos o en la cabeza lo que pudieran cargar sin importarles que la sangre les manchara la ropa o les escurriera por todo el cuello y les dejara los senos tiesos al coagularse, y no hubo quien regresara a la isla grande sin un pedazo de vaca.

Fue la última vez que comimos carne. Como nadie sabía cómo descuartizar una res sólo buscaban hacer bocados que cupieran en la boca y acabamos con los dientes repletos de cueritos y partículas elásticas e irrompibles. Por la noche, con una paciencia minuciosa, se dedicaron a extraer lo que había quedado atorado en las

dentaduras de los niños y de los ancianos para saborear aún los últimos resquicios de la última res del mundo.

Un joven se irritó tanto por la exploración que alguien le practicaba que se levantó manoteando y gritando tiene que haber más vacas, todas las vacas que quieran imaginar, en los otros pedazos de tierra, y sin que nadie se diera cuenta cómo, llegó hasta donde estaba el templo y buscó por todas partes sin hallar más que pedazos de cadáveres de perros y de pájaros sin ojos. Finalmente, de puro despecho, abrió el templo y cuando creímos que se habría muerto de hambre, oímos sonar las campanas como cuando llamaban a doctrina en los tiempos de vida, y hasta nuestro aire llegó la tos del polvo que se había dormido en ellas.

Desde la orilla de nuestro suelo no sabíamos qué pudiera haber pasado para que el lazo del que colgaba el cura aquel día que casi ya nadie recordaba con misterio revoloteara a cada golpe del badajo, y era que el joven irritado había encontrado, dormida en el altar, cansada de buscarme en el viento de los precipicios, en las cuarteaduras de las paredes del templo, en los rumores que llegaban desde abajo de la tierra, a ella, que estaba dormida, extenuada de una empresa ardua e inútil. Ella le confirmó insistentemente que ahí no había ninguna vaca y que las únicas reservas que el padre había dejado estaban

agotadas, y lo obligó a regresar reprochándole buscar vacas y no mujeres o niños.

Al día siguiente la vi llegar a la isla trayendo sólo las hostias para repartirlas entre los que aún se supieran el Padrenuestro, pero nadie pudo recordarlo y las dejaron olvidadas en el mismo cajón en que las habían traído y que después nos sirvió para guardar los juguetes de los niños.

Su llegada no causó entre los demás la euforia que me hizo sonreír como idiota durante todo el día, pero sí sirvió para que hicieran una evaluación rigurosa de lo que habían avanzado con la casa, pues cual más quería demostrarle que pronto viviríamos mejor que antes, y ella les contestaba satisfecha que sí, que está bien, de ahora en adelante ya tienen una trabajadora más, una ayudante más, una compañera más, una amiga más, y sólo yo sabía, al fin, que una amante más.

Otra vez juntas, burlamos precipicios para llegar hasta donde creímos que había estado nuestra madriguera secreta y empezamos a practicar nuestro antiguo arte, que se había perfeccionado notoriamente después de tanta destrucción y tanto abandono y tanto tiempo sin vernos. Entre beso y beso le conté mi estancia y ella me contó la de ella. Me dijo que la catástrofe la había sorprendido en el templo porque buscaba en él un refugio para nuestras citas, pues a pesar de lo cómodo que resultaba nuestro escondite, empezaba a desear

una cama y exploraba las alfombras, los cojines para las rodillas de los penitentes, los sillones de la sala de espera, aunque nunca pensó en la cama de la sacristía, que sería lo ideal. Yo le conté el alboroto que habían armado las viejecitas y le causó tanta risa que interrumpimos nuestro rito para sobarnos el vientre, y aún excitadas por la explosión de carcajadas, empezó a rezar ruega por nosotros, Virgen de las Grietas, sin apartar sus manos de mi cuerpo, que sabía cómo responder a sus delirios; ruega por nosotros, Virgen de las Grietas, con la lengua en mi cuello; ruega por nosotros, Virgen de las Grietas, desesperándose en el cordón de la prenda final; ruega por nosotros, Virgen de las Grietas, en la profundidad de mi vientre; ruega por nosotros, Virgen de las Grietas, en todo mi cuerpo, en toda mi sangre, en mis huesos, en las últimas piedras del placer; ruega por nosotros, Virgen de las Grietas, para siempre y por toda la vida.

Extasiadas, dormimos hasta la noche y regresamos adivinando los puentes en la oscuridad, pateando piedritas y cantando canciones olvidadas, repasando la letanía que desde entonces formó parte de las entrevistas, con las mejores invocaciones que pudimos inventar.

Como era difícil, desde entonces, que nos vieran separadas y sólo faltaba que estuviéramos siempre tomadas de la mano, las otras mujeres quisieron agredirla cruelmente a sus quehaceres, pero ellas mismas

nos dieron la solución para seguir juntas durante todos los minutos al adquirir la costumbre de consultarme incluso en las decisiones más simples, y no tuve más que adquirir, como antídoto eficaz, la contracostumbre de pedirle a ella que decidiera por mí delante de las narices de los grupos de mujeres preguntonas, y luego autorizar con absoluta aprobación todas sus determinaciones, que las niñas no deben bañarse solas ni jugar con los niños, que deben hacerse cuatro comidas diferentes, que las flores de papel sólo han de adornar el pozo de agua y los puentes absolutamente concluidos. No tardaron en acostumbrarse a obedecer las indicaciones de ella y consultarme sólo cuando la situación era relevante. Así que podía pasarme a su lado los días y las noches enteras, admirándola mientras tejía ixtles y lazos y pedazos de trapo para construir pasadizos hacia otros rumbos que nos conducían a lares llenos de cosas que parecían exóticas con su carácter de ruina, y donde nos imaginábamos amarnos en un pueblo que era el nuestro después de miles de años, sin la necesidad de esperar a que transcurriera, y hacíamos el amor a la luz del día en ruinas de monumentos y caserones, manchando de placer los escombros que amenazaban con seguirnos para disfrutar también ellos la sublimación de nuestros cuerpos. Fue ella quien les enseñó a inventar comidas y sueños; les pronosticó el día en que las actividades quedarían concluidas y empezaríamos a flotar en las atmósferas más

remotas; y las mujeres y los niños hacían del polvo, bajo su estricta dirección, cucharas y platos, muñecas para las niñas y soldaditos para los guerreros desnutridos; los hombres hablaban con ella de cerdos gordos, de gallinas y de pájaros hermosos que debían existir en alguna isla: “Debe haber alguna isla de vida en este mar de tumbas”, les decía. Y llegó el momento en que tuvo que indicarles la forma en que todo sucedería sin alteraciones en el orden, y era tan simple que todos se sometieron al método, que consistía en hacer todo pensando en mí y bajar la vista cuando me encontraran de frente, y enviar a consultarme sólo a hombres respetables que supieran al menos las convenciones indispensables para tratar a semejante santidad, y no construirme templos, altares ni monumentos, sino una cámara humilde, a donde nadie entrara que no fuera un mensajero urgente, pero eso sí, digno de la única Virgen de las Grietas que existe y existirá jamás en todo el mundo por los siglos de los siglos. Así fue como la eligieron para que me cuidara de día y de noche y no tan sólo le permitieron sino que le exigieron dormir en la cámara que me construyeron en el momento en que les hizo ver el riesgo que se corría de que me levantara en vilo y los dejara abandonados a su suerte, y era ella la única persona que podía tocarme y mirarme a los ojos. Pasábamos, desde entonces, besándonos en el lecho sin que nadie nos molestara ni se atreviera siquiera a mirar hacia las paredes que nos

protegían. Despertábamos al amanecer satisfechas de nuestros cuerpos, sobresaltadas por los cánticos que inventaron las viejecitas para darme los buenos días y ella salía un momento a bendecirlas de mi parte, que la Virgen está muy contenta de ustedes, que así debían enseñar a sus hijos y a los hijos de sus hijos a adorar a Su Santidad, y volvía para no terminar de amarnos nunca, ni aun cuando me abandonaba momentáneamente para atender a tu pobre pueblo desprotegido.

Esos días fueron una isla edénica en medio del océano de abismos que ha sido mi vida tras su desaparición. Y no duraron mucho. Van a sustituirme, me había dicho un día, quieren tener todas la gloria de servirte; ya les advertí que la Virgen está viva y necesita una mujer viva, no una mujer muerta en vida. Pero no entienden, tu pueblo es una calamidad, no escucha. ¿Y de verdad, no nos escuchan, si hemos hecho tanto escándalo, sobre todo tú, de madrugada, a todas horas, y no escuchan? Ya les dije que es tu voluntad que estemos juntas. Me tomó las manos y las besó. No nos van a separar, virgencita mía. Hasta que me muera, no nos van a separar. Salió de la cámara a traerme agua clara y limpia, especialmente purificada para la Santísima Virgen. El agua llegó, pero no de manos de ella, sino de un mensajero, y aún tuve la inconsciencia de dormir esperándola, sabiendo que la habrían entretenido allá afuera con sus menesteres insólitos, y que regresaría muy tarde, pero eso sí, con algún regalito

para ti, virgencita, que no sabes que has aprendido más de lo que quieras y amado más de lo que debes y gobernado más de lo que puedes y poseído más de lo que tú misma te hubieras permitido sin mis consejos. Pero en lugar de ella vi entrar a una niña que acababan de bañar con el agua espesa del pozo y adornado con florecitas de papel y otras galas raras para que la recibiera en mi lecho, y me dio el aviso definitivo de que el pueblo decía que si tenía la suprema bondad de ay, Santísima Virgen, es que se me olvida, que si tenía la suprema bondad de elegir a una nueva sierva porque la que tenía hadesaparecido.

Iba a salir corriendo para ver si alcanzaba su desaparición, pero me encontré a todos rodeando mi cámara, cabizbajos, como ella les había enseñado, esperando mi presencia y determinación, y sentí tanta lástima por ellos y por mí, que no pude decirles que no, señores, no elegiré más a nadie porque yo me basto sola para vivir como la Virgen de las Grietas que soy, que era lo que necesitaba decirles para soportar mi tristeza multiplicada en todas sus caras cenizas y resecas, que se olvidaran de mí todo lo que pudieran.

Les di la espalda para volver a la cámara pero una viejecita, deslumbrada por mi presencia, sin mirar mi incertidumbre de no saber por dónde empezar a desmigajarme de amargura, se acercó a preguntarme si pedía algo en honor de tan digna servidora, y tras ella se acercaron todos, indiferentes a mi santidad, que si

podemos decidir a nuestro albedrío lo que ella decidía acertadamente, que si sus instrucciones seguirán vigentes o debemos esperar otras, que si debemos recordarla u olvidarla como todos los que se van, que si tiene algo qué decir o si quiere retirarse a descansar, virgencita linda, y dejarnos vivir a nuestros propios recursos.

Entonces les contesté, por primera vez desde que llegó ella, sí, señores, ahorita mismo nos ponemos a trabajar como les enseñaron, como yo ordené que les enseñaran mientras no vuelva a suceder nada en este mundo incompleto. Y me metí entre ellos y me puse a dirigirlos.

Y no volvió a suceder nada hasta que sorpresivamente los albañiles pronosticaron el entejado de la casa y derribaron el último árbol de la isla y juramos no llorar, ante sus restos, y olvidamos la ociosa costumbre de pensar mientras trabajamos.

Y no volverá a suceder nada hasta que todas las cosas queden concluidas y las veamos volar por los aires, nuestras ramadas y jardines, y el brocal de nuestro único pozo de agua espesa y los árboles y los puentes majestuosos y las cámaras humildes construidas para las vírgenes que ya no tienen quién rece en su piel por la salvación de las almas inadherentes a la superficie infauna, pedregosa y multifurcada.



Y si ya nadie te quiere



**E**L DÍA QUE POR FIN SE DESHIZO DE SU HIJO, *Delo* hubiera querido no volver a su casa ni volver a ver a su madre nunca. Pero no tuvo más remedio.

El camino desde el crucero le pareció como atravesar un desierto, aunque llovía, una lluvia con sol, inútil, que daba lástima. El sombrerito ralo del que todas sus amigas se reían en la escuela porque maldita la cosa para la que te sirve, todo el sol se te mete, le pesaba como una canasta copeteada no de pan sino de piedras, y el polvo de la calle se le había convertido en una pasta viscosa en los zapatos.

Al entrar al único cuarto, oscuro de pronto por el deslumbramiento del sol, cegador aun con la lluvia, aun a punto de ocultarse, tuvo la sensación de estar en un espacio que ya no le pertenecía, como estar en el horno, pensó *Delo*, un horno sin salida. Y por primera vez deseó con toda su alma no tener que estar ahí. Se dejó caer en el catre y desde ahí miró a su madre, a medio patio, amasando la harina, que esta vez le pareció un cuerpo oscuro, con vida propia. También su madre la vio, pero *Delo* no quiso saludarla, de tan ajena que la sentía, casi repugnante.

Coyolito entró corriendo con la cara roja y se sorprendió de verla a esa hora. Iba a preguntarle por qué ya

llegaste, a poco no tuviste clases, pero ya no pudo porque ella estaba desvistiéndose volteada hacia la pared, el vestido hasta la cintura, la espalda refulgente, así que siguió su carrera hasta donde estaba la madre. Le entregó la canela que había ido a comprar, envuelta en un rollito de papel de estraza, y le dijo que *Delo* ya había llegado.

—Sí, pues —le contestó—, ve a decirle a Wulfrana que ya no venga, que mejor se quede a cuidar el puesto.

El niño arrugó la cara y se sentó a un lado de la mesa. *Delo* salió descalza.

—Ya vine —y se acercó a la madre con ganas de abrazarla, pero sólo la miró. La señora, *La Seño*, le decía *Delo*, asintió sin levantar la cara.

—Ándale, pues.

—*Coyolito* —le dijo al niño, jugándole el pelo lleno de polvo—, búscame el mandil.

—Se lo llevó Wulfrana —contestó con burla.

Ella hizo “Mmmmmh, que la...”, y regresó al cuarto. Su madre supo que no volvería a salir hasta la noche, cuando acabara el calor, pero no tenía ganas de discutir y no dijo nada. El niño se levantó también y siguió a *Delo*. Le vio su desconcierto un rato. La vio encender el radio, buscar la única estación que todos oían sin sentido, y acostarse bocabajo. Entonces agachó la cabeza y antes de emprender la carrera dijo:

—Orita vengo.

—No te tardes —le gritó la madre.

Coyolito se tardó lo suficiente para que ella se quedara tan dormida que no sentía las gotas espesas de sudor que le remojaron la ropa. La madre entró a beber agua y antes de salir la miró un rato. Le observó los tobillos y el pelo a media espalda, y tuvo vergüenza de hacerla amasar tanta harina durante la mañana. Para perdonarse, echó agua debajo del catre y abrió bien la puerta que daba a la calle; luego apagó el radio y acercó los huaraches de mujer al pie del catre para cuando ella despertara. Y la siguió mirando. Qué tanto te pasa, mi *Delitos*. Hasta ella, su madre, le decía *Delitos*, porque hacía berrinches, de chiquita, se tiraba al suelo pataleando, yo no me llamo María; y ya más grande, cuando empezaba a tener novio, yo no soy ninguna maldita María, yo me llamo De los Ángeles. *Delo*. Y ahora hasta su madre, mi *Delitos*, qué tanto te pasa. Mejor que te pusieras a llorar, como de chiquita, que me decía tu padre, en paz descanse, le hubieras puesto María de todos los diablos, ¡cómo chillas!, no que ahora, parece que te me vas a morir de tristeza. Volvió al patio y siguió amasando. Era para la horneada de la noche. El pan para el día siguiente.

*Delo* oía entre sueños los ruidos de la madre recogiendo la leña para el horno; escuchaba el fuego y el crujir de las láminas de hoja de lata donde se acomodaba el pan, en la lumbre, pero estaba profundamente dormida. No quería pensar ni soñar. Quería que ya llegara la noche y estar en el zócalo con sus amigas, que seguramente andarían cargando sus cuadernos y sus rollos de

cartulina y le tendrían algún chisme del tal Chico Mendoza que hoy fue a la escuela y te anduvo buscando.

Pero los sueños fueron disolviéndose en la espesura del cansancio, y apenas le retumbaban oscuras punzadas en el vientre vacío, que luego fueron meciéndola, acariciándola con lengüetazos de lumbre, hasta adormecerla.

De pronto, adivinó un azul grisáceo, cárdeno, y se oía un alboroto de gallinas y de perros. Sintió que amanecía.

Wulfrana entró a dejar un gran canasto.

—¡Ya amaneció, floja! —le dijo.

*Delo* se sentó en el catre; se limpió las posibles lagunas, sólo por costumbre, pues los ojos le despertaban siempre limpios, clarísimos. Sintió la boca amarga y el ya permanente dolor de cabeza, y también sintió un poco de hambre. El radio estaba apagado y el olor a pan recién horneado parecía ser exhalado por las mismas paredes; pero la amargura le impidió percibirlo.

Wulfrana se le acercó.

—Dice mamá que ya te espabiles.

—¡Ya te oí! —le contestó, y entonces le pareció increíble haber dormido tanto tiempo, sobre todo en estos tiempos en que es imposible reír, ni pensar ni vivir, y mucho menos dormir a gusto. Un cansancio flácido, como después de haber amasado harina, le recorría la espalda.

Coyolito estaba sentado en el pretil, con un pedazo de pan recién cocido, cuidándose de que no lo vieran para que no se lo arrebataran y le pusieran la regañada

de todos los días, no sabes, tarugo, que esto empacha.  
*Delo* se sentó junto a él.

—Dame —no se dio cuenta de que el pan estaba recién salido del horno ni vio a la madre semidormida en la hamaca, junto al horno.

—¿No vinieron a buscarme anoche? —le preguntó al niño; él se quedó viéndola, sonriendo. Ella insistió.

—¡Ah, sí, vino Francisco Mendoza! —y se empezó a reír—, dice que cuándo se van a casar.

—¡Menso! —y se quedó ella masticando el pan que Coyolito le había dado.

Nadie vio que estaba llorando. Las noches en el zócalo con las amigas eran ahora la única oportunidad que tenía en la vida, además de que se habían convertido ya en una costumbre.

Ni el pan, ni la escuela, ni la ropa nueva, ni las eternas pláticas con la hermana que nunca quiso estudiar valían ya la pena. Sólo esas noches, en las que esperaba encontrar una buena compañía, un buen refugio, un buen motivo para soñar y, por qué no, efectivamente y antes que todo, un buen marido, que para eso estaba hecho el maldito zócalo, para qué, si no. La única oportunidad de hallar una sola razón para seguir viviendo.

El único que le había propuesto matrimonio, Francisco —Chico— Mendoza, le habría de dejar también la maldición de una soledad incurable, y aunque el legrado que acababan de practicarle, hacía apenas unas

horas, acababa de liberarla para siempre de él, no podría, por el contrario, liberarla de aquella maldición.

Francisco Mendoza, antes de aquello, le había dicho que de todas maneras me voy a casar contigo, *Delo, Delito*, con sus manitas invertebradas, como si su verdadero lenguaje estuviera en esas manos que hacían círculos y líneas enrevesadas en el aire, porque de veras tequiero.

Pero era eso lo que ella no quería.

—¿Cómo me voy a casar con un puto, mamá? —le dijo a la madre esa noche que descubrió a Chico en el baño de hombres dejándose montar, mamá, como una perra, mamá. Pero no le dijo que lo peor es que estoy preñada, madre santa, y que yo quería tenerlo, verdad de Dios, macacita, que yo quería tenerlo. Eso se lo tragó y se lo digirió hasta convertírsele la hiel en una bola inmensa que se le amasaba y se le quemaba en las entrañas como en un horno hirviente de vísceras descompuestas. Se había pasado tres meses llorando a escondidas, bañándose y secándose las lágrimas para que no lo notaran en la escuela; vomitando en el baño, cuidándose de que no la vieran para que no supieran quién es la pendeja que ya fracasó y ya vino aquí a hacer sus cochinadas, resistiendo los desmayos a medio baile, abrazada a otros muchachos sin malicia.

Le habían dicho que la primera vez no pasa nada, manita; y si llegara a pasar, no más chúpate hartos limones luego luego que termines. Pero el engendro estaba ahí, latiéndole en el vientre, mareándola a media clase,

aguijoneándole los sesos, obligándola a comer pedazos de adobe con el pretexto simple de que se me antoja, pues; y se reía a risa abierta cuando le gritaban, en la calle, entre todas las muchachas, entre sus propias risotadas, creo tú estás embarazada, chingada *Delo*, a pesar de que ella había puesto las cosas claras:

—Mira, pinche puto Chico —ya nunca más Francisco—, yo no voy a parir esta cosa. Dame dinero o llévame al médico, pero yo no voy a ser la madre de tu raza.

Pero “la cosa” estaba ahí, creciendo, invulnerable a los primeros tés de doña Santas, sobreviviendo a las ampolletas que Chico le había conseguido, subsistiendo aun a la furia de ella. Hasta el legrado de hoy, en medio de esa lluvia caliente como nunca, que no mojaba a nadie.

Chico Mendoza quiso abrazarla, al salir de aquel cuchitril disfrazado de consultorio, ¡y cómo lo necesitaba ella, aún medio sedada, las piernas temblorosas, punzante el vientre, la mirada perdida, como la mirada de los ciegos! Pero no quiso permitirlo:

—Jamás, ¡me oyes? Jamás vuelve a tocarme un puto —la voz quejumbrosa pero inapelable—; aunque tenga que meterme con un tatarabuelo tarado o aunque tenga que sentarme a esperar a mi propio hermano.

Ahora se sentía abandonada a una búsqueda, a un errar sin fin, que apenas comenzaba pero que la había ya extenuado. Cuando al fin se repuso de la anestesia, derrumbada en el catre de su casa, sintiéndose también

como desechada por alguien, como si alguien la hubiera escupido, evacuado, ella comprendió las palabras sonrientes del médico, el proceso ha sido un éxito, pero tuvo también la conciencia de que seguiría añorando esta tarde, con su lluvia árida, cuando se dio el lujo de despreciar los brazos de un hombre; que se le iría la vida buscando un verdadero hombre en cualquier lugar del mundo, en cualquier lugar del zócalo, a cualquier hora, a cualquier precio; de que el zócalo era y sería para siempre el mundo, la feria, la gran comedia humana, la búsqueda, el nuevo paraíso y el perpetuo infierno.

*Delo* suspiró hondo y se sonó la nariz con el dorso de la mano. Su hermana la alcanzó a oír y se le acercó.

—¿Y tú qué te pasa?

—Nada.

*Coyolito* se acercó también y la miró espantado, con sus enormes ojos de huérfano feliz.

—¿Por qué no me despertaron anoche, cuando pasaron por mí las chamacas? —les preguntó secándose los ojos con la palma abierta—. ¡O no pasaron!

Wulfrana la miró un buen rato, mientras pudo contener la carcajada:

—Pero si apenas son las siete de la noche, pendeja.

Apenas entonces *Delo* tomó conciencia del tiempo y de la broma. Una fugaz lucidez le hizo comprender que despertaría ya para siempre a este momento en que nadie sabe si la noche se aleja o si está sobreviniendo.

El baño le borró definitivamente las lágrimas y la dejó tan bella que nadie le creería que anduvo cargando por tres meses el engendro de Chico Mendoza, aunque, obviamente -y ahí estaba la verdadera maldición-, de cierta forma todos lo sabían, aunque pudieran no creerlo.

Coyolito se puso a seguir a la hermana distraída por toda la casa. Ella andaba tan apurada que no se dio cuenta de que el niño la alcanzó a ver varias veces desnuda, la manera de ponerse el vestido y de encremarse las piernas olorosas a jabón.

Antes de salir fue a pedirle permiso a la madre para llegar un poco tarde, porque es que Marthita me invitó a un cumpleaños y quiero bailar un rato. El niño la siguió hasta la calle y se detuvo en seco cuando ella se volvió a verlo, enfadada de su hostigamiento.

Coyolito bajó la mirada; luego se le acercó y le tomó la mano.

—¿Me dejas darte un beso?

*Delo* disimuló la sonrisa. Nunca, desde que conoció a Chico Mendoza, se había sentido tan deseada. Se acuclilló y se dejó besar y le ordenó al niño que se metiera.

—Yo no me tardo.

Coyolito se puso feliz y presumió la huella de los labios a Wulfrana y a su madre. A la hora de dormir, se acomodó en el catre de *Delo*, y de lado, para que no se le borrara aquella despedida, que le seguía brillando en la mejilla y en la parte más brillante del corazón.

Wulfrana ni la madre le tomaron cuidado.

Cuando *Delo* regresó, la espalda punzante y la cabeza vuelta un hormiguero, *Coyolito* estaba aún despierto. Se acostó ella junto a él sin novedad y lo abrazó como a una almohada.

Hacía ya tiempo que no lo encontraba dormido en su cama, desde la clausura de cursos de la primaria, cuando él había dicho ya soy hombre, sin saber que había vuelto a reprobar el tercer año.

Al cabo de un rato, ella le dijo, sin soltarlo, como si estuviera aferrada a un enorme pan tibiecito:

—*Coyolito* —en el oído, haciéndole cosquillas, dejando oír el chasquido de la lengua, el aire tibio, todavía oliendo a menta—, tengo ganas de llorar.

—¿Por qué, *Delitos*?

—Es porque ya nadie me quiere.

—¿Que ya nadie te quiere, *Delitos*?

—Nadie... nadie —y de veras, ya iba a llorar.

*Coyolito*, Nezahualcóyotl —su nombre de escuela—, comenzó a besarle toda la cara, casi como si la lamiera:

—Yo sí te quiero, *Delitos*...

Sólo entonces María de los Ángeles se percató de cuánto habían avanzado por su cuerpo aquellas manecitas temblorosas que tentaleaban en la oscuridad, inequívoca y desesperadamente, con una avidez irreprochable que ya no se detuvo nunca, para siempre jamás.

A dónde iremos



EN VERDAD, TODA LA VIDA estuvo esperando que esta imagen de Santa Asunción recién lavada se apareciera, como se aparecía ahora, en la puerta principal de su parroquia, para redimirlo, para limpiarle sus pecados, y el sudor y la sangre de todas las caídas, para bajarlo de la cruz. Toda la vida.

Y quién sabe si no desde antes. Quién sabe si no también sus feligreses la esperaban, en el fondo, sin decirlo, sin saberlo. Pero no, ellos no lo sabían. Nadie podría saberlo sino él, que lo sabía todo antes que los demás. Y sin embargo, no fue sino hasta que realmente la vio entrar, sin sevillana, sin bajar la cabeza, y aun sin persignarse, cuando supo que no estaba preparado para el encuentro.

Apenas pudo hincar los dedos, machacando las teclas del órgano, las notas, que golpeaban y golpeaban, y juntar los pies en el pedal, con mucha fuerza, para acabar de creer que se trataba de ella. A trompicones terminó con el Ave María, y se quedó con la frente derribada en sus papeles de otras misas, las manos en los extremos del teclado, crucificado de verdad sobre el madero abotagado del armonio, susurrando el rezo que siempre hubiera querido rezar: “Santa madre de Dios: vive. Vive. Vive”. Escurriéndole el sudor por todo el

pecho hasta hacerse un borbotón en el ombligo. “Bendito el fruto de tu vientre: vive. Luego, vivo”.

Abrió los ojos todavía derrumbado en la pianola, y ella, la recién llegada, la recién nacida, esperaba. Se acercaron ambos, casi los mismos pasos, la misma distancia, como en un duelo a muerte inverso. Los rezanderos, ajenos.

—¿Eres tú? —dijo ella.

El sacerdote se arrodilló ante la mujer y le tomó la mano para besarla, con los ojos cerrados. Un beso así, con los labios juntos, sin sonido. Ella le puso la mano en la cabeza, rala ya, ceniza, polvorienta, y la tuvo ahí un rato, aun después del besamanos, mientras él contemplaba los tobillos rollizos, los pies morenos, las sandalias remendadas. Entonces dejaron sus llagas de fluir

esa angustia pesada, bajo los ojos impasibles de ella, que sólo muy en el fondo —los crucifijos en el fondo de los templos—, revelaban una piedad serena, casi impía. Luego se incorporó, sin soltarle la mano, y así, unidos como dos recién casados, caminaron hacia el lecho de

la sacristía. Mandó pedir comida, vino de consagración y agua fría, de frutas.

—No vengo de allá —después de comer, sin palabras, sin miradas, casi—, ni vengo a buscarte.

Luego un silencio.

—Se me atravesó tu cuadrilla y vine. Anduve por esos pueblos. Tanganhuate, Sinahua, curando gente, dizque

tengo esa virtud. Y luego por acá, Poliutla, El Coacuyul. Y de ahí le di para acá –un codo sobre la mesa, y la mano sosteniendo la mejilla; la otra mano, suelta, haciendo tán, tán, en la madera.

Y él escuchando su voz, curándose también. Era la misma voz, la de la madre. Aquella voz que lo consolaba de las inacabables letanías de pecados que tenía que escuchar en la celda del confesionario tarde a tarde, de las eternas misas y las eternas pascuas y los incontables rosarios.

Así la conoció, por su voz tibia. Un Domingo de Ramos. Después de largas y largas confesiones de otras mujeres, y esta vez también de varios hombres, los alientos amargos en su cara, penetrándole como escupitajos los pecados, ensuciándolo también; después de siglos de culpas, se aproximó ella, y empezó a platicarle, no como confesión, sino como se platica en el mercado, en el zócalo. Él la estuvo escuchando, reconfortado repentinamente, sin levantar la vista, sus cóleras, sus fiebres, sus mañas y trajines, sus fornicaciones. Todo sonaba en su voz más a milagros que a prevaricaciones, más alcanzaban sus pecados veneración que penitencia. Al terminar, escuchó, con los ojos cerrados, los pasos entre las bancas desordenadas, pues acababan de barrer y aún no las acomodaban. Se detuvieron a la salida y luego se fueron apagando hasta que quedó todo en silencio, es decir, hasta que

volvió todo a ser ruido, sordamente, amargamente humano. Se asomó por las rendijas del confesionario y vio que aún le faltaba escuchar a varias mujeres.

Pensó que quizá alguna de ellas podría estar en pecado mortal, algún adulterio, o hasta un asesinato, pero de pronto, una sensación de laxitud, de orfandad, de no saber en qué lugar del mundo se encontraba, pero sobre todo, el pavor de que las voces de estas mujeres apagaran la voz de ella, lo obligó a salir del cajón oscuro, asfixiante del confesonario. Las mujeres lo vieron salir, húmedo de tanto sudor, torpe de tanta oscuridad, y se acercaron solícitas. Algo querían escuchar, pues era la primera vez que el padre, su amado padre, se rehusaba a escucharlas en confesión.

Él las miró como hasta entonces no las había visto: desvalidas, necesitadas de amor, de fe, de indulgencias. Las sabía hechiceras, abortivas, alcahuetas, placeras, ladinas, pero no tan débiles, como las veía ahora. Como mujeres hechas de ceniza.

—Acérquense, hijas.

Puso las manos en las cabezas de las dos mujeres más cercanas y agregó:

—Sus pecados están perdonados.

Y luego fue a buscarla.

Llegó y no dijo nada. Necesitado de las jaculatorias de su voz, sólo quería escucharla. Mercedes salió del cuarto y le miró la urgencia. No lo reconoció, pues

no había podido verlo a través del trapo negro, durante la confesión, ni le recordó ninguna cara conocida, pero precisamente por eso adivinó que no se trataba de nadie menos que de él. Lo miró por un rato y notó que era distinto a como le habían dicho sus clientes, pero no mostró su turbación.

—¿Cuánto traes? —le preguntó, con su solemnidad de comerciante.

Él sacó de un bolsillo un manojo de billetes húmedos revueltos con monedas ásperas, las limosnas de una semana, y cuando iba a sacar más del otro, Mercedes lo detuvo:

—Es suficiente.

Entraron al cuarto y ella comenzó a desnudarse. Desde el catre, sin desvestirse, él esperó.

Mercedes sintió de pronto que no estaba preparada para este parroquiano, para este párroco. Presintió que sus técnicas serían tan complicadas y tan agotadoras que sufriría mucho antes de complacerlo. Por eso le advirtió: “No te vayas a poner a inventar nada”, pero casi con miedo. Miró el ramo de billetes que había dejado sobre una silla, lo cubrió con la última ropa y se puso a la disposición del hombre.

El rito era demasiado extraño, mayormente que siempre era ella la que imponía las reglas, por sobre las locuras que los otros pobres parroquianos quisieran inventar; era ella quien gobernaba el tiempo y el ritmo del servicio, cortándoles la inspiración de momento,

parándolos en seco, de repente, de que se acabó y se acabó y es todo, gallo, y ahora si quieres más págale más, elevando su mercancía hasta convertirla en sagrada al no ofrecerla ni entregarla porque sí, al grado de despertar la sospecha de que su propósito era más vender su autoridad que otra cosa. Pero no ahora. Porque ahora era ella la que esperaba las órdenes.

Él la buscó y la hizo acostarse a su lado, con la cabeza en el pecho, sin que Mercedes intentara zafarse, aunque el brazo apretándole por la espalda le permitía liberarse sin dificultad. Cerró los ojos y esperó a que él tomara la iniciativa.

Todavía con los ojos cerrados, con una nueva sensación de vergüenza, buscó con las manos la cobija y se cubrió el cuerpo. Era una cobija hecha de pedaceras de diferentes colores que alguien había dejado empeñada, y que seguramente procedía de la cama de alguna costurera con infames costumbres para el amor, pues su espesor hacía sudar tanto que le sobraba calor aún para el frío.

—Habla —dijo él.

Ella entonces se puso a platicarle cosas simples. Sus quehaceres. El odio. El asco. También las confesiones: ante ella se confesaban todos con total eficacia, pecados insólitos que el padre jamás hubiera imaginado. Y fue cuando le manifestó el asunto de la hija.

—¿Te imaginas? Lo que yo más quisiera es una hija. ¿Pero aquí? ¿Te imaginas? No quiero un hombre:

se van, se vuelven curas, no te ofendas, o maricas, la repudian a una. Y luego ahí andamos. No. Lo que yo quiero es una hija.

Ya casi era de noche cuando él le dijo:

—Dime que me amas —sacó unas monedas del bolsillo y las puso en las manos de ella, envolviéndoselas con sus manos.

—Sí. Te amo —dijo ella.

Entonces, él la apartó con dulzura, y se dispuso a partir.

Ella lo miró desde el catre, todavía sorprendida de haber cumplido un servicio tan extraño. “Esto no es lo que vende una puta”, pensó, apretándose los labios con los dientes, para no soltar un llanto que no sabía de dónde tanto le brotaba.

—Eso es todo —dijo él, y se fue sin decir más.

Volvió después. Y escuchó todas sus voces. Sus gemidos, sus resuellos. Porque ella le había dicho:

—Es que, mira, te voy a confesar. Yo no sé: contigo me asoleo. Ha de ser que me haces hablar mucho. ¡Mañas tuyas! Ahí me tienes predicando. Eso ha de ser. Pero cuando ya no puedo más, harto que me asoleo.

Lo decían otras mujeres. Cansarse, fatigarse, abochornarse bajo el sol. ¿Por qué estás agitada?, preguntaba él. Es que padre, yo vengo de muy lejos, y me vine corriendo: me asolié.

—¿Por qué corres? ¿Tan grande es tu pecado?

—Es que, padre, figúrese que le di el remedio a esa mujer para que tumbe su hijo, no más que no lo quiere beber. Dizque ora va a tenerlo. Que va a ser niña y que ella sí tiene su padre. ¿Me voy a condenar si no le digo el nombre? Pues la mujer ésa, padre, la ésa Mercedes.

Y después, su última voz. La última vez. Al otro lado de la ventanilla de la *flecha*. Porque a ella le fueron a avisar:

—Mercedes, se va el cura. Se va tu padrecito.

Y ella se fue corriendo hasta el crucero. “Pérame, pérame”, llena de hipos y de lágrimas, “padrecito”, mientras él rezaba adentro de la *flecha*, el rosario enroscado alrededor del cuello; y ella corriendo, entre el humo y el polvo de la *flecha*, la mano hacia adelante, “padrecito... padrecito”, detrás de la *flecha*, llamada así por el nombre de la línea, *Flecha de oro*, eterna flecha que ensordece, profunda, inmóvil, en el exacto centro del pecho. El final del aullido, “pádre-cí-toooo”, como una campanada sorda que suena a media noche. Que se oye más allá de su sonido, aun después de que se apaga, por los siglos de los siglos. Pádre. Cí. Toooo. La sotana hecha un babero a sus pies. Hasta que se quedó dormido, zangoloteándose en el autobús. “No me dejes”.

Y ahora otra vez aquí. La misma voz. Confesándole otras confesiones de otros enfermos.

—Así que resultó que sí te tuvo.

—Sí.

—No se bebió el remedio.

—No.

—Y resultó que sí fuiste mujer.

—Sí.

Ya era tarde cuando la conversación llegó hasta la madre, Mercedes. Pero sin preguntas. Las palabras brotaban y buscaban su propio cauce sin llamarlas, sin tratar de retenerlas.

—Ahí anda —quitó la mejilla de la mano donde la tenía y juntó las dos manos en la mesa; luego estiró las piernas. Y siguió hablando:

—Me contó de ti, de tu pueblo: éste. Me dijo dónde estabas por si me daba algún día la gana de conocerte, y ahí anda. Ya sabes. No más que ahora ya no atiende a los curas. Dice que con ellos harto que se asolea.

Él seguía estático, sin mover siquiera los ojos. Mucho tiempo.

Luego, ella se levantó y salió al pueblo; lo miró resollar. Era una sola calle, no tan larga. En medio, un callejón torcido la partía. A esa hora, ni de tarde ni de noche, los perros se echaban a las puertas de las casas, y los que no la tenían, se buscaban alguna y se echaban también.

Lo único veloz eran los pájaros, como espíritus errantes que mecían los árboles al acomodarse entre sus ramas. Desde la calle, el templo parecía una enorme tumba, sin lápidas, consumido por enredaderas pardas.

Algunos niños la siguieron por un rato, pidiéndole recompensa para enseñarle el camino al crucero, jalándole la falda hasta casi bajársela a los pies. El crucero: la cruz de los caminos, donde se cruzaban la calle del pueblo con la carretera, con el mundo.

Al volver, encontró a su padre, a su papá, en la misma posición en que lo había dejado.

—Me voy —le dijo.

Hasta entonces el viejo se movió. Empezó a desabrocharse la sotana. Llamó a la pecadora que estuviera más a la mano y le pidió que le preparara alguna comida, para un viaje.

—¿Para qué, padre?

—Porque me voy.

—¿A dónde, padre? ¿Y nosotros? ¿A dónde iremos, padre?

—Ahí se quedan, hijitos, ¡a poco creen que uno es para toda la vida?

Y luego murmuró:

—A ver ahora qué hacen sin Dios, con sus borracheras —y como si de pronto se le amargara la boca—, y con sus putas.

Así que cuando ya iba saliendo, con un morral placebo, nadie quiso hablarle, y no porque no entendieran que se iba, sino porque guardaban la esperanza de que la misa se suspendiera, como otras tantas veces, por la lluvia o por enfermedad, para irse a dormir en paz, sin tener que

resistir la penitencia del polvo en los ojos, la letanía del rosario de todos los viernes. El *vía crucis* de toda la vida.

A la salida, ella trató de detenerlo.

—Padre —le dijo—, yo no vine para que dejaras tu iglesia y me siguieras.

Él se detuvo en el umbral. Se limpió con el paliacate el sudor del cuello y del pecho. La miró como si la conociera desde siempre, como si estuviera acostumbrado a mirarla.

Ella le ayudó con el morral y murmuró:

—¿Por qué habría de dejar que me siguieras?

—¿Por qué te quedarías tú? —preguntó él antes de recomenzar el camino.

Las dos figuras casi inmóviles en el cuadro de luz eran visibles aun desde las casas más lejanas.

—No sé... Por tu gente, tal vez. Por tu pueblo...

—Entonces, vámónos —dijo él—; el pueblo siempre seguirá siendo el pueblo.

—¿Y tu iglesia?

El sacerdote no contestó. Había permanecido sepultado en este pueblo durante más de la mitad de su vida, atragantándose con la misma pregunta. Salió del templo, detrás de ella, de la misma manera como había entrado en los ocasos de su juventud. Aquella vez sin sotana, con esa sola morrala llena de camisas regaladas, y sin persignarse, de lleno hacia el curato, al cual le urgía un verdadero milagro de restauración que

yo no le voy a hacer, como solía decir, retumbándole todavía en los oídos las increpaciones del obispo:

—¡Una mujer! ¡Dos! ¡Tantas mujeres, y yo, solapándote...! ¡Pero un hijo...? Un hijo... Y luego, un hijo de puta.

—No, padre obispo, ella no. Ella es buena. Y lo que voy a tener es una hija...

—Lo que nunca vas a tener es vergüenza. Esto es no tener vocación. Peor que eso. Es no tener Dios. Peor. Es no tener madre.

Él, murmurando siempre:

—Haga lo que tenga que hacer, padre obispo.

—¿Y tú? ¡Tú ya hiciste lo que tenías que hacer: tu rebaño de cabronas! ¿Sabes que debo excomulgarte?

—Disponga de mí, padre obispo.

—¡Claro que puedo disponer de ti! Pero ¿crees que podemos disponer de Dios también a nuestro antojo? ¿Piensas que es lo mismo ser padre que padrote?

Él, entonces, estuvo callado, hasta que el obispo entró en razón.

Y se lo perdonaron. Lo cambiarían de pueblo, eso sí. A otra parroquia. A otro desierto. Sin privilegios. Sin caminos: “A un lugar de donde no puedas volverte. Allá, vete a redimir culebras”.

Y aquí iban. Padre e hija. Toda su descendencia. Su único y verdadero testimonio. Su único coro. Su única espístola, su comunión y su crucifixión. Toda su feligresía. Toda su iglesia.

Ya en el crucero, se miraron de frente, en la oscuridad. Se tomaron de las manos. El cura volvió a besar las de ella, como en el templo, y pudo creer que sus sesenta años de vida miserable, de desamparo, de todo el ridículo calvario, que sus treinta años de espera, habían valido la pena. Que ahora comenzaba su verdadera predicación. Su fe. La búsqueda. Lejos de los domingos y de las campanas ensordecedoras. Convertido a los caminos. Algún día lo había soñado: ser viajero. No más. Ni santo ni vagabundo. Tal vez ni siquiera hombre. Tan sólo caminante.

Y pareció que también ella, su hija, sentía el impulso de comenzar a hacer el mundo desde el principio, desde este polvo consciente, hediondo a boñiga, a animal podrido, a responsorio; desde el caos.

Cuando a lo lejos vieron aparecer los faroles de la flecha, se pararon a la mitad del camino. El viejo se adelantó y sintió la mano de la muchacha en el brazo, reteniéndolo, las cejas arqueadas, dudando.

—A dónde? —preguntó el chofer.

Ninguno de los dos contestó; no habían pensado en eso hasta ese momento. Él puso el pie en el peldaño. Como un último recurso, preguntó ella:

—Y Dios, entonces?

Él la jaló del brazo para hacerla subir al camión, que ya avanzaba, y le contestó, agarrándose de donde podía:

—Que chingue a su madre.



TIEMPOS DE SECAS,  
editado por el Instituto de Ciencias Sociales  
y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego” de la  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla,  
se terminó de imprimir en julio de 2011,  
en El Errante Editor, S. A. de C.V., sito en  
Privada Emiliano Zapata 5947,  
San Baltasar Campeche, C.P. 72550, Puebla, Pue.  
El tiraje consta de 500 ejemplares.

